
Grupo Editorial
Portal
Dueña de mi
Redención
LOS HERMANOS VAUGHN · LIBRO IV
JÉSSICA MACEDO

JÉSSICA MACEDO

Dueña de mi Redención

LOS HERMANOS VAUGHN · LIBRO IV

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada y contraportada

Jéssica Macedo

Copydesk

Patty Trigo

Consulte

Sonia Carvalho

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete

Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Capítulo cincuenta y siete
Capítulo cincuenta y ocho
Epílogo
Acerca del autor
Lea también:
Redes sociales (del editor)

Para mi lectora Janete,

que se enamoró de Jason desde el principio.

Sinopsis

¿Tipo bueno? No... Yo hacía el papel de villano, me divertía con el caos. Mi familia pensaba que podríamos vivir el sueño americano, que todos los Vaughn tenían el destino noble de ser médicos, pero nunca me encajé en esa farsa.

Desvinculado de la familia, me ganaba la vida manejando mis propios negocios y, principalmente, una discoteca llena de gente en el centro de Chicago, por donde circulaban personas no tan correctas, tal vez como yo.

Una noche, me metí en un juego con un viejo conocido. El traficante era pésimo y perdió todo conmigo, pero como compensación, me ofreció a una de las chicas que había llegado al país.

Llevar a una mujer a casa y convertirla en mi propiedad nunca estuvo en mis planes, mucho menos darme cuenta de lo frágil que era y lo destrozada que estaba.

Me gustaba el desorden, así que ella me atropelló.

Fue ahí cuando me di cuenta de que, para arreglarme, solo alguien más roto que yo podría hacerlo.

Advertencia: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Trata temas que pueden resultar incómodos para personas sensibles: lenguaje malsonante, trastornos alimentarios, comportamiento inapropiado de los personajes y uso explícito de drogas ilegales.



Jason

Prólogo

Varios años atrás...

Entré en la oficina de mi padre justo después de que una sirvienta viniera a llamarme a mi cuarto. Estiré los hombros y empujé la puerta, viendo a Donald Vaughn sentado detrás de su mesa de madera oscura, con la misma postura de siempre. Esa cara de quien podía mandar en el mundo entero solo porque tenía dinero para hacerlo.

—¿Qué quieres? —Metí las manos en los bolsillos de mis jeans y me apoyé en el marco de la puerta con una expresión nada amigable.

—Acabo de enterarme que no has ido a la universidad en todo este mes —dijo, dejando el computador de lado para que su atención estuviera completamente en mí.

Esos momentos eran raros porque por lo general él se ocupaba mucho más de los otros hijos que de mí: el accidente de la familia, el más joven de todos. Era como si con el paso del tiempo solo tuviera más claro que nunca me habían querido allí.

—Es cierto —dije, inflando el pecho sin ningún remordimiento.

—¿Y por qué no has ido?

—No quiero ser médico.

—¿¡Qué!? —gritó, inclinándose hacia adelante como si no hubiera escuchado bien lo que acababa de decir.

—No voy a hacer esa mierda de carrera.

—¡¿Te has vuelto loco, chico?! —gruñó, poniéndose aún más furioso—. Solo hiciste dos años a medias, me he gastado una fortuna en esa universidad para que no la tomes en serio. Ya basta de bromas, empieza a comprometerte con tu vida. Ya no eres un niño, Jason. Jaqueline está en la residencia y tus otros dos hermanos ya terminaron sus especializaciones. Solo faltas tú.

—Claro, como siempre, solo falto yo —murmuré con evidente sarcasmo—. ¡Me cago en

esa puta facultad de medicina!

—Los Vaughn son médicos. Esa es nuestra tradición. Tienes que pensar en tu futuro, hijo. No vas a tenerme a mí ni a tu madre para siempre y no es responsabilidad de tus hermanos cuidar de ti. Mira a John, comprometido, el primero de la clase, se graduó con honores y ya es uno de los mejores cirujanos cardiotorácicos de Chicago. Deberías dejar de perder el tiempo con distracciones y ser más como tu hermano.

John... John... Siempre el hijo mayor y perfecto del que tanto se enorgullecía, pensé en voz baja, emitiendo sonidos inaudibles mientras seguía mirando a mi padre.

—¡Eres un irresponsable! Tienes que dejar de tomarte la vida como una broma.

—¿Ya terminaste? —crucé los brazos, cansado de escuchar la misma perorata. Mi padre siempre estaba molesto conmigo porque no actuaba como él esperaba.

—Hablé con el rector para que puedas ponerte al día con las clases. Me aseguró que si te esfuerzas, puede perdonar tus faltas y no perderás el semestre.

—Harold Jackson, ¿no? —Recordé el nombre del rector de la Universidad de Columbia, donde mi familia había estudiado durante generaciones. Esas tradiciones estúpidas eran otra cosa que me irritaba.

Mi padre no dijo nada, pero su expresión fue suficiente para saber que había acertado en mi suposición.

—La próxima vez que vayas a jugar golf con él, dile que se vaya a la mierda.

—¡Jason!

Me di la vuelta y salí de la oficina mientras mi padre seguía gritando, exigiendo que volviera y aprendiera a comportarme. Estaba avergonzado de mí, enojado y despreciándome, y cada acción que tomaba solo aumentaba esos sentimientos.

Caminé por el pasillo de la mansión, pasando junto a una sirvienta que ni siquiera se atrevió a mirarme. Definitivamente no encajaba en ese maldito sueño americano donde todos éramos perfectos. Mi padre nos vendía a todos, especialmente a sus amigos tan ricos como él, como si nuestra familia tuviera el noble deber de salvar vidas. Casi como si fuéramos dioses,

pero éramos bien mortales, y yo no quería salvar a nadie, menos aún a mí mismo.

No todos éramos tan perfectos, mi madre tenía más vanidad de la que cabía en su bolso de marca, Jaqueline era demasiado sensible para ese mundo de mierda, James no veía más allá de su propio ego, pero John era la idealización de mi padre, el médico brillante, el hombre íntegro y amable. Me daba asco lo mucho que mi hermano era la farsa de una perfección exagerada.

Ah, si fueras más como John...

Incluso mi madre hacía esa comparación molesta más veces de las que me gustaría oír.

Al principio, incluso intenté. Fui a esa maldita universidad, asistí a las clases y traté de encajar. Pero esa falsa idea que nos vendían de que podíamos ser lo que quisiéramos era una mentira. La medicina nunca fue para mí, podría haberme esforzado más, pero me di cuenta rápidamente de que no me gustaba.

Si no fuera tan ridículamente parecido al resto de mi familia, estaría seguro de que me sacaron de algún basurero de ese hospital. No era uno de ellos y la certeza de eso crecía cada día más.

Fui hacia el garaje, planeaba evitar a mi padre y su discurso yendo a un bar de un viejo conocido en una zona más alejada, pobre y peligrosa de la ciudad.

Cuando me acerqué al garaje, vi abrirse el portón y el coche de John salir. Mi estómago se revolvió y recordé las comparaciones inútiles que mi padre hacía. No éramos y nunca seríamos iguales. Él era el orgullo de la familia y yo, la vergüenza.

Me detuve, esperando que salieran del coche antes de acercarme. No quería encontrarme con él, pero mi hermano tendría que pasar por ese camino para entrar a la casa. Sin embargo, no estaba solo. A través del parabrisas vi a su novia. Una chica pobre, mucho más joven que él, casi de mi edad. Ella era amable, delicada y bonita, convirtiendo esa relación en un ridículo cuento de hadas.

John se inclinó hacia ella y acarició su rostro antes de besarla profundamente.

¿Por qué no dejaban de hacer esa mierda y salían del coche de una vez?

—Eres tan bonita, Cristal.

—Te amo tanto, John.

¡Qué ganas de vomitar!

Me quedé ahí parado hasta que salieron del coche de la mano, sonriendo como si algo increíble hubiera pasado y no simplemente estuvieran juntos.

El hijo perfecto, en la relación perfecta... Eso no podía ser tan real.

—¡Hola, Jason! —Ella sonrió ampliamente al verme y se inclinó para darme un beso amistoso en la mejilla.

—Hola —respondí, con un tono seco, alternando la mirada entre los dos.

Mi hermano movió la cabeza, saludándome, y yo no hice nada.

Pasaron a mi lado, se dirigieron a la sala de la mansión, y yo seguí mi camino hacia mi moto, aún más asqueado. No soportaba las exigencias de mi padre sobre lo que esperaba de mí, ni lo mucho que John hacía parecer que esa vida ridícula era tan sencilla y agradable.

Conduje hasta el bar, estacionando frente a la puerta. El lugar era un punto de encuentro de un club de motos y de otras personas con moral cuestionable. Ciertamente no era un lugar donde sueles ver a un playboy de familia rica como yo, pero era donde me sentía bien, porque las personas ahí no se esforzaban todo el tiempo por ser perfectas.

—Dame un trago de tequila. —Me apoyé en la barra.

—¿Solo uno? —La mujer del otro lado sonrió al acercarse.

—Deja la botella aquí. —Golpeé la superficie de madera.

Ella sirvió un vaso para mí y me lo tomé de un solo trago, sintiendo el líquido quemar mi garganta.

—¿Estás perdido, playboy? —Un tipo con chaqueta de cuero, con brazos tan gruesos como mis muslos y una barba de Papá Noel, se paró a mi lado y me miró fijamente.

—Hasta donde sé, cualquiera puede entrar aquí. —Me encogí de hombros, sin dejarme intimidar por el tipo.

—Solo parece que estás algo perdido.

—Estoy muy bien.

—Tranquilo, Billy —le dijo la bartender al tipo mal encarado—. Jason ya ha venido aquí otras veces. Es un buen cliente.

—¿Buen cliente? —Billy me recorrió con la mirada de pies a cabeza.

—¿Quieres tequila? —Empujé el vaso hacia él y le serví una dosis.

Él sonrió de medio lado y tomó el trago de una vez.

Ni siquiera tenía veintiún años, no debería estar bebiendo, pero a ninguno de ellos le importaba mi edad mientras pudiera pagar la cuenta después.

Billy se quedó a mi lado un rato, conversando con otros tipos. Cuando me distraje, me dio un toque en el hombro y me llamó la atención.

—Oye, niño.

—¿Qué pasa?

—¿Te gustaría algo más divertido? —Sacó un paquete del bolsillo y me lo dio—. La primera es por mi cuenta. Si te gusta, puedes pedirme más.

Tomé el paquetito y lo metí en mi bolsillo. Ese día solo fue el comienzo de mi propio caos.



Janete

Capítulo uno

Hoy en día...

Comí la última fresa que había venido junto con esa deliciosa rebanada de pastel helado de leche en polvo con brigadeiro. Me lamí los labios y la cuchara antes de sonreírles a mis amigas que estaban conmigo en la pastelería.

—¿Valió la pena haber venido? —Giovana se giró hacia mí después de haber dado otro bocado a su brownie con helado.

—¡Wow, está buenísimo!

Ella sonrió y Clarice también. Después de que ellas terminaron de comer sus postres, saqué mi cartera, conté el dinero que tenía para pagar mi pastel y se lo entregué a mi amiga.

—¿A dónde vas? —Giovana levantó la mirada para observarme.

—Al baño, cierra la cuenta.

—Está bien.

Ellas se quedaron en la mesa y yo tomé mi pequeña cartera con correa cruzada, me la acomodé sobre el hombro y caminé por el pasillo entre las mesas redondas de madera color caramelo, hasta el baño que estaba en uno de los costados del lugar.

Me encerré en una de las cabinas, colgué mi bolsa y me até el pelo con un elástico para después inclinarme sobre el inodoro.

Amaba los postres, pasteles, frituras y todas las porquerías que engordaban, no podía estar sin ellas, aunque sabía que era necesario para cuidar mi cuerpo. Sin embargo, tenía un miedo terrible de engordar un solo gramo.

Mi mayor sueño era convertirme en una gran modelo de pasarela. Ya era alta, pero tenía que mantenerme delgada o nunca lo lograría. Sabía lo exigentes que eran los diseñadores y los demás profesionales del medio.

Metí el dedo en mi garganta y sentí cómo el pastel se revolvía en mi estómago hasta que salió completamente. Sentí el sabor amargo del ácido estomacal en mi boca, lo cual me apagó el dulzor de hace unos minutos. Tiré la cadena y tomé mi bolso de nuevo, saliendo hacia el área con los lavabos. Abrí uno de los bolsillos laterales y saqué un pequeño saquito con velcro donde tenía un cepillo de dientes y pasta. Me cepillé para disimular el vómito.

Después de recomponerme, fui a encontrarme con mis amigas que ya estaban fuera de la pastelería. Giovana había venido en coche y me iba a dar un aventón de regreso a casa.

—¿Estás bien? —me preguntó en cuanto me acerqué.

—Claro —respondí con una gran sonrisa para asegurarles que no había ningún motivo para preocuparse.

—¿Es mi impresión o estás más delgada? —Clarice me observó detenidamente, mirando los pantalones que llevaba puestos y el top blanco con mangas abullonadas.

—Es el gimnasio —intenté disimular.

—De verdad necesito empezar a hacer ejercicio. No soy como ustedes, entre más como, más engordo.

—Vamos juntas al gimnasio —animó Giovana.

Las tres comenzamos a caminar hacia su auto.

Me senté en el asiento trasero y me puse el cinturón de seguridad. Ella maniobró para salir del estacionamiento y Clarice comenzó a hablar sobre la graduación de la universidad, si tendríamos dinero para asistir a su fiesta, ya que la entrada costaba doscientos pesos. Se quejó de que el comité debería haber cobrado menos, pero que no podía hacer mucho. Le aseguré que intentaría conseguirlos. Yo aún vivía con mis padres y no tenía mucho dinero, hacía todo lo posible por no pedirles y no ser una carga. Había estudiado teatro en contra de la voluntad de mi padre, quien preferiría que estudiara cualquier otra carrera que me diera para pagar mis cuentas. De vez en cuando conseguía algunos trabajos, principalmente como modelo, con la ayuda de un profesional del sector con el que había hecho algunos cursos y dos agencias, pero el dinero no era fijo ni generoso.

Aunque mis padres ya habían dejado de creer, yo aún tenía esperanza y seguía luchando por eso.

—De verdad deberían ir —insistió Clarice.

—Ya veré si puedo después de que me paguen esta semana —respondió Giovana, concentrada en la dirección.

Estaba a punto de preguntarle si ya había comprado el vestido para la fiesta cuando mi celular comenzó a sonar. Lo saqué de mi bolso y vi que el número no lo reconocía, pero de igual forma atendí.

—¡Hola!

—¿Janete Duarte? —La voz al otro lado era femenina y melodiosa.

—Sí.

—Mi nombre es Anastácia Firmino. La agencia Grandes Estrellas de Belo Horizonte me envió un catálogo de modelos y tú estabas entre ellas. Somos de la agencia Oportunity de São Paulo y estamos muy interesados en tu perfil. Vamos a hacer un desfile para una marca de bolsos y zapatos el próximo mes y nos gustaría que participes.

—¿En São Paulo? —Contuve la emoción y traté de mantener la compostura.

Normalmente solo hacía desfiles en mi ciudad o en otras cercanas. Nunca había participado en algo tan grande, salvo cuando salí en un comercial de supermercado junto a un cantante famoso.

—No, en Estados Unidos.

—¿En Estados Unidos? —Me quedé completamente sorprendida.

Mis amigas también se asustaron y me miraron.

—Sí. Si te interesa...

—¡Claro que me interesa! —La corté sin poder contenerme.

—Avisaré a nuestro productor que te tendremos en nuestro equipo de modelos. Luego te

contactaré para darte más detalles sobre el pago, la fecha y los trámites que necesitarás para el viaje.

—Gracias.

—Te contactaré pronto.

—Estaré esperando.

—Que tengas buena tarde.

—Igualmente.

Tan pronto como colgó, comencé a saltar en el asiento trasero del coche, completamente emocionada.

—¿Qué pasó? —Las dos se giraron hacia mí.

—¡Voy a desfilar en Estados Unidos!

Las tres gritamos juntas.

Sentí una felicidad tan grande que no podía describir. Siempre creí en ese sueño y era como si por fin las cosas estuvieran a punto de suceder.



Jason

Capítulo dos

Me eché la cabeza hacia atrás cuando apreté el émbolo de la jeringa, sintiendo el líquido fluir por mi sangre y tomar control de mi cuerpo. El techo de mi sala comenzó a girar, y fue como si las paredes se distorsionaran, tomando una forma extraña y gelatinosa. Perdí la noción del mundo y del lugar donde estaba.

Me sentí ligero, luego completamente eufórico, como si hubiera recibido la mejor noticia del mundo. La sensación de angustia o cualquier tipo de desánimo desaparecían cuando me drogaba. Después me quedaba lento por horas, pero esos pocos minutos de satisfacción valían la pena.

Llevaba el tiempo suficiente drogándome como para olvidarme de cuándo había comenzado, y usaba diferentes sustancias, buscando sensaciones distintas, pero la principal era la sensación de libertad y la necesidad de olvidar que podía ser cuestionado por cualquier cosa.

Ya había entrado y salido de clínicas de rehabilitación más veces de las que podía contar, generalmente arrastrado por mi familia en su vana tentativa de arreglarme. Sin embargo, no tenía arreglo, ni quería ser cambiado de ninguna forma. Siempre volvía a mi vida liberadora después de escapar de esas jaulas de lujo que costaban miles de dólares por semana.

No era como ellos. Nunca lo sería. Lo demostraba a mi manera.

Dejé caer la aguja al suelo cuando las sensaciones placenteras comenzaron a desvanecerse. La droga era como el sexo, un momento increíble de placer intenso, pero que, lamentablemente, pasaba más rápido de lo que nos gustaría.

Aproveché los últimos vestigios hasta levantarme. Estaba mareado, letárgico, y mis instintos tardaban en reaccionar. Terminé tropezando con la mesa de centro, pero afortunadamente logré equilibrarme para no caer.

Mi cabeza daba vueltas cuando me incliné sobre la barra de la cocina. El vicio y la necesidad de más eran latentes en mí.

El celular comenzó a sonar y el ruido me hizo sentir mi cabeza latiendo con dolor. Extendí

la mano para agarrar el aparato y contesté con una voz ronca y cansada.

—¿Qué pasó?

—Señor, la distribuidora de bebidas acaba de llegar para hacer la entrega de la semana. —Escuché la voz del gerente de mi club nocturno.

—¿No puedes recibirlos sin mi ayuda?

—Sí, pero están esperando el pago.

—Haré una transferencia bancaria —dije sin esperar que hablara más, antes de colgar y dejar el celular sobre la barra.

El club nocturno era mi parque de diversiones, además de asegurarme la independencia de mi familia, porque las ganancias eran suficientes para alimentar mi adicción y darme otros lujos. Mi madre probablemente se arrepentía de haberme dado el dinero para abrir ese antro, como ella misma lo llamaba, pero ya era demasiado tarde y no tenía intención de cerrarlo.

Mi vida giraba en torno a ese lugar y era uno de mis pocos objetivos. Tal vez ni siquiera estaría aquí si me hubieran quitado el lugar de alguna forma. En el fondo, ella lo sabía.

Conocido como uno de los infiernos de Chicago, el Éden tenía un nombre de paraíso, pero su estructura estaba inspirada en los siete pecados capitales, con un piso para cada uno de ellos. Un casino en la Avaricia, un club de swingers en la Lujuria, un restaurante en la Gula, un club de lucha en la Ira, habitaciones privadas en la Pereza, subastas en la Envidia y, por último, un lugar donde todos podían hacer lo que quisieran en la Soberbia, sintiéndose dioses.

Mi club nocturno era tan mal hablado, que todos querían conocerlo. Incluso venían personas de otras partes del mundo. Sabía que lo usaban para negociaciones ilícitas y venta de drogas a los asistentes. Yo hacía la vista gorda, mientras me llevara mi parte.

Cuando mi mente comenzó a regresar a la racionalidad, tomé el celular y transferí el dinero a la empresa de bebidas, enviando el comprobante a mi gerente, por si lo necesitaba. Iba a ir más tarde, cuando me recuperara del efecto de la droga.

Mi celular vibró en mi mano y puse los ojos en blanco al ver un mensaje de mi madre. Después de todos esos años, ella aún fingía que le importaba. En realidad, solo esperaba el

momento para redirigir sus frustraciones y necesidades a mis sobrinos y olvidarse de mi existencia, tal como lo había hecho mi padre.

Ya era adulto. Él pensaba que ya había hecho todo lo posible, y mi fracaso total no era culpa suya. Probablemente solo pensaba en los otros tres hijos, los perfectos, los médicos...

Mamá:

Jason, ¿cómo estás, hijo?

Jason:

Perfecto.

Mamá:

Es tu cumpleaños mañana. Vamos a cenar juntos. Me encantaría pasar el día con mi hijo menor.

Jason:

Tengo otros compromisos.

Mamá:

Podrías hacer un esfuerzo. ¿Qué te parece si Jaqueline viene también? Puedo invitarla al almuerzo. Estoy segura de que le gustará.

Jason:

Me enteré de que está embarazada de su segunda hija. Seguro está muy ocupada.

Mamá:

Es tu cumpleaños.

Jason:

Es solo un día más.

Mamá:

¿Has seguido las indicaciones médicas? Tu padrino me dijo que no vas al grupo

desde hace casi dos meses. Todavía tengo tu expediente de sobriedad guardado en mi bolso.

Jason:

Eso es solo una pérdida de tiempo.

Mamá:

Llevas más de diez años drogándote y ya no puedo más con esto.

Jason:

Deberías dejar de preocuparte.

Mamá:

Eres mi hijo. Siempre me preocuparé por ti.

Jason:

Deberías aprender más de mi padre y del resto de la familia.

Mamá:

Ellos también se preocupan por ti.

Jason:

Estoy seguro de que John no estará de acuerdo contigo.

Mamá:

No fue correcto lo que hiciste con él. Casi destruyes la felicidad de tu hermano y su familia.

Jason:

Que se joda.

Mamá:

¡No digas eso!

Yo no era una buena persona y no tenía excusas para lo que le hice a John, más que el deseo de destruir su felicidad. El hijo perfecto que tenía todo lo que quería siempre me atormentó. Era todo lo que mis padres querían, y no se cansaban de restregármelo en la cara. Sin embargo, se fue porque quiso, y no sabía que la mujer estaba embarazada.

Ya tenían todos los motivos para odiarme, y yo solo les di otro motivo más.

Mamá:

Encontré otra clínica, está en Miami. Si te vas a otra ciudad, lejos de las tentaciones, podría ayudarte con tu desintoxicación.

Jason:

No me voy a internar otra vez.

Mamá:

Tienes que intentarlo.

Jason:

Ya casi son quince años. No voy a parar.

Mamá:

No pierdo la esperanza.

Jason:

Tengo que irme.

Mamá:

Hijo, piénsalo, por favor.

Jason:

Hablamos otro rato.

No respondí más a sus mensajes. Estaba harto de esa insistencia con las clínicas de rehabilitación.

Nunca quise que me arreglaran.



Janete

Capítulo tres

Fue increíble viajar a São Paulo, encontrarme en persona con Anastácia e ir a la entrevista para la visa americana. Fue fácilmente aprobada y pronto podría viajar para participar en el desfile que tendría lugar el mes siguiente en Nueva York.

Nunca había salido del país, ni siquiera a lugares cercanos que no exigieran pasaporte como Argentina. Aún no podía creer que esto estuviera sucediendo conmigo.

Me hospedaron en un hotel frente a la Avenida Paulista, encantada con la vista, cuando mi celular comenzó a sonar. Contesté una llamada de mi madre.

—Janete Heloisa —me llamó por mi nombre completo, que era la combinación de los nombres de mis abuelas, y eso me hizo poner los ojos en blanco.

—Hola, mamá.

—¿Cómo estás?

—Muy bien —susurré mientras veía los autos pasar por abajo.

—Tu papá y yo estamos preocupados.

—Todo va a salir bien —les aseguré para tratar de tranquilizarlos—. La persona del consulado parecía conocer muy bien a Anastácia. Ella lleva a muchas modelos a desfilar a Estados Unidos. Esta es mi gran oportunidad.

Yo estaba muy emocionada. Estaba segura de que todo saldría perfecto y que, después de esta oportunidad, los trabajos no me faltarían.

—¿Cuándo regresas a casa?

—Mañana temprano.

—Está bien. ¡Disfruta!

—Gracias, mamá. —Después de que colgó, escuché el timbre de la puerta del cuarto y fui a abrir para ver quién era.

Al abrir la puerta, un camarero entró con una bandeja que contenía un milkshake y una enorme rebanada de pastel de chocolate. Anastácia me había dicho que podía pedir servicio a la habitación y no pude resistirme a las fotos del menú, pero al verlo en persona todo parecía aún más delicioso.

—Puedes dejarlo allí. —Le indiqué a una pequeña mesa en un rincón del cuarto.

—Que tengas una buena tarde. —Salió y me despedí con una sonrisa.

Corrí hacia la comida y me senté en la silla. Di un gran sorbo al milkshake y luego tomé una cucharada del pastel, masticando lentamente mientras disfrutaba del sabor. Estaba delicioso y me hizo sentir más ligera.

Me comí todo, hasta la última miga, y luego lamí el plato.

Respiré un poco, recordando esa sensación de saciedad, y luego corrí al baño. Esta vez había comido tanto que ni siquiera tuve que hacer fuerza para que saliera.

Con una oportunidad tan increíble como esa, no podía engordar ni un gramo. Tenía que estar hermosa y perfecta para la mejor ocasión de mi carrera.

Estaba segura de que ese viaje a Estados Unidos cambiaría mi vida para siempre, solo que no tenía idea de cuánto.



Jason

Capítulo cuatro

Vi a un hombre entregar discretamente un paquete de cocaína a otro en un rincón más oscuro de la planta Avaricia. Mientras la gente hacía grandes apuestas y perdía generosas cantidades de dinero, no parecía importarles lo que ocurría en los rincones. Conocía el nombre del traficante y de cada uno de sus secuaces que trabajaban en mi club nocturno. Teníamos un buen trato, él vendía a la gente que estaba allí y cubría mis necesidades, además de darme un poco más cuando quería montar una pequeña fiesta.

Por mucho que odiara ser un Vaughn, aquel apellido me proporcionaba buenas ventajas. Mi familia tenía una reputación envidiable en la ciudad, muchos de los policías y otros funcionarios públicos habían sido bien atendidos en el Centro Médico de Chicago, lo que significaba que se mantenían bien alejados de mis asuntos.

El Edén era mi territorio, con mis reglas, y me gustaba demasiado.

Entré en el ascensor después de hablar con unos hombres de negocios y subí a Lujuria. En esa planta todo lo relacionado con el sexo estaba permitido, incluso el sexo explícito. Divisé a una pareja practicando sexo sobre una mesa mientras dos mujeres se besaban en el sofá.

Me acerqué a ellas, que se separaron al notarme y me sonrieron.

—Jason... —Uno de ellos se atrevió a decir mi nombre, que sonó como un breve gemido al mezclarse el sonido con la música sensual que escapaba de los altavoces repartidos por el techo y las paredes.

—Hola, chicas, ¿puedo sentarme con ustedes?

—Sí. —Se apartaron para que pudiera sentarme en el medio.

La pareja que estaba practicando sexo en la mesa frente a mí se detuvo para girarse hacia mí.

—Pueden continuar. No se preocupen por mí.

Él sonrió y la penetró de nuevo, haciendo que ella pusiera los ojos en blanco y que sus

grandes pechos se salieran aún más de la blusa.

Cada planta tenía su propio equipo de seguridad y quienes entraban debían acatar las normas de cada espacio. Allí, en Lujuria, la gente podía practicar sexo a su antojo; si preferían un poco más de discreción, podían ir a una de las habitaciones de la planta Pereza.

Tomé el mentón de cada una de las chicas sentadas a mi lado. Una era pelirroja y la otra negra, con voluminosos rizos almendrados.

—Pueden seguir besándose. —Tiré de sus caras una hacia la otra.

Asintieron, inclinándose sobre mí mientras sus lenguas se entrelazaban. Mi vista se quedó clavada en sus labios juntándose mientras mis manos recorrían el interior de los muslos de ambas hasta encontrar sus entrepiernas. Una llevaba falda y fue más fácil encontrar su tanga. La otra se bajó la cremallera del pantalón para que pudiera meter la mano. Sin ceremonias, las toqué a las dos. Pasé mis manos por sus labios vaginales hasta introducir mis dedos en sus vaginas. Gimieron en medio del beso y sentí como su humedad empezaba a mojarme. Las masturbé a ambas y lucharon por seguir besándose.

Una no pudo resistirse y echó la cabeza hacia atrás cuando aumenté la presión y la velocidad.

La del pantalón se retorció, bajándoselo hasta la mitad de los muslos, junto con la tanga, dejando su vagina al descubierto para que yo pudiera acceder mejor.

—Buena chica. —Le sonreí.

—Sus dedos son maravillosos, señor Vaughn.

Lo sabía.

No era la primera vez que iba a la planta Lujuria y me divertía con las chicas que conocía allí. Mis amores más duraderos solían ser una o dos copas después de habérmelas penetrado ahí.

Me incliné para besar a la negra mientras luchaba por abrir las piernas, restringidas por los pantalones. La pelirroja refunfuñó suavemente, pero se sintió satisfecha cuando tomé su mano y la puse sobre el bulto de mis pantalones. Se atrevió a abrirlo y sacar mi verga.

No pude evitar gemir mientras empezaba a chupármela.

—Bien hecho, putita. —Utilicé mi mano libre, que había dejado de estimularla, para agarrarle el pelo rojo y animarla a presionar más esos labios carnosos.

Con la otra mano, agarré el cuello de la chica negra y la acerqué de nuevo a mí, besándola más y mordiéndole los labios.

—¿Quién de ustedes se va a sentar encima de mi verga? —Las aparté para poder mirarles a la cara y me di una palmada en el regazo antes de tomar un condón de los muchos contenedores que había por el suelo.

—¡Yo!

La pelirroja se levantó y se quitó la tanga negra de encaje, arrojándomelas antes de arrodillarse en el sofá frente a mí y sentarse mi regazo. Sin ninguna contención, empezó a revolcarse sobre mi verga, rebotando y gimiendo.

La negra se levantó y se sentó en el borde de la mesa, se bajó los jeans hasta quitárselos también y se quedó con las piernas abiertas, dejándolo todo al alcance de mis ojos mientras se masturbaba viendo como su amiga me la entregaba. Eran muy traviesas y me gustaba.

Aquella visión me puso aún más caliente, y mientras sus dedos largos, negros y pintados de rojo hacían acabar a aquella putita, yo también alcancé el clímax llenando el condón con mi semen.

Me gustaba ser el rey de aquel infierno y que nadie me señalara con el dedo y dijera que todo lo que hacía estaba mal.



Janete

Capítulo cinco

Estaba sintiendo una acidez terrible y la sal de frutas no me había ayudado esta vez. Culpa de la ansiedad por mi dolor de estómago, dentro del avión, camino a Estados Unidos, no podía pensar en otra cosa que no fuera ese gran desfile. Necesitaba estar impecable, deslumbrante y más increíble que nunca, porque cada paso que diera en esa pasarela marcaría mi carrera para siempre.

Había tomado un avión sola en el aeropuerto de Belo Horizonte, pero en São Paulo, en la sala de embarque para el vuelo que me llevaría a Nueva York, me encontré con otras cinco chicas que también habían sido contratadas por Anastácia. Tenían un perfil parecido al mío y también estaban súper emocionadas.

Una chica llamada Suelen terminó sentándose junto a mí en el avión y hablamos bastante durante las largas horas de viaje. Ella era de Porto Alegre, rubia, con ojos azules, y había estado en el mundo del modelaje desde los cinco años. Al igual que yo, confiaba en que esa oportunidad abriría puertas para poder desfilar para el mundo.

—Va a ser increíble —aseguró.

—Estoy segura de que sí. —También estaba súper emocionada.

Cuando finalmente llegamos, salimos del avión siguiendo el flujo de pasajeros y pasamos por las filas de inmigración. El inglés que había aprendido en la escuela no era gran cosa, pero Anastácia ya me había ayudado antes, explicándome exactamente qué tenía que decir y qué documentos entregar, especificando dónde me quedaría, para qué y por cuánto tiempo. El tipo selló mi pasaporte y me dijo que podía ir, lo mismo ocurrió con las demás chicas y las seis fuimos juntas hacia el área de desembarque.

Como Anastácia había dicho, había un hombre esperándonos justo ahí, con un cartel con nuestros nombres. Parecía una escena de película, lo que me emocionó aún más. Suelen saltó a mi lado y noté la euforia de las demás.

Estaba en una de las mayores capitales del mundo, para participar en un gran desfile de

moda, y eso era increíble.

Seguimos al tipo hasta una furgoneta en el estacionamiento, donde entramos con nuestras maletas. Había otros dos hombres dentro. Se veían mal vestidos y pensé que probablemente eran seguridad.

—Un placer. —Extendí la mano hacia uno de ellos y el tipo ni la miró, lo que me hizo encogerme y quedarme en silencio en el asiento.

Aunque la bienvenida del sujeto no fue la mejor, tan pronto como el vehículo salió del aeropuerto, comencé a ver los grandes edificios, las luces y los monumentos de la ciudad, lo que me emocionó nuevamente.

—¡Miren eso! —Señaló una de las chicas hacia un edificio muy alto.

—¿Será el Empire State? —Me animé a preguntar.

—Puede ser.

—¡Guau! —Exclamaron todas.

El viaje estaba siendo increíble hasta que nos alejamos del centro de la ciudad y comenzamos a ir hacia un lugar más extraño.

—¿A dónde nos llevan? —Toqué a uno de los hombres cuando las calles empezaron a volverse raras y más estrechas.

No respondió.

—¿Será por aquí el hotel? —Yasmin, una chica negra muy alta, se inclinó de nuevo hacia la ventana, pero se echó atrás cuando vio a un tipo extraño en la calle.

—¿Se equivocaron?

—¡Cállate, niña! —gruñó uno de ellos hacia mí, y fue entonces cuando me di cuenta de que hablaba portugués.

—Solo estamos nerviosas.

—Llegarán pronto…

Me quedé en silencio, no quería perder esa oportunidad solo por falta de paciencia.

Esperaba que la vista desde la furgoneta mejorara, pero solo empeoró y la angustia empezó a apoderarse de mi pecho.

Una de las chicas comenzó a quejarse y recibió una bofetada que la dejó aturdida, y de repente, en medio del caos de llantos y gritos, mi sueño se transformó en una gran pesadilla. Finalmente paramos en un lugar con pasto alto y parecía abandonado, como si hubiera estado deshabitado por años.

Abrieron la puerta de la furgoneta y vi que había otras personas esperándonos allí. Un hombre, que era el doble de grande que yo, me arrancó del asiento y empezó a arrastrarme hacia afuera. Mi bolsa, mi maleta y todas mis pertenencias, incluyendo mi celular y pasaporte, quedaron atrás, lo mismo pasó con las demás chicas que estaban conmigo.

—¡Suéltame! —Pataleé—. ¡Necesito irme!

Me dio una bofetada en la mejilla que me dejó atontada.

No entendía mucho inglés, pero fue suficiente para escuchar a otro tipo diciendo que nos drogaran.

Intenté luchar, escapar lo mejor que pude. Le arañé al tipo que me sujetaba, giré el cuerpo, traté de morderlo, pero lo único que conseguí fue ponerme toda sudada y agotada.

Una de mis uñas se rompió y mis brazos ya me dolían cuando sentí una picadura. De repente, me sentí feliz y volví a estar eufórica, como si acabara de llegar al aeropuerto y nada de eso hubiera sucedido aún. Sin embargo, unos instantes después, el éxtasis desapareció y mi cuerpo se volvió pesado, fácil de dominar, y no podía encontrar fuerzas ni capacidad para seguir luchando.

Pasó un rato antes de que pudiera razonar y darme cuenta de que me habían drogado. Sin resistencia, el hombre siguió arrastrándome hasta ponerme en otro asiento, sujetándome con el cinturón. Mi conciencia seguía desconectada, como si mi cuerpo estuviera ahí, pero mi mente estuviera en otro lugar. Vagamente logré darme cuenta de que lo mismo le había pasado a las otras chicas.

Sin maletas ni documentos, cuando el nuevo vehículo comenzó a moverse y yo luchaba por mantenerme despierta, supe que no me llevarían a ningún desfile. Había caído en una trampa, al igual que las otras mujeres conmigo. Usaron nuestro sueño de ser modelos para arrastrarnos a otro país y despojarnos de todo.

Hubiera luchado, hubiera peleado más y hasta me hubiera arriesgado a salir corriendo. Tal vez habría encontrado a una persona buena dispuesta a ayudarme, pero la droga me tenía cautiva, sin fuerzas y químicamente inmovilizada. Si ellos habían montado toda esa estructura para traernos a Estados Unidos, pasando incluso por inmigración, sabían exactamente lo que estaban haciendo.



Jason

Capítulo seis

Me giré en la cama y me senté en el borde de ella, sintiendo mi cabeza retumbar con la necesidad compulsiva de más. El vicio llevaba tanto tiempo conmigo que ya creía dominarlo por completo, que no era él quien me controlaba a mí.

Abrí el cajón de la mesita de noche, pero no había nada allí. Salí del cuarto solo en ropa interior y crucé la casa hasta la sala. Abrí la caja fuerte que estaba detrás de un viejo cuadro y finalmente encontré algunas dosis de heroína y una jeringa.

Me senté en una de los sillones y tomé una corbata que estaba tirada sobre la mesa de centro para atarme el brazo y hacer que la vena sobresaliera antes de inyectarme la sustancia, gimiendo ante la alegría momentánea.

Eché la cabeza hacia atrás y disfruté de la buena sensación el tiempo que duró. Después, mi mente divagó, perdió el sentido y me quedé allí tirado en el sillón por un buen rato. Ya estaba acostumbrado a esos altibajos y a la necesidad desesperada de más, que me había llevado a algunas sobredosis, pero gracias a mis primeros estudios de medicina, al menos sabía cómo lidiar con esos momentos y podía darme primeros auxilios a mí mismo.

Cuando me recuperé, me quité la corbata y me puse de pie, tambaleándome hasta el baño. Tiré la jeringa a la basura y me metí rápidamente debajo de la ducha. Me di un baño rápido después de haber saciado la necesidad más urgente que había dentro de mí, y luego regresé a mi cuarto, tomé mi celular y me sorprendí al ver un mensaje de Jaqueline. Después de mi madre, ella era la única que aún fingía preocuparse por mí.

Jaque:

¿Cómo estás?

Jason:

Perfectamente bien.

Jaque:

Eso es una buena noticia.

Jason:

¿No deberías estar más preocupada por tus hijos que por mí?

Jaque:

Este embarazo está siendo un poco más difícil que el anterior, pero voy a estar bien.

Jason:

Claro que sí.

Jaque:

Gracias.

Voy al hospital. Solo quería saber si estás bien.

Jason:

Estoy bien.

Jaque:

Hasta luego.

Jason:

Hasta luego.

Las conversaciones con mi familia solían ser bastante extrañas, pero admito que no hacía el menor esfuerzo para que fueran diferentes. Al mismo tiempo que me repetía a mí mismo que no me importaba en lo más mínimo lo que pensaran de mí o si había algún sentimiento hacia mí, siempre hacía que me miraran.

Pedí algo para comer por el celular y me pasé un rato tirado en el sofá de la sala, jugando videojuegos. La lucha contra los zombis era vacía, pero me llenaba el tiempo, sobre todo cuando no había mucho que hacer y la discoteca estaba cerrada a esas horas de la mañana.

Durante mis estancias en diversas clínicas de rehabilitación en todo el país, en la tonta tentativa de mi familia de "arreglarme", lo único que encontraba interesante era que siempre había tareas para llenar el tiempo, desde pintura y dibujo hasta actividades físicas como gimnasia y baloncesto. Algunas se me daban bien, otras no tanto. Lo que sí era más justo en esos lugares era la competencia, porque todos los demás que estaban ahí conmigo estaban tan jodidos como yo, o más.

Al menos yo tenía dinero, otros necesitaban hacer locuras para mantener su adicción. Ya me había encontrado con personas que pasaron por las más diversas experiencias, desde ladrones hasta asesinos, algunos fueron a la cárcel, otros a sanatorios.

Seguro que si dependiera de mi hermano mayor, yo estaría pudriéndome entre rejas. John no creía que los meses que pasé encerrado en un centro de rehabilitación fueron suficiente castigo para mí. En el fondo, tenía que estar de acuerdo con él. Las clínicas, los tratamientos y los diversos métodos nunca ayudaron, porque nunca quise salir de esa condición. De todos los lugares por los que pasé, la lección que más aprendí es que uno tiene que querer salir del fondo del pozo, y yo ya me había acostumbrado a ese rincón oscuro y hasta simpatizaba con los fantasmas que encontraba allí.

No vendrían cambios, porque yo no esperaba cambiarlos.

Me gustaba el hombre que era, había llegado a armonizar con el caos a mi alrededor y el odio de mi familia hacia eso de alguna manera alimentaba mi necesidad de seguir igual.

Nunca sería el hombre envidiable, el padre de familia y el profesional increíble que era John. Incluso James se había metido en ese camino, pero definitivamente no era para mí.

Dejé el control a un lado cuando los zombis comenzaron a devorarme y solté un suspiro profundo, alternando mi conciencia entre la necesidad de quedarme despierto y las ganas de dormir. Pasaría un rato más en esa posición antes de decidir qué hacer después.



Janete

Capítulo siete

Cuando unos dedos firmes tiraron de mi brazo, apretando con tal fuerza que la zona quedó adolorida, mi mente aún oscilaba entre un mundo psicodélico y una realidad distorsionada. Era como si mi alma estuviera vagando fuera de mi cuerpo y no tuviera fuerzas para regresar.

No tenía la menor idea de cuánto tiempo había pasado desde que llegamos a Estados Unidos, ni dónde me encontraba. Mi estómago dolía terriblemente, como si la acidez que me acompañaba desde hacía tanto tiempo estuviera peor que nunca. No había comido ni bebido nada, solo sentía mi brazo adolorido. Me preguntaba cuántas veces me habían aplicado esa extraña sustancia para mantenerme atontada y completamente fuera de mí.

Mientras me empujaban hacia adelante con manos fuertes y agresivas, apenas lograba sostenerme en pie. Caí hacia el frente, sintiendo mis manos raspar el suelo de cemento.

—¡Levántate! —me gritaron mientras me agarraban del cabello, con tanta fuerza que arrancaron varios mechones, y me levantaron de un tirón.

Comencé a quejarme, mis gemidos se mezclaban con un llanto desesperado y lleno de sufrimiento. Aún estaba bajo el efecto de la droga, pero no podía dejar de pensar que algo terrible estaba ocurriendo conmigo.

Podía ver a algunas de las otras chicas en mi campo de visión. Estábamos en un lugar cerrado, parecía un almacén, con varios contenedores de acero. No podía saber si era de día o de noche, no había ventanas, solo algunas lámparas en el techo. Una de ellas estaba a punto de quemarse y no dejaba de parpadear, lo que hacía que mi cabeza doliera aún más.

Me empujaron hacia uno de los contenedores de metal y caí encima de otra chica que no reconocí. Ella gimió y me empujó a un lado. No sabía cuántas había dentro, pero algunas no paraban de llorar.

Antes de que pudiera levantarme y correr hacia afuera o a algún lugar donde encontrar refugio, cerraron la puerta y nos encerraron ahí dentro. Me sentí peor que un animal encerrado, porque las jaulas tienen agujeros para respirar y acceso a luz. Esto era completamente oscuro,

estrecho y sofocante, como si fuéramos mercancía transportada.

Era difícil ver con claridad, pero suponía que había al menos otras diez mujeres conmigo. Hablaban y lloraban en idiomas que no entendía, pero el lenguaje universal de la desesperación estaba grabado en todas nosotras.

Me quedé pensando que iba a morir y eso me dejó aún más angustiada. Sin embargo, sentía que lo que me estaba pasando era mucho peor que la muerte.



Jason

Capítulo ocho

Dejé la corbata abierta, cayendo alrededor de mi cuello, y me ajusté el saco gris con los gemelos de rubí. Me gustaba ese estilo clásico de usar traje, que transmitía un poco más de respeto a las personas con las que me relacionaba, pero rompía un poco la postura con un aire más relajado y desenfadado.

Lo único que valoraba era el buen funcionamiento de la discoteca y las ganancias que me generaba, porque así podría mantener una vida de lujo sin recurrir ni un solo centavo de mi familia, que venía de ese maldito hospital. Por mí, podían ahorcarse con esos estetoscopios.

Dejé mi deportivo en el lugar de siempre en el estacionamiento y subí a mi oficina en el último piso del edificio. A través de la enorme ventana de cristal, podía ver los autos y taxis llegando a la entrada, trayendo personas de toda la ciudad y del mundo.

Ese lugar podría no ser el mejor para una familia, pero atraía a muchos curiosos y a clientes frecuentes.

Revisé los informes que mi gerente me había enviado y algunas entradas de dinero en la cuenta del club nocturno. Todo parecía estar funcionando como se esperaba. El mes pasado, las ganancias de las máquinas tragamonedas habían aumentado alrededor de un veinte por ciento y estaba pensando en poner al menos cinco más. Iba a hablar con el administrador del casino en el piso de la Avaricia y pensar en otras estrategias para atraer nuevos jugadores.

Había crecido toda mi vida escuchando a mi padre decir que era un irresponsable consentido, pero a los treinta y cuatro años ya había construido mi propio imperio. Sin embargo, en lugar de salvar vidas como ellos hacían en el Chicago Medical Life, yo ayudaba a destruirlas, haciendo que la gente cometiera locuras.

Leí un poco más, terminé algunos ajustes y salí de mi oficina, bajando en el ascensor hasta el piso de la Avaricia. Como todas las noches, las mesas de juego y apuestas estaban llenas. Había hombres y mujeres encorvados, atentos, esperando el resultado de las cartas o los dados. Pasé entre ellos y me dirigí hasta una pequeña sala de administración al fondo. Entré sin tocar y

vi que Darius Becker estaba observando las cámaras del lugar, acompañado de otros dos guardias de seguridad.

—Ese tipo está contando cartas. —Le señalé a un jugador que estaba en una de las mesas de Blackjack, jugando y tratando de disimular su trampa.

—Es la tercera vez seguida que gana —dijo el administrador, girando en su silla y girándose hacia mí.

—Háganse cargo de él.

—Sí, señor —respondieron los guardias, saliendo rápidamente después de mi orden, dejándome solo con mi subordinado.

—Vamos a resolverlo —dijo Darius, poniéndose de pie e inflando el pecho frente a mí.

—Sé que lo harán, pero vine aquí por otra razón. —Descrucé los brazos y adopté una postura más relajada.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Estaba revisando los ingresos y pensé que si pusiéramos algunas máquinas tragamonedas más en este piso, podríamos generar más dinero.

—La gente empieza con una ficha a la vez y, cuando se da cuenta, ya ha perdido muchas más.

—Exacto.

—Estudiaré los lugares y haré lo necesario para instalarlas lo antes posible.

—Está bien. —Asentí con la cabeza.

—¿Hay algo más?

—Por ahora es todo. Manténgame informado sobre la instalación.

—Sí, señor.

No esperé a que dijera nada más antes de girar y salir de la sala.

Cada piso del club estaba a cargo de un administrador diferente y los siete reportaban a mi

gerente. De esta forma, dejaba que ellos se encargaran de todos los detalles mientras yo solo me preocupaba por dar órdenes y saber cómo iban las cosas.

Antes de llegar al ascensor, sentí una mano en mi hombro, lo que me hizo girar en una postura más defensiva, aunque se me relajó cuando reconocí a la persona.

—Billy...

—Jason Vaughn, tanto tiempo…

Lo observé. Era un viejo narcotraficante que me había hecho probar droga por primera vez. Sabía que él negociaba en mi club, yo mismo le había dado permiso, pero no solíamos toparnos.

—Lo suficiente.

—Lo suficiente para que me debas una bebida.

—No te debo nada, pero pediré algo por mi cuenta.

—En realidad, estaba pensando en si no podríamos divertirnos un poco. Había quedado con un viejo conocido para jugar una partida de póker, pero me dio el plantón, así que pensé que sería divertido jugar contigo, como en los viejos tiempos. ¿Qué opinas?

—No tengo tiempo para eso —gruñí, sin darle mayor importancia.

—Sabía que tenías miedo de perder.

—No tengo miedo de perder.

Si había algo que estaba seguro de no tener, era miedo. Tomaba decisiones arriesgadas todo el tiempo y normalmente no me preocupaba por las consecuencias, porque no me importaba herir a nadie, ni siquiera a mí mismo.

—Pero estás huyendo.

—No estoy huyendo, tengo cosas más importantes que hacer.

—Estoy seguro de que puedes sacar unos minutos para jugar con un viejo amigo.

Revolví los ojos y me empujó levemente.

—¡Está bien! —cedí finalmente. En realidad iba a subir a otro piso, pero no tenía nada tan urgente que no pudiera esperar por una partida de póker.

—Vamos a jugar —dijo, poniendo su mano sobre mi hombro y guiándome hacia una de las mesas redondas cubiertas con una alfombra verde.

Le aparté la mano, forzándolo a soltarme, y me arreglé el saco gris antes de sentarme en una silla. Había otras personas que también se sentaron a jugar. El dinero o las promesas de pago fueron convertidos en fichas antes de que la partida comenzara. Jugaba de vez en cuando, especialmente póker, pero de todos mis vicios, ese no era uno de ellos. Podría sobrevivir sin esa emoción.

Se reparten las cartas y las apuestas comenzaron. Cuando se destaparon las opciones en la mesa, observé las cartas que tenía y contuve una sonrisa, fingiendo que mi mano era desfavorable. Hice una apuesta pequeña esperando que Billy reaccionara.

—¿Mal día?

—Eso parece —dije, encogiéndome de hombros.

—Apostaré todo. —Empujó sus fichas hacia la mesa.

—Yo pago —le respondí, sorprendiendo a todos.

Los demás jugadores en la mesa retrocedieron.

—Ya veo que te gusta un poco de emoción.

—Quien está bajo la lluvia, se moja —respondí, siguiendo su juego.

—¡Full House! —Billy colocó sus cartas en la mesa y sonrió ampliamente, inclinándose para tomarlas.

—No tan rápido. —Fue mi turno de poner la mano sobre su hombro y bajar las mías—. ¡Escalera de color!

Le quité las fichas de las manos, dejándolo boquiabierto.

—Estás haciendo trampa —murmuró.

—Pensé que eras mejor perdiendo —lo provoqué, sin preocuparme por las consecuencias.

—No soy un perdedor.

—Las cartas dicen lo contrario.

Hizo un gesto para que un camarero viniera a reponer sus fichas y firmó un documento que indicaba su valor.

Reanudamos el juego, y una partida tras otra, fue perdiendo contra mí hasta quedar completamente fuera de control.

—Creo que ya basta por hoy —dije, empujando la silla hacia atrás para levantarme.

—No. —Extendió la mano para agarrar la mía, tratando de detenerme mientras me miraba con una expresión furiosa y los dientes apretados.

—¡Vete a casa, Billy!

—Eres un ladrón de mierda.

—¿Por qué no admites que eres pésimo en el póker?

—Este club es tuyo, me robaste.

—Solo paga por las fichas y lárgate.

Mis guardias comenzaron a moverse y se acercaron al hombre para detenerlo antes de que volviera a tocarme.

—¡Vuelve aquí, Jason!

La gente nos miraba durante la confusión, pero no me importaba, ya había recibido muchas miradas peores y me había acostumbrado a lidiar con ellas.

—¿Qué hacemos con él, señor? —me preguntó uno de los guardias.

—Tomen el dinero que debe al casino y sáquenlo de aquí. Las peleas no son buenas para los negocios.

—¡Espera! —gritó Billy hacia mí.

Aunque no debía, me giré y lo miré de nuevo.

—Acabo de recibir mercancía nueva y puedo darte una. Así quedamos en paz y dejamos todo este asunto atrás.

—¿Mercancía...? —Di unos pasos hacia él y susurré bajo porque no quería que otros en el lugar nos escucharan—. ¿De qué droga estamos hablando?

—No es droga.

—¿Crees que soy idiota? —Tomé la solapa de su camisa.

El hombre, que estaba aún más viejo de lo que recordaba, abrió los ojos como platos.

—Claro que no, Jason. Somos viejos conocidos y sabes que siempre puedes hacer negocios conmigo. Apuesto a que tus fiestas privadas no serían lo mismo sin mi ayuda.

—Si no es droga, ¿de qué estamos hablando?

—Algo mucho mejor e igualmente adictivo.

—¿Qué?

—Es mejor verlo en persona.

—Estoy harto de tus bromas, Billy.

—No es una broma, Jason.

Algo dentro de mí me decía que debía desconfiar de lo que él estaba a punto de proponerme, aunque no sabía exactamente qué era. Sin embargo, no pude evitar sentirme curioso. Podría ser una nueva droga o incluso una forma diferente de escapar de la realidad.

—Tienes cinco minutos para mostrarme —dije.

—Tendrás que venir conmigo.

—¿Adónde?

—Te diré el camino cuando estemos afuera, pero hoy especialmente es tu día de suerte, porque tenemos mercancía nueva de la mejor calidad.

—Ven conmigo —le dije a uno de los guardias.

—Sí, señor. —Asintió sin cuestionarlo.

Acompañamos a Billy hasta el garaje y seguí su coche con el mío. No fue una sorpresa cuando se alejó de la ciudad, adentrándose en una zona más remota y peligrosa. Mi guardia se movió en el asiento y tocó su cintura para asegurarse de que llevaba el arma.

—Señor...

—No te preocupes. —Traté de tranquilizarlo. Aunque el lugar se volvía cada vez más arriesgado, ya estaba acostumbrado a lidiar con Billy y otros hombres como él, y sabía que valía mucho más vivo.

Paramos frente a un viejo galpón, parecía una fábrica abandonada. El lugar, olvidado por todos, seguramente albergaba más que ratas y polvo. Primero pensé que podría ser el laboratorio de alguna nueva droga sintética, pero cuando bajé del coche, cerré la puerta y caminé detrás de Billy, haciendo gestos.

Había algunos hombres de guardia en el lugar. Usaban armamento militar, y pronto deduje que lo que estaban protegiendo debía ser muy importante. Tenía que ser algo suficientemente interesante para justificar la deuda que Billy tenía conmigo y mi tiempo perdido por seguirlo tan lejos del club.

Vi contenedores de metal, como los que se transportan en los barcos. Sabía que el traficante frente a mí estaba vinculado con la mafia de Chicago y que manejaba muchos asuntos ilegales, seguramente el contrabando estaba entre ellos.

—Elige uno. —Me indicó los contenedores.

—¿Cualquiera?

—Sí.

Di un paso adelante y los analicé. No había nada extraño en ninguno de ellos, salvo algunas manchas de óxido y signos de transporte. Pero seguí mi intuición y señalé al segundo de la derecha.

—Ese.

—Muy bien. —Sonrió e hizo un gesto para que uno de sus hombres se acercara.

La puerta de metal se abrió y me acerqué para ver qué había dentro. Me juraba a mí mismo que ya había visto de todo y que nada me sorprendería, pero cuando me encontré con mujeres encogidas y asustadas, di un paso atrás.

—¿Qué es esto? —Me giré hacia él.

—Tenemos un gran negocio para traerlas de otro país. Te sorprendería saber cómo funciona —presumió, como si estuviera hablando de algo impresionante.

—¿Qué hacen con ellas?

—Prostitución. Cuanto más bonitas, más dinero nos generan.

Coleccionaba situaciones terribles en mi vida, pero de vez en cuando me encontraba con basura humana que hacía cosas aún peores.

—¿Estas...? —No sabía qué preguntar exactamente.

—No te preocupes. Acaban de llegar, todavía no las han usado, pero no puedo garantizar que el paquete no haya sido abierto antes de llegar aquí. —Rió como si me estuviera mostrando una vitrina con muñecas—. Elige una para ti.

—¿Me vas a dar una mujer?

—Si la mantienes drogada, será bastante obediente.

Sería mentira si no admitiera que una parte de mí, muy en el fondo, me dijo lo mal que estaba eso. Tal vez debería hacer algo para ayudarles, pero la verdad es que no ayudaba a nadie, ni a mí mismo. Sabía que era muy incorrecto y eso me atraía, porque me gustaba la sensación de estar tomando riesgos.

Me pareció divertido, hasta mucho más inocente de lo que realmente era.

—¿Cualquiera? —repetí.

—A tu elección.

Me acerqué al contenedor y observé mejor en su interior. Conté rápidamente y logré

identificar a once mujeres. Tenían diferentes rasgos y probablemente etnias distintas. Una de ellas me miraba con una expresión feroz. Parecía un perro acorralado, y probablemente fue eso lo que más me llamó la atención.

—¡Esta! —Agarré su brazo.

Intentó soltarse, pero parecía no tener fuerza alguna.

La saqué y se la entregué a mi seguridad para que la sujetara.

—¿Qué voy a hacer con ella? —le pregunté a Billy.

—Lo que quieras, pero yo habría elegido una con un poco más de cuerpo. Esta está tan flaca.

La observé mejor bajo la luz del almacén. De hecho, estaba muy delgada, con la apariencia de alguien que no comía desde hace días o incluso meses. Pero aún así era bonita, a pesar de su mirada perdida y su aspecto demacrado. Un plato de comida y un baño podían hacerla lucir mucho más presentable.

Nunca me imaginé llevándome a una desconocida, pero Billy generalmente era quien me mostraba lo peligroso y me hacía dar el primer paso hacia mi irresponsabilidad.



Janete

Capítulo nueve

Las luces parecían un gran borrón cuando me volvieron a poner en el asiento de un coche. Estaba acompañada por dos hombres, pero en esa ocasión ninguna de las chicas vino conmigo. Estaba sola y no tenía idea de a dónde me llevarían.

Mi cabeza palpitaba y mi estómago dolía cada vez más. Ya había pasado largos períodos en ayuno, pero este era, sin duda, el más largo de todos.

Era de noche, lo podía notar por el cielo oscuro, a pesar de que las luces de la ciudad eran muy fuertes. No estaba en Nueva York, eso lo notaba, sin embargo, no pude reconocer de inmediato el lugar adonde me habían llevado. Podría ser una gran ciudad en cualquier otra parte del mundo.

A medida que el efecto de la última dosis de droga pasaba lentamente, comencé a recobrar un poco más de consciencia. Recordé que el desfile y ser modelo en Estados Unidos había sido una gran mentira. Caí en una trampa y no tenía idea de cómo salir de ella.

Ellos conversaban, y mi inglés rudimentario aún lograba captar algunas pocas palabras, pero no lo suficiente como para entender todo el contexto. El hombre más alto y fuerte preguntó algo sobre mí, y el otro, que estaba conduciendo, respondió que aún no sabía qué iba a hacer.

¿Qué iban a hacer conmigo?

Intenté soltarme. Tal vez podría escapar corriendo, pero el cinturón estaba firme y me jaló de vuelta al asiento.

Necesitaba escapar, pero me sentía cada vez más atrapada. No tenía mi celular para llamar a casa, mucho menos mi pasaporte. Me habían robado todo, y mi vida en ese momento no parecía tener mucho valor.

Cuando el coche paró, mi cabeza comenzó a doler un poco menos, ya que estábamos en un lugar donde la luz era más tenue, y pude darme cuenta de que estábamos en un garaje, por los varios autos estacionados en lugares marcados.

Uno de ellos bajó y abrió la puerta, inclinándose sobre mí y desabrochándome el cinturón de seguridad para sacarme del asiento.

Empujé su pecho, y el tipo me sujetó con un poco más de fuerza, obligándome a levantar la cabeza y mirarlo a los ojos. Eran verdes, profundos, fríos y aterradores para un hombre de apariencia tan atractiva y angelical. El rostro con la barba perfectamente arreglada y el cabello rubio, cortado bajo, formaban un contraste extraño que me dio un escalofrío.

—¡Quédate quieta! —ordenó, y asentí.

Mi estómago volvió a revolverse, y el ácido que me corroía desde adentro calmó un poco la angustia que me hacía doler el pecho.

Uno de los hombres se quedó atrás, mientras que el que me sujetaba me acompañó y me llevó hasta un elevador. No podía luchar, aún me sentía débil, aunque mi consciencia ya había regresado junto con un dolor de cabeza cada vez más insoportable.

Entramos a un apartamento, que era espacioso y mucho más cómodo que el horrible contenedor o cualquier otro lugar en el que había estado antes, incluso el hotel en el que Anastácia me había hospedado en São Paulo. ¡Esa maldita! Me preguntaba cuántas mujeres como yo habría arrastrado a ese lugar.

Me soltó cuando las luces se encendieron y me alejé un poco. Pensé que cualquier cosa podía pasar, menos lo que realmente ocurrió.

—¿Puedes entenderme? —preguntó en inglés mientras me analizaba.

—Un poco, mi inglés no es muy bueno.

—¿Lo básico?

Asentí con la cabeza, haciendo un movimiento corto. Aún estaba tan asustada que no podía reaccionar de otra manera.

—Toma un baño. Voy a pedir comida.

—¿Comida? —La palabra salió por reflejo.

Sí, realmente necesitaba comer algo.

—Sí.

—Por favor...

—Hueles mal.

—Perdón.

Salió de la sala y desapareció de vista, regresando segundos después con una camiseta polo negra y una toalla.

—El baño está ahí. —Indicó—. Lávate.

No quería confiar en él, no podía confiar en nadie más después de lo que me había pasado, sin embargo, mis músculos dolían tanto que sentía que un baño me haría bien y me ayudaría a pensar en algo, incluso en una forma de escapar.



Jason

Capítulo diez

Cuando la chica entró al baño y se encerró allí, tomé mi celular y pedí comida por una aplicación. Llegaría en media hora, así que me acomodé en el sofá.

Mi seguridad había regresado al club, pero esa noche yo no iría allí. Había tomado a una mujer como recompensa y todavía estaba pensando en lo que iba a hacer con ella. Fue completamente impulsivo haber aceptado eso, el dinero era mucho mejor, sin duda, pero lo hice de todas formas.

Me quité el saco y subí la manga de mi camisa, observando las marcas de la aguja en el pliegue, donde mis venas sobresalían más. Recordé la primera vez que usé heroína. Sabía perfectamente lo terriblemente mal que estaba, pero lo hice de todas formas y, con el tiempo, se fue haciendo más fácil, adictivo.

Creía que romper las reglas y hacer lo que las demás personas consideraban correcto o incorrecto era la mejor forma de liberarme de todas ellas. Había adoptado eso como mi estilo de vida y me gustaba la sensación que me daba cuando dejaba claro que me importaba una mierda todo y todos.

Levanté la cabeza y me giré en el sofá cuando escuché la puerta abrirse. La chica salió, encogida, delgada. Parecía que podrían caber tres de ella dentro de mi camisa. Tenía el cabello largo, castaño, y lo llevaba mojado por la espalda. Su rostro triangular le daba una apariencia aún más escuálida.

Billy me había dicho que acababan de llegar, pero tenía mis dudas. Esa mujer no debía haber comido bien en días, o incluso en meses.

¿Qué iba a hacer con ella? ¿Solo alimentarla y luego devolverla a quien la había traído a Estados Unidos, como si no tuviera nada que ver con eso? Era exactamente lo que haría, pero aún no estaba seguro.

Sus muslos tan finos y largos parecían los de una garza. Aunque era bonita, estaba claro que pesaba varios kilos menos de lo ideal. ¿Cómo querían que algún rico se interesara por eso?

No sabía por qué me había atraído, pero esa mirada parecía clamar por mí.

Sus rasgos latinos me recordaron vagamente a la esposa de mi hermano y a la razón principal de por qué me odiaba tanto. No eran realmente parecidas, pero compartían algunas características sutiles que venían con la etnia.

Ya habían pasado muchos años y era suficiente tiempo como para haber olvidado aquella noche, pero los detalles aún estaban frescos en mi mente. El día en que decidí joderle la vida a mi hermano, que era demasiado perfecto, y por consecuencia, a su novia. Ella confió en mí y fue muy fácil ejecutar el plan que tenía en mente.

La llevé a mi departamento, le quité la ropa y logré que mi hermano creyera que la novia que tanto amaba había pasado la noche conmigo y hecho locuras. En realidad, no pasó nada. Estaba tan borracha que era imposible que Cristal reaccionara.

Siempre había sido muy bonita y no era un misterio que John se hubiera interesado por ella. Hubiera hecho más que solo quitarle la ropa, pero esa noche había un límite que no logré cruzar. Aprovecharme de ella en mi cama habría sido fácil, pero no lo hice. Tal vez, en el fondo, yo era menos hijo de puta de lo que quería admitir.

Mirando a la chica escuálida frente a mí, estaba seguro de que no la forzaría a tener sexo conmigo. No sabía si ese cuerpo delgado siquiera aguantaría una noche de sexo. Entonces, me sentí un idiota por haber aceptado quedarme con ella.

Podría devolverla y exigir el dinero, pero no estaba seguro de si él se atrevería a pagármelo o intentaría negociar de otra manera. Billy me conocía bien y podría intentar manipular mi ego. Tal vez sería mejor pensar en otra forma de deshacerme de esa carga sin parecer débil ante el que quería que me respetara.

No dije nada y ella tampoco, hasta que el intercomunicador sonó y me levanté para autorizar al repartidor a subir con la comida. Tomé el paquete de su mano y le di su dinero sin dejarle decir nada.

No era muy creativo para elegir lo que comer, ni me preocupaba llevar el mismo estilo de vida saludable que el resto de mi familia.

Abrí el paquete y lo coloqué sobre la mesa de centro. Tomé una porción de pizza para mí y

le indiqué a la chica que se sirviera mientras iba a la nevera por dos cervezas, entregándole una.

Se arrodilló y tomó una porción. La tragó sin masticar, hizo lo mismo con una segunda y luego con una tercera.

—¡Calma! —Intenté detenerla.

La comida no iba a huir, podía ir más despacio.

No me hizo caso y siguió comiendo, hasta que le quité el paquete de delante. Me miró con una expresión de furia, pero abrió la cerveza y la bebió de un trago.

Nos quedamos mirándonos hasta que, unos momentos después, se inclinó hacia adelante y empezó a vomitar, ensuciando toda la alfombra de mi sala.

—¡Mierda! —Tomé lo más rápido que pude el bote de basura y lo puse frente a ella.

Le tomé el cabello y lo levanté, esperando a que terminara de sacar casi toda la comida. Era evidente que había intentado tragarse todo de golpe y por eso se sentía mal.

¡Sangre!

Entré en alerta al ver el vómito teñido de rojo y su boca sucia con el líquido vital. Esperaba que vomitara todo lo que había comido, pero la sangre era inesperada y solo podía significar que su estómago o esófago estaban heridos.

No quería ser médico, cada vez odiaba más esa profesión, pero había crecido rodeado de ellos y asistido a la universidad el tiempo suficiente para saber algunas cosas.

Empezó a quejarse y se sostuvo el estómago, señalando el dolor.

—Tienes una úlcera.

—¡Ay! —No me respondió.

La ventaja de saber ciertas cosas era que la mayoría de las veces podía curarme por mí mismo, no necesitaba la ayuda de nadie para superar una resaca o una sobredosis.

—Quédate aquí —dije, mientras me levantaba, quitándome la camisa al ver que la sangre y el vómito le habían salpicado. Fui al baño, abrí el botiquín y busqué el inhibidor de ácido

estomacal más fuerte que encontré. Debía estar bastante dañada si estaba sangrando.

Llené un vaso con agua y se lo entregué.

—Tómalo muy despacio.

Negó con la cabeza y golpeó mi mano, haciendo que la pastilla cayera y se perdiera bajo uno de los muebles. Luego, se volvió a encoger, posiblemente por el dolor.

—¡Mierda, chica! ¿Estás loca?

—¡No voy a tomar nada!

—Eso ayudará a tu estómago a sanar.

—Me va a dejar mareada otra vez.

—Es un antiácido.

Sacudió la cabeza en señal de negativa y abrazó su cintura, encogiéndose más.

—Estoy tratando de ayudar. —Me sorprendió escuchar esa frase. Había actuado sin pensar, porque normalmente no ayudaba a nadie, ni siquiera a mí mismo.

—No confío en ti. —Apretó los dientes.

—Si yo fuera tú, tampoco confiaría —dije la verdad y ella se encogió aún más.

El dolor que probablemente sentía era grande, pero permaneció en silencio.



Janete

Capítulo once

Miré al hombre frente a mí, al vómito rojo y me encogí, sin poder pensar en nada más que en lo terrible que me dolía el estómago. Mi boca todavía tenía sabor a sangre, y por más que mi cuerpo pedía a gritos alimentarse, sabía que no podría comer en las siguientes horas.

Debería haber comido más despacio, o simplemente no haber comido nada. Él podría haberle puesto cualquier cosa a esa pizza sin que yo me diera cuenta, y por eso me sentía mucho peor de lo que me sentía al llegar a ese apartamento.

Sin camisa y con unos pantalones de una de las marcas que siempre había admirado de lejos, pero que nunca había podido comprar, considerando el apartamento en el que estábamos, me di cuenta de que ese hombre era demasiado rico como para que yo pudiera haber sido comprada por él.

¿Sería eso lo que había pasado?

Él se alejó y fue hasta la cocina, separada de la sala por una barra. Tomó un trapo, un balde con agua y una botella de lejía, y se arrodilló frente a mí para limpiar mi vómito en el suelo de su sala.

Sentí ganas de disculparme por eso, pero no pude decir nada. Mi estómago seguía doliendo y hasta me costaba pensar de esa manera.

Limpió todo y se alejó de mí, sin decir ni una palabra más.

Miré el vaso con agua que había dejado sobre la mesa de centro y sentí una necesidad desesperada de beber un poco. *¿Me harían daño unas gotas?*

Necesitaba agua y comida, pero temía que él terminara envenenándome.

No podía confiar en nadie más. Seguro que él haría algo tan terrible conmigo como lo habían hecho otras personas desde que llegué a ese maldito país. Ya era demasiado tarde para pensar que debería haber escuchado a mi madre. Ella estaba preocupada, pero yo aseguré que era mi oportunidad de oro.

Me incliné hacia adelante y empecé a llorar.

Debería haberla escuchado. Si hubiera hecho caso a mis padres, nunca habría estado ahí, pasando por esas cosas terribles.



Jason

Capítulo doce

—¡Qué mierda pasa! —gruñí hacia ella, pero la chica no dejó de llorar.

Llora desconsolada, y yo no lograba identificar si la razón de esas lágrimas era la úlcera o algo más.

Mientras yo gritaba, ella solo se encogía aún más.

—¿Qué está pasando?

Lloraba cada vez más, y eso me estaba volviendo loco. Solo quería que me dijera algo, pero no lo hacía. La chica no confiaba en mí ni siquiera para hablar. No podía exigirle que confiara, nunca di motivos para que nadie lo hiciera. Las personas a mi alrededor generalmente estaban ahí por el dinero que les pagaba, ningún sentimiento mantenía a nadie cerca. Por lo general, me gustaba ser odiado, ese era mi objetivo, pero esta vez se estaban complicando las cosas.

La mujer frente a mí, arrodillada en el suelo y llorando, estaba claramente enferma, pero si ella no dejaba que la ayudara, no podía hacer nada.

Me pasó por la cabeza meterla en mi coche y dejarla frente al hospital de mi familia. Ahí harían algo por ella, podrían ayudarla de una manera que yo no podía ni quería. Sin embargo, antes de cargarla para hacer eso, recordé las innumerables veces que mi padre me había gritado y me había dicho lo irresponsable que era. No estaba de acuerdo con él, pero si me deshacía de la chica de esa manera, solo confirmaría que Donald Vaughn siempre tuvo razón sobre mí.

No me gustaba tenerla allí, ser responsable de ella, pero para demostrarme a mí mismo que mi padre estaba equivocado, tenía que enfrentar la situación solo.

Fui al baño y tomé otra pastilla.

Me acerqué a ella, me arrodillé detrás de su espalda y rodeé su cuello como si fuera una mascota.

—¡Abre la boca!

—¡No! —Intentó morderme los dedos.

—El medicamento va a ayudar a tu estómago.

—¡Estás tratando de drogarme otra vez!

—Colabora.

—¡No!



Janete

Capítulo trece

Me inmovilizó, sosteniendo mi mandíbula con una mano mientras su otro brazo cruzaba sobre mis pechos, limitando mi movimiento. Al igual que mi abuela hacía con el gato para darle medicina, el tipo me abrió la boca y metió la pastilla, sin darme opción más que tragar. La sentí raspar, bajando por mi esófago como si fuera áspera y llena de espinas.

Cuando él se dio cuenta de que la había tragado, me soltó y me caí hacia adelante, apoyándome en el suelo con las manos.

—¡Toma agua!

—¡No!

—¿Tengo que hacer que tragues de nuevo? —Extendió el vaso hacia mí.

Lo miré, alternando mi mirada entre el vaso y sus ojos verdes, sabiendo que sería capaz de sujetarme de nuevo.

Tomé el vaso con los dedos temblorosos. Ni siquiera tenía fuerza para sostenerlo, así que me ayudó a llevarlo hasta mi boca y esperó hasta que lo vacié por completo para apartarse.

—¿Qué te hicieron? —Me observó detenidamente, pero no tuve valor para responderle.

Lo que me habían hecho era tan horrible que ni siquiera conocía las palabras en su idioma para explicarlo. Sin embargo, no era la primera vez que vomitaba con sangre. Eso ocurría cuando yo me obligaba a vomitar varias veces durante días, y mi estómago quedaba débil. Fui al médico algunas veces y me las arreglaba con los medicamentos que me dieron. Intentaba dejar de vomitar por un tiempo y en ese período hacía dieta porque siempre me preocupaba mucho mi peso. Si subía más de cien gramos, era suficiente para que empezara a perder el control.

No quería alejarme de las pasarelas solo porque no podía mantener el peso perfecto. Cuanto más delgada estuviera, mejor.

Me miró en silencio y sentí que el dolor en mi estómago iba mejorando, pero solo un poco, seguía doliendo.

—¿Qué me diste?

—El mismo antiácido que tiraste. Es mejor tomarlo en ayunas por la mañana, pero no podías esperar.

Abrí los ojos, desconcertada por su actitud. ¿Por qué se había esforzado tanto para ayudarme? ¿Era otro cómplice de Anastácia que me había entregado para ganarse mi confianza y así manipularme aún más?

—¿Cuál es tu nombre? —Se inclinó hacia mí.

—Sabes mi nombre. —Apreté los dientes.

Estaba segura de que él formaba parte de esa banda.

—No lo sé.

—Entonces, dime el tuyo.

—Jason.

—¿Es el tuyo de verdad o lo inventaste?

—Es el mío.

—¿Cómo puedo estar segura?

—No puedes. —Esa sinceridad hizo que mis huesos se helaran y mi estómago volviera a doler—. ¿Me vas a decir o prefieres que te llame chica?

—Jane... Janete. —Me asustaba decirlo, pero Anastácia ya tenía toda la información sobre mí que cualquiera podría querer.

—¿Puedo llamarte Jane?

Asentí con la cabeza.

—Está bien, Jane.

La forma en que pronunció mi nombre tenía un acento estadounidense y sonaba muy diferente de lo que estaba acostumbrada a escuchar en casa, pero no estaba en mi hogar, mucho menos en la seguridad de mi familia.

—Voy a ir a una farmacia, ¿prometes quedarte tranquila aquí?

Volví a asentir.

No estaba segura de ello, pero si me dejaba sola podría ser mi oportunidad de hacer algo.

Mientras me quedaba quieta, observando la habitación, el tipo se fue hacia lo que supuse era un cuarto, tomó una camisa y salió sin decirme otra palabra, solo dejándome escuchar el sonido de la manija de la puerta principal cuando la cerró.

Mi cabeza seguía doliendo mucho, pero mi estómago había dado un poco de paz, aunque seguía doliendo. Estaba mucho peor justo después de haber vomitado.

Caminé hasta el espejo. Llevaba una camisa suya que me llegaba hasta la mitad de los muslos. Era alta, pero él lo era más. Mi rostro estaba terrible, con ojeras profundas y una piel completamente sin vida, pero no tenía documentos ni mi neceser con maquillaje.

Necesitaba encontrar la forma de regresar a casa, aunque no tenía idea de dónde estaba exactamente. Con suerte, podría encontrar un policía o alguien dispuesto a ayudarme. Mi inglés de escuela debería ser suficiente para comunicarme, como lo estaba haciendo con ese extraño.

Me acerqué a la puerta e intenté abrirla, pero estaba cerrada. Era obvio que él planeaba mantenerme prisionera ahí. Corrí hacia la ventana más cercana y me llevé un gran susto al darme cuenta de que estaba a varios metros del suelo y los autos que pasaban abajo parecían miniaturas.

Si me atrevía a saltar, no había otro destino que no fuera la muerte, y por muy mala que pareciera la situación en la que estaba, mi vida aún era preciosa para mí.

Volví hacia la puerta, recordando las muchas películas que había visto, pensando en cómo podría forzarla con alguna herramienta o un pasador de pelo. Mi cuerpo estaba pesado, cada vez me sentía más agotada y mis ojos estaban luchando por mantenerse abiertos, pero intentaba a toda costa mantenerme alerta.

Abrí un mueble cerca de la entrada y busqué algo que pudiera ayudarme, cualquier herramienta pequeña con la que poner en práctica los conocimientos que no tenía, en una tonta esperanza de poder escapar. Sin embargo, para mi sorpresa, sobre el mueble había varias llaves en el mueble, dos llaves de coche y un manojo que me llamaron la atención. Él no sería tan tonto

como para dejarme la llave de la puerta, pero aún así las tomé y empecé a probar una por una en la cerradura hasta que, finalmente, la puerta se abrió. No lo podía creer.

Dejé el momento de asombro para después y salí corriendo. Mis piernas temblaban y la fuerza de mi cuerpo se desvaneció en cuanto llegué al elevador. Sin comida ni hidratación, estaba completamente agotada, y aunque había encontrado la oportunidad de escapar, mi cuerpo no lo soportó.

Cuando caí al suelo helado del pasillo, todo se volvió oscuro y no supe si despertaría.



Jason

Capítulo catorce

Conseguir drogas era fácil, y los medicamentos, aún más. Tenía proveedores por toda la ciudad que podían conseguirme lo que quisiera, siempre y cuando estuviera dispuesto a pagar el precio.

No era nada complicado, solo un medicamento intravenoso para que pudiera recuperarse más rápido de la úlcera, además de un suero fisiológico, porque la mujer parecía cada vez más deshidratada. También pasé por un supermercado para conseguir algo más ligero, para que pudiera comer sin vomitar todo, como pasó con la pizza.

No tenía por costumbre cuidar a nadie. Nunca adopté una mascota ni hacía lo mínimo por mí mismo, pero en el fondo sabía lo que se necesitaba para que ella se recuperara. Una vez que estuviera en condiciones de cuidarse por sí misma, podría deshacerme de ella y esa mujer débil ya no sería mi responsabilidad.

Debería haber alguna forma de devolverla al lugar de donde vino, y eso lo pensaría más tarde...

Cuando el elevador se abrió en el piso de mi departamento, me sorprendí por completo. La puerta estaba abierta, pero eso no fue lo que más me llamó la atención. Ella estaba desmayada frente a mí, probablemente intentó llegar al elevador, pero perdió el conocimiento antes.

—¡Qué tonta! —murmuré, mientras ajustaba mejor las bolsas en mis brazos y dejaba las manos libres para poder arrodillarme y levantarla del suelo.

Entré al apartamento, cerré la puerta con el pie y fui hacia la habitación de huéspedes, dejándola en la cama.

No entendía adónde pensaba ir, si apenas tenía fuerzas para caminar. Con esos brazos y piernas delgadas, temía que pudiera lesionarse.

Puse las bolsas sobre el escritorio que había al otro lado y busqué la medicación. Le hice un acceso en la mano derecha y colgué el suero fisiológico con la ayuda de un soporte en la estantería que estaba sobre la cama. Junto a él, puse el medicamento para el estómago, dejándolo

gotear lentamente, mezclándose con el líquido nutritivo.

Revisé sus signos vitales, estaban débiles, pero Jane seguía viva y pensaba que despertaría pronto con la ayuda de la medicación.

Salí del cuarto dejándola allí y fui a la cocina. No solía aventurarme con la olla ni los utensilios de cocina, pero con un poco de suerte podría hacer algo.



Janete

Capítulo quince

Abrí los ojos lentamente, viendo un candelabro moderno en el techo, una estantería con objetos al azar y un tubo que salía de mi brazo y se conectaba a una bolsa plástica con un líquido que no sabía distinguir.

El cielo y el infierno ciertamente no eran de esa manera, y pensé que probablemente me estaban drogando de nuevo, pero la sensación era diferente a cuando me inyectaron drogas con una jeringa. La quemazón en mi estómago que subía por mi pecho había disminuido, y me sentía un poco más fuerte que cuando me desmayé, aunque mi cuerpo seguía demasiado débil. Traté de impulsarme hacia adelante, pero no pude. Era como si me hubieran pegado a ese colchón.

Escuché pasos acercándose y me encogí. Necesitaba escapar, pero parecía completamente imposible. Antes de que él apareciera en la puerta, sentí un olor a sopa que despertó mi estómago y me recordó que tenía hambre.

Esos ojos verdes que me aterraban fueron como un alivio cuando se acercaron hacia mí, acompañados por un par de manos que sostenían un tazón hondo humeante con una cuchara.

—Despertaste más rápido de lo que imaginaba.

—¿Con qué me estás drogando? —Traté de quitarme el acceso en mi brazo, pero no tuve la fuerza suficiente para hacerlo.

—Antiácido y suero fisiológico —respondió sin rodeos, antes de dejar el tazón sobre una pequeña mesa redonda y acercarse a mí.

Intentó tocar mi rostro, pero me aparté, evitando que lo hiciera.

—Solo quiero ver cómo estás.

—Horrible.

—Eso es fácil de notar.

—¿Por qué hiciste esto? —Miré el tubo que salía de mi mano y estaba sujeto con trozos de

cinta adhesiva.

—Para que te sintieras mejor.

Ya me había sentido mal antes, pero ni mis padres, que se preocupaban por mí más que por nada en el mundo, habían tomado medidas como esas. El tipo frente a mí parecía saber mucho más de lo que se molestó en contarme.

—¿Eres médico?

—¡No! —Retrocedió y adoptó una postura defensiva, dejando claro que no le gustó la pregunta. Eso solo me dejó más confundida.

—¿Enfermero?

—Tampoco.

—Entonces, ¿cómo sabes todo esto?

—Hay cosas que uno aprende sin querer.

No entendí bien lo que estaba diciendo, pero me di cuenta de que Jason no me contaría más. Cada vez que le preguntaba algo, se alejaba, como si el tema no lo hiciera sentirse cómodo.

Recordé a una prima que por un tiempo había salido con un médico. El tipo se jactaba tanto de eso que llegaba a ser irritante. Pensaba que los médicos se sentían orgullosos de su profesión, pero ese no parecía ser el caso de Jason.

—La sopa se está enfriando —dijo en un tono frío, cambiando de tema.

—Gracias.

—Come despacio esta vez.

—Entendido.

Todavía tenía miedo de lo que pudiera haber en la comida y en la sustancia que caía lentamente en mi vena, pero si no me recuperaba, terminaría muriendo de todos modos. Seguía sin confiar en él, pero no tenía alternativas.

Traté de moverme en la cama, pero mis brazos aún no tenían suficiente fuerza para

sostener mi peso y poder sentarme.

—Te voy a ayudar. —Se acercó, ubicando una mano debajo de mi espalda y otra debajo de mis rodillas, colocándome en la cama, apoyada en el respaldo, y poniendo la almohada detrás de mí.

Levanté las manos para tomar el tazón, pero comenzaron a temblar y se cayeron.

—Estás más débil de lo que imaginaba.

—Tal vez si duermo un poco más.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste antes de la pizza?

—No lo sé... Puede que haya sido hace uno o dos días... Perdí la noción del tiempo desde que... —Tragué en seco, me sentí agitada por las imágenes que pasaron por mi cabeza al recordar lo que me sucedió cuando llegué a ese país, pensando que viviría un sueño que rápidamente se convirtió en una pesadilla.

—Entonces necesitas comer. —Se sentó en el borde de la cama con el tazón en las manos —. ¡Abre la boca!

No era precisamente un ejemplo de educación ni de cuidado, pero terminé obedeciendo esa orden porque sabía que no tenía otra opción. También recordé cómo me había medicado antes y no quería que esa situación se repitiera.

Abrí los labios y él puso el contenido de la cuchara sobre mi lengua. Estaba lejos de ser la sopa más sabrosa del mundo. Casi no tenía sabor, pero al menos las verduras estaban tan suaves que se disolvían en la boca, y el pollo tan desmenuzado que solo tenía que tragarlo.

Era comida de enfermos. Yo estaba enferma.

Siguió alimentándome hasta que el tazón estuvo vacío y se apartó. Se puso de pie y se acercó a la puerta.

—Ahora descansa.

Asentí y él desapareció en el pasillo, dejándome sola.

No quería dormir, temía cerrar los ojos y que algo terrible me volviera a suceder. Sin

embargo, mi cuerpo estaba tan agotado que empecé a deslizarme hasta acostarme, y mis ojos pesados se cerraron, cayendo en un sueño profundo.



Jason

Capítulo dieciséis

El silencio habitual en mi departamento, con el que ya me había acostumbrado, volvió a dominar el ambiente y hasta pensé que estaba solo nuevamente. La mujer enferma que había llevado por impulso no estaba ahí, y todo parecía haber sido solo un sueño extraño.

Me tiré en el sofá y respondí a los mensajes de algunos de mis empleados. Había desaparecido de la discoteca sin avisar, aunque eso fuera algo común, algunos de ellos tenían asuntos pendientes conmigo y yo era el mayor interesado en que el lugar siguiera funcionando.

Mi madre había llamado varias veces, supuse que era por mi cumpleaños, pero ya eran más de las cinco de la mañana y no había devuelto las llamadas. Tal vez lo haría más tarde, o no... conocía lo suficiente a Mary Vaughn como para saber que vendría con la misma cantaleta de siempre, hablándome sobre lo mucho que necesitaba tratarme. La adicción era mía y no quería liberarme de ella.

Mi madre ya había intentado otras formas de convencerme, incluso alejándose de mí un tiempo, con la intención de que el distanciamiento me motivara a buscar una solución y me acercara de nuevo, pero la mayoría de las veces solo desaparecía y eso la preocupaba aún más.

Pensé que la chica dormiría varias horas para recuperarse un poco y durante ese tiempo tendría un momento para mí. Me incliné hacia adelante y abrí una caja que estaba sobre mi mesa de centro. Dentro, encontré heroína, un kit para preparar la droga y jeringas.

Esa sustancia tenía la misma base que la morfina, que se usa comúnmente en hospitales para aliviar el dolor intenso en los pacientes. Quizás el hecho de que esa fuera la droga que más usaba significaba que, por más que quisiera, no podía alejarme de esa mierda.

Tomé un elástico y lo amarré alrededor de mi antebrazo, tirando con los dientes para que quedara bien apretado. Mis venas gruesas, marcadas por años de pinchazos, saltaron, dejando huellas en mi piel pálida de quien tiene hábitos nocturnos.

Saqué el émbolo y levanté la jeringa, viendo el líquido brillar al ser expuesto a la luz que llenaba la sala. Me inyecté y dejé que mi cuerpo fuera llevado por las sensaciones, perdiendo la

noción de lo que era real o no, apagando por completo cualquier sentimiento de dolor o angustia causado por factores externos.

La droga me ayudaba a no preocuparme y suprimía cualquier necesidad que pudiera surgir debido al dolor, porque con ella no había espacio para eso. Era libre, me liberaba de tener que preocuparme o incluso sentir.

Me ayudaba a ser el hombre que era, ese que actuaba sin medir las consecuencias.

Me quedé tirado en el sofá, letárgico, con la mente dando vueltas mientras la sustancia hacía efecto en mi cuerpo. Llevaba años lidiando con ella, pero aún sentía como si fuera la primera vez.

A lo lejos, el sol comenzó a salir, entrando en la habitación y tocando mi rostro. No pude dormir, pero tampoco estaba completamente despierto. Ese estado de conciencia suprimida era extraño y, al mismo tiempo, increíble.

No sé cuánto tiempo pasó, solo me quedé allí, inmóvil.



Janete

Capítulo diecisiete

Cuando desperté ya era de mañana y el sol brillaba con fuerza dentro del cuarto, entrando por la ventana abierta.

Miré hacia arriba y vi que las bolsas plásticas se habían secado, y todo el contenido de ellas ya estaba en mis venas. Fue una sorpresa darme cuenta de que realmente me sentía mejor, lo que Jason había hecho de verdad me había ayudado.

Me humedecí los labios, frotándolos unos contra otros, y noté que tenía sed. El suero no había sido suficiente para que mi cuerpo repusiera todo el líquido que necesitaba. Quería un vaso de agua bien fresca.

Me quité el acceso de la mano, arrancando el esparadrapo con el pequeño tubo en mis venas, y sangró un poco, pero se detuvo rápidamente cuando lancé las piernas fuera de la cama y me levanté.

Aún no me había recuperado completamente, así que tambaleé hasta la puerta, sintiendo cómo mi fuerza volvía lentamente al equilibrarme contra las paredes. Con dificultad, llegué a la sala.

Imaginé que Jason podría estar durmiendo, pero la visión que tuve me sacudió y me dejó completamente perpleja. Me pellizqué, preguntándome si aún estaba soñando, o mejor dicho, teniendo una pesadilla.

El tipo estaba sentado en el sofá, con la cabeza caída sobre el respaldo y los ojos abiertos, pero con una mirada perdida. Sin embargo, eso no fue lo que más me asustó, sino el hecho de que estaba sosteniendo una jeringa con una mano y el otro brazo estaba estirado, como si se hubiera inyectado algo.

—Jason... —Me acerqué a él y cambié de pierna, casi cayendo sobre el sofá a su lado, sobre su brazo.

Fue entonces cuando noté varios pinchazos, cicatrices y puntos de costra que aún se estaban cerrando. No era la primera vez que hacía eso.

Lento, le tomó un tiempo darse vuelta y notar mi presencia.

—¡Vuelve a la cama!

—¿Qué hiciste? —Agarré el cuello de su camisa, obligándolo a mirarme.

—Diversión. —Sonrió como si fuera algo realmente genial.

¿Estaba loco?!

Fue difícil creer que un hombre como él, en sus treinta, con un hermoso departamento y conocimientos médicos, pudiera drogarse por su cuenta.

Jason estaba lento, con dificultad para mirarme y hablar conmigo. Ya me esforzaba por entender cada una de sus palabras, y en su habla confusa parecía aún más difícil. Noté los efectos en su cuerpo y me di cuenta de que eran los mismos que había sentido cuando los hombres que me secuestraron me inyectaron algo.

De esa manera, no había fuerza ni respuesta cognitiva para luchar contra lo que fuera. Al verlo en ese estado, no podía creer que fuera el mismo tipo que me había hecho mejorar.

—Ve a la habitación... —murmuró con dificultad.

—Tengo sed.

Levantó la mano temblorosa e indicó la dirección de la cocina, dejando que cayera de nuevo, como si pesara una tonelada.

—Necesito llamar a emergencias.

—No —gruñó en un murmullo.

—Tú...

—Estoy bien.

Me tapo la boca con la mano, sin saber qué decir ni cómo reaccionar ante esa situación.

—Toma tu agua —me incitó a levantarme, sin moverse mucho.

Fui hasta la cocina y abrí la nevera. Era enorme, espaciosa, pero no tenía mucho más que botellas de cerveza, agua y otras bebidas. Me dio curiosidad abrir el congelador y encontré

algunas bolsas de comida congelada, lo que dejaba claro que no se preocupaba mucho por lo que comía.

Estaba aterrada por lo que Jason pudiera estar haciéndome, pero también me asustaba lo que él se hacía a sí mismo. El fregadero de la cocina estaba lleno de recipientes y vi restos de la sopa que él me había dado en una olla destapada. El departamento en general estaba limpio, pero era fácil deducir que no era él quien se encargaba de eso.

Bebí agua, pero traté de controlar los tragos al sentir que mi esófago volvía a doler. Me sentía mejor, pero eso no significaba que me hubiera recuperado al cien por ciento.

Volví hacia él, entre la curiosidad y una extraña preocupación. El tipo era un desconocido, no podía olvidar que Anastácia debía estar tramando algo contra mí, sin embargo, la curiosidad era grande.

Él giró y me agarró la muñeca, lo que me hizo abrir los ojos de par en par.

—¡Suéltame! —Me zafé.

Retrocedió, pero ya parecía estar en un estado de mayor lucidez que el que tenía cuando salí de la habitación.

Jason se inclinó hacia adelante y cerró una caja que estaba sobre la mesa de centro. Dentro pude ver que había otras jeringas como la que él dejó caer al suelo, además de una sustancia que imaginé que era la droga que había usado.

—¿Por qué haces esto? —Me atreví a preguntarle.

—No es tu asunto.

—Pareces un loco.

—Más de lo que imaginas. —Se levantó del sofá y pareció recobrar la conciencia y el control de su propio cuerpo.

Fue hacia la cocina, abrió la nevera y sacó una botella de cerveza, bebiendo unos tragos sin importarle que yo estaba allí.

—¿De dónde eres?

Apreté los labios, tensa para responder a esa pregunta.

—No voy a poder mandarte de vuelta si no tengo esa información.

—¿Por qué me mandarías de vuelta?

Todos mis instintos gritaban que no debía confiar en él.

—Porque no quiero que te quedes aquí.

—Entonces, ¿por qué me trajiste?

Hacía preguntas porque sus respuestas solo me dejaban cada vez más confundida. No reaccionaba como lo harían otras personas y parecía ser un completo caos.

—Hago estupideces todo el tiempo.

—¿Por qué?

—¡Cállate, chica! —gruñó, tomando un tono más irritado, lo que me hizo retroceder ante su mirada feroz.

Tragué saliva y me abracé a mí misma, como si tuviera frío. Mi corazón volvía a acelerarse lentamente y mis músculos se sentían doloridos. No creía que esas reacciones físicas se debieran solo al cambio en el tono de voz de él y al susto de verlo drogarse.

Mi boca estaba seca nuevamente, así que me acerqué a tomar más agua. Pero después de unos tragos, esa necesidad desapareció. Sentía una náusea creciendo poco a poco, pero era por otra cosa.

—Brasil. —Terminé confesando, porque esa era una información que Anastácia también tenía, aunque cada vez parecía menos probable que el hombre conmigo estuviera involucrado con los que me secuestraron.

Ya había creído en personas equivocadas una vez y no podía cometer la misma ingenuidad. Aún estaba viva, pero nada garantizaba que seguiría así. Sin embargo, era difícil resistir la idea de regresar a casa. En ese momento no había nada que deseara más que poder volver con mis padres y abrazarlos.

—¿Tienes documentos para que pueda comprar un pasaje?

—Me los quitaron cuando llegué.

—¡Mierda!

—¿Puedes conseguirlos de nuevo?

—Creo que es poco probable. —Dejó la botella de cerveza vacía sobre la mesada y se puso la mano en la cintura al mirarme.

—¿Entonces, cómo me iré?

—Veré qué puedo hacer. —Parpadeó varias veces. Parecía pensativo, pero no sabía si era por los efectos de la droga.

Aún estaba sorprendida con la posibilidad real de regresar a casa. Quería aferrarme a la idea con todas mis fuerzas, pero parecía demasiado difícil de creer que fuera algo real.

—Si sales corriendo, ya no es responsabilidad mía. —Fue lo único que escuché de su boca antes de salir de la sala, ir al cuarto, cambiarse y dejar el departamento.

Esta vez la puerta estaba abierta, ni siquiera se molestó en cerrarla. Fue una sensación extraña, como si fuera un pajarito dejado en una jaula, pero temerosa de acercarse a la salida y volar de nuevo.

Fui hasta el pasillo y me acerqué al ascensor. Leí las instrucciones de mantenimiento pegadas en la pared y descubrí que estaba en Chicago, muy lejos de Nueva York y de donde debían estar todas mis pertenencias, si es que no las habían destruido.

Pensé en lo que habría pasado con Suelen y las otras mujeres que fueron arrastradas a esa pesadilla junto conmigo. ¿Estarán aún en ese contenedor? ¿Estarán vivas?

Sentí un escalofrío terrible y di un paso atrás. Mis músculos volvieron a doler y sentí esa extraña necesidad de nuevo, poco a poco se estaba volviendo más fuerte. Necesitaba desesperadamente algo, pero aún no sabía qué.

Volví al departamento, tratando de pensar en qué hacer, aunque parecía cada vez más difícil lidiar con los efectos que estaban tomando mi cuerpo.

¿Tendrá algo que ver con la medicación que Jason me dio? Una parte de mí pensaba que

no, pero era difícil estar segura.

Él mismo decía que no era confiable.

Me sentía en peligro.



Jason

Capítulo dieciocho

Me tiré al asiento del conductor al entrar en mi coche y puse la llave en el encendido, observando cómo el sistema respondía.

Mi celular vibró en el bolsillo antes de que arrancara, y vi que era un mensaje de mi madre. Como aún no había respondido los del día anterior, ella seguía insistiendo.

Mamá:

Jason, no me atendiste en tu cumpleaños.

¿Cómo estás?

Jason:

Bien.

Mamá:

Deberías haberme respondido.

Jason:

Estuve ocupado.

Mamá:

Necesitamos hablar.

Jason:

Necesito tu ayuda.

Mamá:

¿Necesitas?

Ese no era el tipo de pedido que solía hacer, pero mi madre estaba mucho más

acostumbrada a la filantropía que yo.

Jason:

Necesito el contacto del agente que se encarga de la documentación de los refugiados que ayudas.

Mamá:

¿Para qué?

Jason:

¿Puedes pasármelo o no?

Mamá:

¿En qué te estás metiendo?

Jason:

Hay una chica que necesita documentos nuevos para poder regresar a su casa.

Mamá:

¿Qué chica?

Jason:

Cuando puedas, mándame el número.

Ella me envió el contacto y dejó de insistir porque sabía que no le iba a decir nada. La mayoría de mis secretos no los compartía con ella, y Jane era uno de esos que no quería que mi familia supiera por nada del mundo.

Una vez que se fuera, podría continuar con lo que estaba haciendo y fingir que su presencia en mi apartamento nunca había sucedido.

Arranqué el coche y me dirigí al centro comercial más cercano, mientras hablaba con el hombre para ver si podía conseguir los documentos para ella. Después, iba a comprar ropa para

que la chica no tuviera que seguir usando mis camisas. Algunas prendas serían suficientes hasta que se fuera de una vez por todas.



Janete

Capítulo diecinueve

Había algo que consideraba un vicio en mi vida, la necesidad compulsiva de comer, preferentemente dulces. Me deleitaba en el sabor, disfrutando de cada pedacito, hasta que poco después me invadía un peso en la conciencia y un terrible arrepentimiento. No podía engordar o perdería las oportunidades como modelo, tener un cuerpo delgado era una prioridad para mí, lo que me llevaba a forzar el vómito para no absorber las calorías de un delicioso pastel de chocolate o un tarro de helado.

Esa compulsión me acompañaba desde la adolescencia y la llevaba manejando por casi diez años, pero en ese momento, no era la necesidad de comerme un plato de brigadeiro sola lo que me estaba desesperando. Mi cuerpo había vuelto a doler y mi cabeza latía. Necesitaba algo desesperadamente, pero aún no lograba entender exactamente qué era.

Adicción... La palabra retumbó en mi cabeza mientras deliraba entre la necesidad y el sufrimiento.

Recordé a Jason tirado en ese sofá, entregado a los efectos de la droga, y mis cuestionamientos sobre por qué él hacía eso. *Adicción*...

Ya me habían drogado antes, no por voluntad propia, pero lo suficiente en varias ocasiones como para dejarme con esa necesidad. No quería... Con todas mis fuerzas sabía que era incorrecto, pero mi cuerpo estaba perdiendo el control.

Esa histeria me estaba volviendo irritable, desesperada y tensa.

Froté mis manos una contra otra mientras me inclinaba hacia adelante en el sofá. Luego me levanté, fui a tomar más agua. Calenté lo que quedaba de sopa en el microondas y lo comí, pero aún así, la necesidad no disminuía, solo crecía.

Necesitaba más y no sabía cómo lidiar con eso.

Miré la caja de madera sobre la mesa de centro y recordé que había visto las jeringas que Jason usaba allí dentro. La droga estaba justo ahí, al alcance de mi mano, y eso me hizo sentir aún más desesperada.

Fui al cuarto donde había dormido, me cerré allí y me apoyé en la puerta de madera, deslizándome hasta sentarme en el suelo. Cerré los ojos y respiré profundamente varias veces, intentando calmar mi corazón y las demás partes de mi cuerpo. Al darme cuenta de que era inútil, me acosté en la cama. Intentar dormir parecía la única alternativa.

Cerré los ojos, me giré de un lado a otro, me revolqué tantas veces que perdí la cuenta. No pude dormir, ni siquiera mantener los ojos cerrados.

La lucha contra la necesidad de ir a la sala y tomar la droga que tenía allí se volvió dolorosa. Estaba jadeando y sudando como si hubiera estado corriendo por horas. La pelea interna dentro de mí avanzaba, dejando cada vez más claro quién iba a ganar.

Me levanté, fui hasta la puerta y luego regresé atrás.

—¡No, Janete! —me dije a mí misma.

Me habían drogado unos criminales, pero no podía hacerme eso a mí misma, no como lo hacía Jason.

Lo recordé a él tirado en el sofá, el estado en que lo encontré, y usé eso para luchar.

—No...

Jadeaba, sudando frío.

—No puedo.

Mi estómago dolía, mi cabeza latía, como si mi cuerpo estuviera castigando a mi mente por intentar resistir una necesidad tan primaria.

—Solo una vez más...

No... Sí...

¿Por qué esa angustia no me dejaba y, a medida que se volvía más intensa, me costaba cada vez más resistir esa necesidad? Saber que había más droga en la sala era como pensar en un pastel delicioso en la nevera. Lo quería, aunque sabía que me haría mucho daño.

Solo un poquito...

La droga no era como una comida deliciosa de la que podría disfrutar y luego vomitar para lidiar con la culpa, no había una forma fácil de manejar el consumo.

—¡No! —Golpeé la pared, sintiendo cómo mis dedos débiles se dolían por el golpe.

Me dejé caer de un lado a otro y terminé cayendo al suelo. Cuando me di cuenta, estaba gateando hacia la sala. Me detuve frente a la mesa de centro y mis manos descansaron sobre la caja de madera. Era como si contuviera lo más valioso del mundo, aunque yo sabía lo mucho que esa sustancia me haría mal.

No sabía por qué Jason había probado eso en un principio, pero sí podía entender por qué lo hacía de nuevo. Era demasiado desesperante.

—¡Ah! —jadeé, dejando que mis manos cayeran de la caja y clavé mis uñas en la madera de la tapa.

Solo una dosis más... Había una voz demoníaca susurrando peligrosamente en mi mente. Estaba ganando más espacio y distorsionando mi noción de lo que era correcto y lo que no.

Abrí la caja, vi las jeringas y una de ellas contenía droga, estaba completamente lista para usarse. Mi boca comenzó a salivar como si fuera algo delicioso.

—Solo una vez más.

Extendí el brazo sobre la mesa y busqué una vena, pinchándola sin pensar en lo mucho que le temía a las agujas.

Mi cuerpo entero se retorció en una euforia extraña, cualquier angustia o dolor desapareció. Estaba en completo éxtasis. Me llegué a preguntar por qué me había tardado tanto en ceder a esa necesidad.



Jason

Capítulo veinte

Hablé con el contacto de mi madre y él necesitaba más información para conseguir un nuevo pasaporte para la chica, información que iba más allá de su primer nombre. No me metí mucho en detalles, ni mencioné dónde la había encontrado, solo que era brasileña y que le habían robado los documentos. Me dijo que podía conseguir otros a través del consulado, especialmente si su intención era salir del país y regresar a su casa, pero necesitaba el nombre completo, la fecha de nacimiento y los números de los documentos.

Iba a preguntarle eso a ella y anotarlo tan pronto como llegara. Con ella de vuelta en su país, me libraría del problema sin tener que huir de él.

Salí del ascensor pensando en qué pediríamos para almorzar. Su estómago aún estaría frágil, así que lo mejor sería algo ligero.

Abrí la puerta de mi departamento y vi a Janete en la sala. Estaba sosteniendo una jeringa en la mano, que dejó caer al verme. Sus pupilas estaban completamente dilatadas y se puso las manos en el cuello, dando señales de que no podía respirar con normalidad. La dosis en esa jeringa era para mi peso y altura, y seguramente mucho más de lo que una mujer tan delgada y debilitada podría soportar.

Se desplomó hacia un lado y dejé las bolsas en el suelo, corriendo hacia ella. Noté los efectos de la sobredosis, como la midriasis y la baja de sus pulsaciones.

—¿Qué hiciste? —pregunté, pero no pudo responder.

Ya había pasado por una sobredosis antes, había estado al borde de la muerte más veces de las que podía contar. Además, había visto a muchas personas en situaciones similares en las diversas clínicas en las que me habían internado. Cuántas de ellas no se habían salvado, incluso con ayuda.

—¡Jane! —grité, pero ella no respondió, aunque sus ojos estaban completamente abiertos.

Sus ojos comenzaron a cerrarse. Temí que tuviera un paro cardíaco.

—Mantente despierta.

El dolor y la angustia que sentí hicieron que mi pecho se acelerara de una manera completamente desconocida para mí. Tal vez mi padre tenía razón y yo era un irresponsable. La chica que pensaba que podría mantener con vida se me estaba escapando por culpa de una droga que había dejado al alcance de cualquiera.

Fue difícil mantener la cabeza fría y pensar con claridad.

La acosté en el sofá rápidamente y abrí el cajón de un mueble de la sala en busca de naloxona. Siempre tenía cerca el antídoto para los opioides, por si me encontraba en situaciones como esa.

El medicamento hizo efecto rápidamente, y poco a poco ella fue recuperando el sentido. Sus pupilas comenzaron a reducirse.

—Jason...

Solté un suspiro de alivio al escuchar su nombre.

—¿Qué carajo hiciste? —gruñí, al darme cuenta de que ya no iba a morir, al menos no esta vez.

—Necesitaba... —Su voz seguía débil, no había recuperado del todo el sentido.

—¿Cómo que “necesitabas”? No querías ni tomar una pastilla, pero me voy por unos minutos y tú te drogas.

—Ellos me dieron mucho de esto...

—¿Ellos quiénes?

—Los que me atraparon.

No tenía moral para discutir con ella sobre el uso de drogas, pero aún así me irritó mucho.

—¡No puedes usar eso!

—Tú la usas.

—Pero yo soy un desastre.

—No quería usar, pero no pude resistir.

La heroína creaba adicción muy rápidamente, y yo ya había estado en clínicas el tiempo suficiente como para saber lo terrible que era la abstinencia.

Con la droga esparcida por todo mi departamento, era difícil resistir la tentación. Si dejaba que estuviera ahí, sabía que podría volver a usarla, y la próxima vez tal vez no podría salvarla de la sobredosis. A diferencia de mí, ella no se había vuelto adicta por su cuenta. Mantenerla drogada y vulnerable era cruelmente ingenioso por parte de los traficantes. Siempre iba a querer más, y así podrían hacer con ella lo que quisieran.

—Prométeme que no vas a usar otra vez.

—Tú usas... —Su voz débil me golpeó como una patada y me dejó sin palabras.

—¿Y?...

—¿Puedes darme un poquito más? —Estaba tan fuera de sí.

—Lo que te estoy diciendo es en serio.

—Yo también. —Se inclinó hacia la mesa de centro, pero la empujé de vuelta para que se quedara donde estaba.

—No...

—Si ni tú te detienes, ¿cómo crees que yo voy a poder...?

La dejé hablando, mientras tomaba la caja con las dosis, me fui hasta la cocina, agarré la heroína que había escondido allí y otras porciones que tenía repartidas por la casa, incluso en mi cuarto. Quería sacarlas de su alcance para evitar que esto se repitiera. No lo pensé mucho, solo tiré la droga al inodoro del baño de invitados y vi cómo toda esa porquería se iba por el desagüe, casi tapando la tubería.

Fue solo después que me di cuenta de que si quería drogarme otra vez, tendría que conseguir más en otro lugar.

Solo no esperaba tener que lidiar con eso por tanto tiempo.



Janete

Capítulo veintiuno

Casi muero. Si Jason no hubiera llegado probablemente ya estaría muerta.

No pude resistir a esa necesidad tan intensa y terminé drogándome.

Aún estaba en el sofá, sin reacción, mientras escuchaba el sonido de la descarga. *¿La había tirado? ¿Cuánta droga había en ese apartamento?*

No tenía idea de cuán hondo había llegado en ese abismo hasta que me di cuenta de que necesitaba eso, ansiaba desesperadamente más. Después de inyectarme, sabía perfectamente lo que era y los efectos que causaba.

—Jason...

—Voy a pedir comida —dijo, mirándome con una expresión distante. Y aunque no podía confiar en él, sabía que le debía la vida a ese hombre. Aún no entendía por qué motivo más grande él podría haberme salvado.

Me senté en el sofá, todavía un poco atontada y letárgica, y noté el recipiente vacío en el suelo con el medicamento que él me había dado para interrumpir la sobredosis. Ese hombre era mucho más que un drogadicto cualquiera para tener ese tipo de conocimiento.

—¿Cómo sabías qué hacer? —Me arriesgué a preguntar.

—Ya pasé por eso.

—¿Cómo sabes tanto de medicamentos?

—Haces demasiadas preguntas —respondió, apretando los dientes, intentando cortarme y hacer que dejara de interrogarlo.

—Necesito saberlo.

—No necesitas saber nada. Solo necesitas comer, pareces un esqueleto.

¿Esqueleto? Me encogí, incómoda.

—Soy modelo. Mi cuerpo es hermoso.

—Necesito discrepar contigo. —Su respuesta me irritó aún más.

¿Cómo después de salvar mi vida podía hablarme así? No tenía ni idea de los sacrificios que hacía para mantener mi cuerpo perfecto.

Volvió a mirar su celular, y el ambiente se volvió terriblemente extraño.

Me acurruqué, abrazando mis rodillas, cuando mi estómago volvió a arder. Sentía la acidez estomacal y un sabor amargo en la boca.

—¿Puedes darme otro medicamento de esos? —Me quejé, sintiendo que el malestar aumentaba.

—No.

La negativa seca me sorprendió.

—Por favor...

—Acabas de tener una sobredosis, no te voy a dar nada más.

—Me duele.

—Voy a buscar algo de comida que te ayude.

—Gracias.

Mi cuerpo parecía cada vez más extraño, y era difícil mantener la sobriedad mientras sentía que podría desvanecerme en cualquier momento. Aunque la necesidad de la droga había disminuido después de la sobredosis, estaba lejos de sentirme bien.

Mi estómago ardía, la náusea me hacía llevarme la mano a la boca varias veces, pero ya no tenía nada que vomitar, solo sangre.

Mi respiración estaba acelerada, y mi pulso también. Quería acostarme, pero temía que si cerraba los ojos, nunca los volvería a abrir. El miedo a ese hombre frente a mí era mi menor preocupación en ese momento.

Seguía preguntándome por qué él me estaba ayudando, pero si no fuera por él, ya estaría

muerta después de ceder al impulso de consumir la droga.

—¿Por qué... ? —empecé a preguntarle, con la voz temblorosa y mis labios sin fuerzas para mantenerse firmes.

—¿Qué? —Dejó el celular sobre la mesa y se giró hacia mí.

—¿Por qué dejaste la droga ahí? —Le señalé la caja de madera.

—Es mi casa —Se encogió de hombros—. Puedo dejarla donde quiera.

Tragué en seco, arrepintiéndome de la pregunta, pero él notó mi reacción y suavizó un poco su postura grosera.

—No soy de los que reciben visitas con las que tenga que preocuparme.

—Deberías.

—Siempre dicen que yo debería hacer muchas cosas todo el tiempo.

—¿Y no les haces caso?

—Son unos idiotas —gruñó Jason.

Volví a sentirme mal y apreté mis rodillas con más fuerza. Ya había sentido dolor de estómago antes, pero generalmente tomaba un sal de frutas y me mejoraba. Pero el efecto de la droga en mi cuerpo hacía que todo fuera mucho peor.

La euforia del principio había dado paso a una depresión terrible.

—Pareces un tipo con dinero.

—Lo soy —respondió con voz baja, dándome respuestas cortas.

Definitivamente no quería conversar, pero sentía que esa era la única alternativa que tenía para no perder la cordura. Mis padres nunca fueron ricos, trabajaban todos los días para pagar las cuentas, pero se esforzaron mucho para darme una buena vida y oportunidades. Cada nuevo trabajo que conseguía, sabía que se sentían muy orgullosos de mí. En la vida que llevaba, nunca había imaginado que viviría una situación tan horrible donde mantenerme viva sería mi mayor preocupación.

—¿Te obligaron? —seguí con mis preguntas.

—¿A qué? —Él parecía confundido con mi cuestionamiento.

—¿A drogarte por primera vez?

—No.

—¿Entonces, por qué lo hiciste?

—Porque quise.

—¿Cómo puede alguien querer algo tan terrible? ¿Estabas sufriendo? ¿Querías huir de algo? ¿Fue...?

—¡Basta! —Se inclinó hacia adelante y su mirada me hizo retroceder y encogerme aún más—. No quiero responder a esas preguntas.

—Solo habla conmigo.

—No soy del tipo que habla mucho.

—Hablar ayuda a olvidar el dolor.

Él siguió mirándome hasta que descruzó los brazos y dejó caer los hombros, señalando que estaba un poco más receptivo a la conversación.

—Dijiste que no confiarías en mí —habló mientras me observaba, esperando mi reacción al devolverme las mismas palabras que yo había dicho.

—Y no confío.

—Entonces estás hablando demasiado.

—No veo a nadie más aquí. —Moví la cabeza de un lado a otro y sus ojos me siguieron.

—No soy el mayor fan de la compañía.

—¿Entonces, por qué me trajiste aquí?

—Una estupidez más para la colección de las que ya he cometido.

—Si sabes que está mal, ¿por qué lo haces?

—Justamente, porque está mal.

—¿Eh? —Me incliné hacia adelante, completamente sorprendida por lo que dijo.

Las personas cometen errores, eso pasa todo el tiempo, pero generalmente no lo hacen siendo conscientes de eso.

—Me cansé de intentar agradar hace mucho.

—Entonces, por eso desagradas todo el tiempo.

Jason no respondió, pero la forma en que me miró fue suficiente.

—¡Estás loco!

Él encogió los hombros, dejando claro que no le importaba.

Antes de que pudiera hacer alguna otra pregunta, escuché el sonido del interfono y fue a recibir a un repartidor en la puerta. El tipo le entregó varias bolsas y luego se fue. Estaban lo suficientemente lejos como para que no pudiera escuchar la conversación, pero supuse que no me perdí de nada importante.

Jason fue a la cocina y yo me arriesgué a acercarme, inclinándome sobre la barra y observando lo que hacía. Tomó una papa de una de las bolsas, la cortó en cuatro trozos y la metió en la licuadora, agregando un poco de agua.

—¿Qué es esto?

No respondió, tomó un vaso del armario, coló un poco del líquido y añadió más agua a temperatura ambiente, luego me lo extendió.

—Para ayudar con el estómago.

—Gracias. —Bebí esa agua blanca con un sabor extraño a papa cruda que me hizo arrugar la boca, pero realmente ayudó con mi estómago.

Sabía que ese efecto no duraría mucho, pero mientras más me ayudara a aliviar el dolor, mejor.

—¿Cómo sabes todo esto? —pregunté después de tomar otro sorbo.

—Internet.

Miré la pequeña costra que se había formado en el agujero que hizo en mi brazo para poner el acceso del medicamento y volví a mirarlo.

—Sé que puedes encontrar lo que quieras en internet, pero para alguien que no cuida a nadie, parece que ya tienes algo de entrenamiento.

—¿Por qué no dejas de meterte en lo que no te importa?

—Tal vez si empezaras a decirme la verdad.

—Si no confías en mí, ¿por qué debería confiar yo en ti? —Me dio respuestas que me dejaban sin palabras, pero me di cuenta de que esa podría ser una brecha para acercarme.

—Soy la víctima aquí. Me engañaron, secuestraron, drogaron y casi muero.

—¿Quieres que sienta pena?

—Sería lo mínimo.

—He hecho muchas mierdas en la vida por las que me culpan, pero lo que te pasó a ti no es mi problema.

—Pero aun así, estoy aquí en tu departamento, tomando agua de papa después de haber casi muerto por tu droga.

—No fui yo quien te la inyectó.

—Tú te la inyectaste, lo cual creo que es aún peor.

—Lo que yo haga con mi cuerpo...

—Es tu problema, entendido.

—Así es.

—Solo no entiendo cómo alguien con una vida buena puede hacerse esto a sí mismo.

—No estás aquí para que te explique mi vida.

—Pero aún estoy aquí. ¿Por qué sabes cosas que solo un médico o enfermero debería

saber? ¿Trabajaste alguna vez en un hospital?

—No.

—¿En una clínica?

—No.

—¿Cómo quieres que confíe en ti si no me cuentas nada? —Me sentí más enojada y la incomodidad volvió con fuerza.

—No quiero que confíes en mí. —Sacó una hamburguesa de uno de los empaques, y mi boca se hizo agua, pero en lugar de dármela, me extendió un recipiente con una ensalada de frutas, pero sin nada cítrico.

—¿Y aún así me estás ayudando?

—Si prefieres que te deje en la calle para que te mueras, solo dilo.

—¡Maldita sea, hombre! ¿Qué mierda te pasa?

—Nada. —Mordió la hamburguesa.

Tomé una de las sillas altas frente a la barra y me acomodé en ella antes de abrir la tapa del recipiente de plástico. Pinché un trozo de melón con el tenedor y mastiqué despacio. No tenía el mejor sabor del mundo, pero parecía caer bien en mi estómago.

—Cuéntame, ¿cómo sabes qué hacer?

—¿Vas a seguir insistiendo en eso?

—No tengo otras opciones. —Tomé un trozo de sandía y me lo metí en la boca. La fruta que parecía estar hecha solo de agua ayudó a mi estómago y también ayudó a reponer los líquidos que tanto había perdido.

—¿Conoces a los Vaughn? —Dejó la hamburguesa a un lado y tomó una servilleta para limpiarse un poco de salsa en la comisura de la boca.

Hice un gesto negativo.

—Un milagro. —Jason rió casi como si fuera una broma.

—No entiendo.

—Casi todos en Chicago saben quiénes son.

—Bueno, yo no soy de aquí.

—Es una familia de médicos, dueños de Chicago Medical Life.

—¿Tu familia? —Estaba debilitada por el dolor y los efectos de la droga, pero no me costó mucho deducirlo.

—Sí. —No parecía muy feliz de admitirlo.

En ese momento, tuvo sentido que supiera tantas cosas sobre medicina, lo había aprendido de su familia. Solo no entendía por qué dejaba tan claro que no le gustaba que lo compararan con un médico.

—¿No te gusta?

—No.

—Estás en tu derecho.

No tenía la tradición de alguna profesión en mi familia, mi papá había tenido varios trabajos antes de pasar en un examen para ser auxiliar administrativo en una empresa estatal, mi mamá también hizo varios trabajos antes de convertirse en encargada de una tienda. El resto de la familia hacía de todo, pero ninguno era médico.

—Ojalá fuera tan fácil. —Rió amargamente.

—¿Por qué?

—Soy la mayor vergüenza de mi familia.



Jason

Capítulo veintidós

No decía esa frase en voz alta desde hacía mucho tiempo. La había interiorizado y, a veces, hasta dejaba de pensar en ella, pero siempre estaba ahí, persiguiéndome. No me había convertido en el médico admirado como John, ni en el líder de su campo como Jaqueline y James.

Ni terminé la universidad.

No quería hacerlo.

Esa maldita vida nunca tuvo sentido para mí.

—Tal vez si dejaras las drogas...

—¡No viniste aquí para darme lecciones de moral, maldita! —Hice que retrocediera—. Ya tengo suficiente gente en mi vida tratando de hacer eso.

—Deben estar preocupados por ti.

—Nadie se preocupa por mí.

—Tampoco ayudas, ¿verdad?

Normalmente evitaba que las personas se acercaran por situaciones como esa. Estaba harto de que se involucraran en mi vida.

—Come tu ensalada y deja de molestarme.

—¿Eres un hijo de médicos que se convirtió en un drogadicto problemático solo porque no quisiste seguir el camino de tu familia?

—¡Basta! —Golpeé la mesa con la mano y la hice retroceder de una vez por todas.

Jane volvió a comer su ensalada de frutas y me dejó terminar mi hamburguesa en silencio.

Podría haber aceptado cualquier cosa de Billy por aquella partida o incluso nada, pero traer a esa chica a mi casa había complicado todo y solo había alterado mi paz.

Mi celular comenzó a sonar, me levanté, me aparté para atender y vi que era el gerente de

mi club nocturno.

—¿Señor Vaughn?

—¿Qué pasa?

—¿Va a venir al club hoy?

Ante su pregunta, moví la cabeza y miré a la chica que seguía comiendo. Si la dejaba sola, podría terminar haciendo otra estupidez o algo peor.

Estaba molesto con sus preguntas y la forma en que se metía en mi vida, pero aún me sentía responsable de ella de una forma en que no lo hacía ni conmigo mismo. En el fondo, no quería que la chica muriera y haría lo que fuera necesario para evitarlo, al menos hasta que regresara a Brasil y se alejara de mí.

—No voy —le respondí—. ¿Hay algo importante?

—Solo la negociación con un nuevo proveedor, necesito su aprobación.

—Tengo otros asuntos que van a necesitar mi atención. Puede que me aleje unos días, necesito que te hagas cargo del lugar. Resuelve todo ahí y me informas después.

—Está bien, señor.

No esperé que dijera nada más antes de colgar la llamada.

Guardé el celular en el bolsillo y giré mi cuerpo hacia Janete. Ella aún me miraba y no pudo quedarse callada.

—¿Quién limpia el departamento? —me preguntó, cambiando de tema.

—Mi madre manda a una señora de limpieza una vez por semana.

—¿Tu madre?

—Sí —respondí, de forma lacónica.

—No tienes fotos con nadie en el apartamento, al menos no he visto nada.

—No cultivo ese tipo de recuerdos.

—A veces ayudaría.

—A diferencia de ti, no necesito ayuda —afirmé, convencido.

—Parece que sí, pero no dejas que nadie te ayude.

Fui hasta mi oficina, tomé papel y bolígrafo, y los puse frente a ella.

—En vez de seguir hablando, ¿por qué no te concentras en escribir toda la información sobre ti para que el gestor pueda solicitar un nuevo pasaporte en el consulado?

—¿Pasaporte? —dijo, sorprendida.

—Sí.

—¿Entonces, sí me vas a sacar de aquí?

—No te mentí sobre eso.

—Gracias. —Retrocedió, dejando claro su asombro.

—¿Por qué estabas involucrada con los hombres que me secuestraron si no trabajas con ellos?

—¡Basta de preguntas!

—Por favor, respóndeme esa última. —Torció los labios en una expresión de súplica que terminó convenciéndome.

Era tan delgada, tan frágil y delicada, que aún me preguntaba cómo no se rompía con una simple brisa. Me cuestionaba si su estado era por lo que le hicieron o si había algo más. Aún quedaba esa úlcera de la que no sabía el origen y pensaba que era poco probable que fuera por la heroína o el tiempo sin alimentarse.

—Billy es mi traficante, me ha suministrado drogas durante años y también hace negocios en mi club nocturno.

—¿Qué tipo de negocios?

—Principalmente, venta de drogas.

—¿Y por qué estoy aquí?

—Dijiste que solo era esa pregunta.

—Jason...

—Billy perdió una partida de póker conmigo. El dinero que debía era más de lo que podía pagar, así que me dejó elegir una chica a cambio.

Sus ojos castaños se abrieron de par en par y tragó en seco.

—¿Satisfecha?

—¿¡Y tú estuviste de acuerdo con eso!?

—Ya te dije, fue una de las idioteces que sumé a mi lista.

—¿Qué pensabas hacer conmigo?

—No lo sé.

—¿Por qué me ayudas?

—Si te hubiera dejado, no podría permitir que murieras.

—Gracias. —Retrocedió otra vez.

—No voy a responder más.

Recogí los papeles sucios y los envoltorios de la mesa, y tiré todo en una basura antes de alejarme y encender la televisión.

No debería haber aceptado a una chica como pago, esa locura superaba todos los límites, incluso los que yo estaba acostumbrado a romper, pero ya lo había hecho y tenía que lidiar con las consecuencias de tenerla ahí y de sus preguntas incómodas.



Janete

Capítulo veintitrés

El resto del día pasó lentamente. Él no quiso responder nada más, pero ya me daba por satisfecha con toda la información que había obtenido.

Recordé el contenedor, todo lo que había vivido allí con las otras chicas, y me preguntaba qué estaría pasando con ellas. Por peor que fuera la situación en la que me encontraba y ese maldito vicio que se desató por la droga que me habían puesto, aún quedaba la esperanza de que Jason me enviara de regreso a casa.

Anastácia me había engañado, me ofreció el mundo y luego me tiró a una maldita pesadilla. La experiencia con ella fue suficiente para que desconfiara de Jason. Podría ser solo otra persona manipulándome, sin embargo, la esperanza era lo único que me mantenía con ganas de seguir viva. Si perdía esa esperanza, ya no tendría nada.

Tenía que tener cuidado, pero deseaba con todas mis fuerzas que las palabras de ese hombre fueran sinceras.

Hijo de médicos, dueños de hospitales, su historia parecía justificar los conocimientos de salud que tenía y la forma en que había actuado para salvarme en más de una ocasión. A pesar de lo que sabía, dejaba claro que no le gustaba lo que hacía.

Si no quería ser médico, podría haber elegido cualquier cosa que no lo hubiera convertido en un drogadicto. Aún me costaba entender cómo un hombre tan guapo, de buena familia y con recursos, había llegado a ese punto.

Sentí el dolor de la adicción, la necesidad de la sustancia, y fue demasiado terrible.

Ya había escuchado historias sobre trata de personas, mujeres llevadas a otro país para convertirse en prostitutas. La droga era una forma de dejarlas vulnerables y, después de lo que viví, sabía que era capaz de hacer cualquier cosa por más, incluso aceptar atrocidades.

Podría haber sido mucho peor si Jason no me hubiera sacado de allí, pero ¿y las otras chicas? Tenía que hacer algo para ayudarlas, tal vez contactar a la policía. Pero en el fondo, sentía un miedo tremendo de que esa sensación de seguridad fuera solo falsa.

Él me dio comida, agua y evitó hablar, aunque se quedó conmigo en la sala. Casi como si me estuviera vigilando. No sabía bien qué lo motivaba, pero recordé lo que ocurrió cuando me dejó sola y también sentí miedo de quedarme allí.

No quería drogarme otra vez, pero no sabía cómo sería cuando la necesidad regresara, porque tenía la sensación de que regresaría.



Jason

Capítulo veinticuatro

Me dejé caer en la cama, exhausto.

Cuidar a Janete todo el día me había agotado más que una noche en el club. Ella ya había comido y también estaba acostada.

Cerré los ojos, pero no pude dormir rápidamente. Todas las preguntas que me había hecho seguían rondando en mi cabeza. Lo que había hecho con mi vida y con la de los demás a mi alrededor no tenía justificación.

Nunca me preocupé por dar explicaciones a nadie.

Era quien era y tenían que lidiar conmigo así, sin peros, sin porqués. Solo Jason.

Trataban de arreglarme todo el tiempo, pero yo solo quería ser así, el que no encajaba, el que no era perfecto como los otros tres hijos y vivía un cuento de hadas como John. Mi hermano podría ser el príncipe encantado, pero yo no.

Nunca tuve una novia, mucho menos una relación como la que él tenía con Cristal. Ni siquiera pensaba que me amaba así, ¿cómo podía esperar que alguien lo hiciera?

Escuché el ruido de algo cayendo y me senté en la cama, habían pasado horas y ni cuenta me había dado.

—¡Maldita sea, chica!

Salí del cuarto y la vi arrastrándose por una de las paredes. Había derribado una decoración sobre un mueble en la sala.

—¿Qué pasa?

—Mi estómago. —Lloriqueó, abrazándose la barriga con las manos—. Si me das solo un poco más...

—Necesitas desintoxicarte.

—Pero me duele. —Una lágrima brotó de sus ojos y recorrió su rostro fino.

—Te voy a hacer un té.

—Por favor...

—¿Recuerdas lo que pasó? —dije, con el ceño fruncido, reprochándole.

—Tú sabrás la dosis correcta.

—No.

Ya había perdido la razón de nuevo. La necesidad estaba hablándole más fuerte que cualquier pensamiento racional que pudiera tener. El dolor físico y emocional nos lleva a hacer todo tipo de estupideces para librarnos de él.

Fui a la cocina a preparar un té de hierbas que ayudara con su estómago. Mientras ella se retorcía, evidenciando aún más el dolor, el agua hervía.

Sentí que mis músculos se tensaban, mi ansiedad aumentaba, junto con la sensibilidad a la luz y el sudor. Janete no era la única que estaba enfrentando los efectos de la abstinencia.

Mi primer pensamiento, cuando cerré el grifo del agua, fue correr a ver si había dejado la droga en algún rincón de mi apartamento. ¿Por qué no la guardé en la caja fuerte en lugar de ceder al impulso de tirarlo todo?

La tentación de tenerla cerca...

—Jason...

La escuché lloriqueando cuando me apoyé sobre la barra de la cocina y respiré hondo.

Durante mis internaciones en clínicas ya había enfrentado esa abstinencia varias veces, quedándome días sin poder usar la droga. El dolor, la necesidad, los efectos del cuerpo eran insoportables.

Apreté el granito con más fuerza y mi mente se nubló.

Enfrentaba la necesidad solo muchas veces, pero esa vez fue difícil cuidar a alguien, casi imposible.

Preparé el té y lo puse en una taza, llevándola con las manos temblorosas hasta quedarme

cerca de ella. Me senté en el borde del sofá y llamé su atención.

—Gracias... —Se movió para tomarlo.

—De nada. —Mi respiración estaba descontrolada.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Jason... —Intentó tocarme, pero la esquivé, moviendo el brazo a un lado.

—Toma tu té.

—¿Qué te pasa?

—Abstinencia...

—¿No podemos usar de nuevo? —Estiró la mano y apretó mi pierna.

Ojalá fuera tan fácil.

Cerré los ojos, inclinando la cabeza hacia atrás y los volví a abrir.

Ya había perdido la cuenta de cuántas veces había entrado y salido de clínicas de rehabilitación. Mi familia, especialmente mi madre, había hecho todo lo posible para que saliera curado, pero eso nunca sucedió. Vi a otras personas como yo, algunas se recuperaron, otras se hundieron aún más hasta morir, y siempre pensé que yo sería la segunda opción.

Nunca fui de esos que se suicidan, pero tampoco me importaba mi vida como debería, tomaba muchas decisiones autodestructivas sin preocuparme.

—Termina tu té.

—¿Por qué no haces uno para ti también?

—No me gusta.

—A mí tampoco, pero realmente me está ayudando a soportar el dolor.

—Qué bien.

La inquietud no se fue, mis brazos y piernas estaban agitados, pero traté de controlarlos

para que no me delataran.

—Te dejo aquí. —Me levanté de un impulso, pero ella estiró la mano y trató de agarrarme el brazo con toda su fuerza.

—No puedes irte.

—Sí puedo.

—¿Y si te pasa algo, quién te ayuda?

—No me preocuparía por eso si fuera tú.

—Si te mueres, ¿qué pasa conmigo?

Esa fue una pregunta que no pude responder.

—Quédate aquí, por favor… —dijo ella, al borde de las lágrimas.

Debería haberla dejado ahí e irme al club. Podría haber encontrado a Billy o cualquier traficante que pudiera saciar mi necesidad. Sería rápido, acabaría con esa sensación tan mala y no tendría que preocuparme por nada, al menos por unas horas.

Ella apretó los dedos en mi brazo y sentí cómo mis venas se hinchaban aún más.

Janete era nueva en ese asco de mundo, pero yo llevaba tanto tiempo con esa necesidad que ya ni sabía qué sería de mí si me quedaba sin la droga.

—¡Suéltame! —Traté de esquivarme y las uñas de ella me rasparon.

—Por favor...

Esa palabra no parecía surtir mucho efecto en mí.

—Tráelo. —Ella acabó cediendo a su propia necesidad—. O llévame contigo.

—¡No!

—¿Por qué tú sí puedes y yo no?

—Aún tienes un mundo lejos de esta mierda.

—¿Y tú no?

Sus palabras me golpearon como una patada en el pecho.

—Dijiste que tienes un club y que tu madre se preocupa lo suficiente como para no dejar que vivas en un chiquero. ¿De verdad crees que vale la pena abandonar todo eso que te hace daño?

—No tienes idea de lo que ya he hecho...

—Solo te estoy viendo destruirte a ti mismo.

Era un hecho, aunque no lo admitiera.

Me recosté en el respaldo del sofá junto a ella y Janete me extendió la taza, animándome a tomar un poco del té que le había hecho para ayudarla.

Ella no entendía, nadie, tal vez ni yo mismo. Esos sentimientos tan extraños y destructivos estaban solo dentro de mí, pero esta vez sentí que no pasaba todo eso solo.

Aunque no me gustara, la mantuve cerca, algo que no hacía con nadie desde hacía mucho tiempo, ni siquiera con mi madre. Apartaba a todos lo más que podía, pero mientras cerraba los ojos con un dolor de cabeza insoportable, la mano de la chica seguía sobre mí.



Janete

Capítulo veinticinco

La noche terminó y llegó otro día. Los efectos de la necesidad de la droga no se fueron, solo se hicieron más intensos. Quería tanto que mi estómago ya no fuera la única parte de mi cuerpo que doliera.

Esa tortura no pasaba.

Abrí la boca varias veces, quería pedirle a Jason. Él podría conseguir más, pero por los dos, intenté ser más fuerte que nunca. Tenía que luchar contra esa necesidad. No quería convertirme en una drogadicta y aún había esperanza de regresar a casa, ver a mis padres y abrazarlos de nuevo después de todo ese infierno.

Me levanté del sofá, dejándolo ahí, y me tambaleé hasta la cocina. Saqué una botella de agua de la nevera, bebí hasta no aguantar más y volví al sofá, dándole un poco a él.

—Toma.

—No quiero agua.

—Pareció ayudar.

Insistí y él tomó algunos tragos.

Jason respiró hondo y abrió los ojos, dejando que notara lo mucho que sus pupilas estaban dilatadas, tiñendo el verde primaveral de sus iris.

—¡Duele! —murmuré, poniéndome la mano en el estómago.

—Mucho —admitió él, pareciendo fuera de sí.

Imaginé que si no fuera por mi presencia, él ya habría ido tras una aguja y se habría pinchado lo más rápido posible, terminando con ese sufrimiento. Luchar contra la necesidad parecía insoportable.

Si yo había estado en contacto con la sustancia solo unos días, me imaginaba cómo sería para él. Todos esos agujeros en su brazo, toda la droga que había consumido. Él estaba

acostumbrado, probablemente llevaba esa vida horrible durante años.

Aún no me atrevía a tocarlo, sabía que no debía. Haber creído en él fue mi mayor error, pero había cuidado de mí lo suficiente para que no quisiera verlo perderse.

—¡Basta! —Intentó levantarse.

—Quédate aquí...

—Si traigo...

—¿De verdad quieres que consuma de nuevo?

Se quedó callado y un silencio terrible se apoderó de la sala, pareciendo durar horas.

Toqué su mano y lo hice volver a mirarme. Nuestras pulsaciones estaban aceleradas. Yo había tomado mucha agua, pero mi boca seguía seca.

Desesperadamente quería que esas sensaciones se acabaran, pero solo seguían empeorando.

Volví a su lado en el sofá, aún pegada a él, y me arriesgué a poner mi cabeza en su hombro. Jason no reaccionó, pero tampoco me apartó.

Yo estaba sufriendo, pero él también.



Jason

Capítulo veintiséis

Quería decir que arruiné todo.

Era lo que esperaría de mí mismo después de todas las cagadas que había hecho. Nadie vivía sin enfrentarse a las consecuencias como yo.

Después de haber soportado durante tanto tiempo las miradas de desaprobación de las personas, de alguna manera, eso era exactamente lo que buscaba. Se había convertido en una especie extraña de recompensa con el paso del tiempo, y yo la seguía buscando.

Dejaba mi huella...

—Jason...

La chica a mi lado me llamaba y me hacía darme cuenta de que seguía vivo y atrapado en mi cuarto, aunque mi mente vagaba, desconectada.

Era difícil hasta sentir hambre, con una necesidad que parecía aún mayor que la de comida o agua.

Me había acostumbrado tanto a drogarme que no sabía cómo sería sin eso.

Horas, minutos, días...

Había perdido la noción del tiempo.

Ni siquiera sé si comí, o si Janete comió. De esa manera, me sacrificaba a cada minuto esperando que la sensación pasara. Ya estaba lo suficientemente curtido para saber que horas no eran suficientes.

El pecho me apretaba, la presión se alteraba y todo el conjunto de efectos hacía que delirara.

Ella apretó mi mano. Sus dedos eran tan delgados, delicados como ramas de árbol, y sentía que si apretaba de vuelta, podría romperlos.

Había más en ella que solo una adicción, pero si lográbamos salir de ese punto, ya sería

una gran victoria.

Tomé otro trago de agua y tiré la botella lejos cuando me di cuenta de que ya no quedaba ni una gota.

Volví a caer hacia atrás, y ella se acurrucó en mí como un gato mimado, lloriqueaba, gemía, sin dejarme olvidar su dolor y desviando mi atención del mío.



Janete

Capítulo veintisiete

No sé cuánto tiempo había pasado, ni si el dolor había disminuido o si simplemente me había acostumbrado a él, pero estaba vagando cuando escuché el sonido de la puerta seguido de un grito femenino.

Mi mente desconectada vio a una mujer entrar corriendo al departamento y dirigirse primero hacia Jason.

—¡Hijo! ¡Jason!

Él respondió con un gruñido, dando señales de que seguía vivo mientras la mujer hacía lo que me pareció ser una revisión de sus muñecas.

—¿Qué usaste esta vez?

—No hizo nada… —Hice un esfuerzo tremendo para hablar.

—¿Cómo que nada?

—Lo tiró...

—¿Por qué? —La mujer parecía sorprendida.

No pude responder. Estaba tan débil, tan agotada, que mi racionalidad se desvanecía poco a poco.

Entonces todo se oscureció tanto que ya no sabía si lo que había visto había pasado de verdad o si era algún delirio de mi mente.

El tiempo pasó, o tal vez no pasó, y cuando volví a abrir los ojos, Jason ya no estaba allí. El lugar a mi alrededor ya no era su apartamento.

Las paredes tan blancas, tan ligeras... *¿Será que había muerto y estaba en el cielo?*

Escuchaba ruidos, aparatos, personas. El lugar parecía tan lleno, tan agitado. Esperaba que el paraíso fuera más tranquilo. Tal vez había perdido por completo la conciencia, no sabía qué pensar.

Un hospital...

Mi conciencia susurró para mí, y abrí los ojos, mirando mejor el cuarto en el que estaba. La cama era suave, las sábanas muy cómodas, pero vi algo que me hizo despertar: Chicago Medical Life.

Ese nombre me sonaba familiar, pero, sin poder pensar con claridad, no conseguí recordar exactamente de qué era.

Cerré los ojos de nuevo, luego los abrí. Parpadeé hasta poder enfocar la vista y vi a una mujer acercándose a mí. Era negra, tenía el cabello recogido en una coleta y usaba una bata blanca, con un estetoscopio colgado sobre su hombro.

—¡Hola!

—Hola...

—¿Cómo te sientes?

—Extraña. —Moví la cabeza y miré hacia arriba, viendo el acceso intravenoso colgado en un soporte metálico—. ¿Me dieron algún medicamento?

—Es suero fisiológico. Estás pasando por una crisis de abstinencia.

—Es tan terrible…

—Va a estar todo bien. Solo tienes que aguantar un poco más.

—Yo... Yo...

—¿Qué pasa? —Ella se acercó más para mirarme mejor.

—Tengo hambre.

La doctora sonrió y pareció aliviada.

—Pediré que traigan algo para que comas.

—Gracias.

Intenté acomodarme mejor en la cama, luchando contra la apatía y la necesidad de volver a dormir.

Mi cuerpo seguía pidiendo más droga, y de forma instintiva miraba de un lado a otro, pensando en cómo conseguir más. Respiré profundo, ya había aguantado hasta ese momento y no podía dejarme caer en la tentación. Había vivido hasta ahora sin contaminarme con esa sustancia, al menos eso podía volver a ser como antes.

En el hospital, bajo el cuidado de profesionales, me sentí segura después de todo ese caos y estuve segura de que, aunque todo fuera tan caótico, Jason no me haría daño.

Había tenido una suerte extraña y distorsionada al ser elegida por él. Sentí un escalofrío al pensar en lo que podría haberme pasado en el contenedor, y mi mente imaginó las peores situaciones posibles.

Había una real posibilidad de que pudiera regresar a casa, y me sentí feliz con eso.



Jason

Capítulo veintiocho

Cuando abrí los ojos, todavía atontado, reconocí rápidamente el lugar donde estaba y me cuestioné si no era una pesadilla extraña, porque no había nada que me aterrara más que el Chicago Medical Life. El rascacielos que se destacaba en el horizonte de la ciudad era el mayor orgullo de mi familia, y no formar parte de él siempre me recordaba lo mucho que me juzgaban por haber fracasado.

Apoyé las manos en el colchón y traté de incorporarme rápidamente, pero sentí manos empujándome de nuevo hacia la cama.

—¡Jason!

Moví la cabeza y encontré a mi madre observándome con una mirada de reproche que me hizo retroceder y recostarme de nuevo en la cama.

—Necesitas quedarte quieto. Estás desnutrido, cuando te encontré tenías la presión alta y estabas delirando.

—Si dejara de drogarse no se estaría muriendo. —Escuché un gruñido malhumorado al fondo de la sala, que me hizo mirar y encontrar a James con los brazos cruzados, observándome.

A su lado estaba Jaqueline, con un aire preocupado, y tan pronto como vio que la miraba, se acercó a nuestra madre y se quedó cerca de la cama donde yo estaba.

—Lograste estar sin consumir por tu cuenta —dijo, extendiendo la mano y acariciando mi rostro con una sonrisa suave.

Solo asentí con la cabeza. No podía usar mientras no quería que Janete lo hiciera. Me había acostumbrado a ese mundo de mierda, pero ella no merecía eso...

Recordarla me hizo sentirme inquieto nuevamente.

Estaba solo en una de las habitaciones más lujosas y espaciosas del hospital, pero la chica no estaba conmigo, y no había ningún signo de ella.

—¿Dónde está? —Intenté levantarme otra vez y tiré del acceso venoso para salir de la cama, pero Jaqueline, aún embarazada, trató de detenerme.

—Jason, quédate quieto.

—¿Dónde está ella?

—¿Ella? —Mis hermanos no parecían saber de quién estaba hablando.

—En otra habitación —respondió mi madre.

—¿Cómo está?

—Bien.

—No es más que otra drogadicta. —Mi hermano refunfuñó con su habitual altanería. De todos nosotros, era sin duda el que más se parecía a nuestro padre.

—¡James! —Jaqueline trató de contenerlo.

—Tú no sabes nada. —Apreté los dientes y me revolví en la cama. Me quité el acceso y me puse de pie, aunque sentí que mi cuerpo se bamboleaba un poco por los rápidos movimientos para los que no estaba preparada.

—Jason. —Mi madre me puso las dos manos en el pecho, intentando que volviera a la cama.

—¿Dónde está? —Apreté los dientes con una expresión algo más enfática.

—En el cuarto mil dos, al final del pasillo —respondió mi madre.

Moví a mi madre a un lado y James la sostuvo. Fui hacia el pasillo y Jaqueline vino detrás de mí. Seguí los carteles que indicaban los números de las habitaciones hasta encontrar el número que mi madre me había dicho.

No pude abrir la puerta de inmediato, pero golpeé hasta que una enfermera desbloqueó la perilla y se sorprendió al verme.

—Señor Vaughn...

No sabía si era mi expresión o el hecho de que llevaba ropa del hospital lo que la

sorprendió, pero no me importó.

La mujer dio un paso al lado y me dejó entrar.

—Jane...

Ella se movió en la cama donde estaba sentada, tomando una taza de té, y me miró con una sonrisa que me hizo darme cuenta de que estaba mucho mejor de lo que recordaba.

—Hola, Jason...

Me acerqué a ella, tomé la taza de su mano y la puse sobre la mesa de noche antes de abrazarla. Janete metió su cabeza en mi pecho, y yo la rodeé con más fuerza, sintiendo cómo mi corazón se estabilizaba a medida que escuchaba los latidos del suyo.

Recordarla y no verla me dejó extrañamente afectado. Ese desespero no era común en alguien que generalmente no se preocupaba con nada, ni siquiera consigo mismo.

—Estás bien... —dijo, subiendo la mano y tocando mi rostro.

—Sí...

—Este es el hospital de tu familia, ¿no?

—Sí —respondí en un tono corto, lidiando con una sensación extraña. Aunque no me gustaba ese lugar, Janete estaba recibiendo buenos cuidados allí, y eso me hizo sentir bien.

Incliné la cabeza y hundí mi nariz en su cabello castaño, respirando lentamente, mientras seguía abrazándola. No me atreví a separarme, y Janete tampoco intentó hacerlo.

Ya había pasado por crisis de abstinencia muchas veces a lo largo de mi vida, especialmente cuando me internaban en clínicas de rehabilitación, pero esa fue la primera vez que realmente deseé salir de ese momento.

—Todo va a estar bien... —dije, una frase que nunca imaginé que saldría de mi boca.

—Sí —susurró tranquilamente.

Me aparté y puse la mano en su rostro delgado. Su mirada se encontró con la mía, y nos quedamos mirando por varios minutos hasta que bajé mis dedos por el contorno de su rostro,

sosteniéndola por debajo del mentón, levanté su cabeza y toqué sus labios con los míos, preguntándome por primera vez si debía hacer eso.

Antes de pensar en retroceder, ella abrió la boca y permitió que mi lengua se encontrara con la suya. Subí la otra mano por su nuca y profundicé aún más el beso. Quería devorar su boca, pero al mismo tiempo temía lastimarla. Fui cuidadoso y me di cuenta de que también podía darle besos más suaves.

Cuando me separé, ambos estábamos sudando, y seguí mirándola.

—Qué bueno verte. —Sonrió para mí.

—Sí...

Janete movió la cabeza y noté que estaba mirando algo por encima de mi hombro.

—Hola. —Escuché la voz de mi hermana y me di cuenta de que me había seguido—. Jason, ¿no me vas a presentar a tu novia?

No era mi novia, pero me detuve antes de gritar eso en voz alta. Nuestra relación era mucho más complicada, considerando que la había ganado en una mesa de juego. En ese momento, después de tanto tiempo, no quería recriminaciones de mi familia, solo quería estar en paz.

—Jane, ella es mi hermana, Jaqueline.

—Bienvenida a la familia, Jane —La obstetra extendió la mano.

Janete le apretó la mano a mi hermana, y la interacción entre ellas fue mejor de lo que imaginaba.

—Quiero llevarla de vuelta a casa —le dije a mi hermana.

—No soy la médica encargada, pero como familia, creo que lo mejor es que se queden aquí unos días más. Tendrán toda la atención médica que necesiten. Sé que no te gusta este lugar, Jason, pero puede ser lo mejor.

Como todos los demás, Jaqueline era una Vaughn, y sabía cómo manejar la situación para que fuera como ella quería.

—Está bien. —Terminé asintiendo.

Quería que Janete estuviera bien, y podría tolerar la estadía en el hospital por ella.



Janete

Capítulo veintinueve

No esperaba conocer a la familia de Jason en esas condiciones. Sin embargo, durante el tiempo que estuve en el hospital, bajo la vigilancia de todo el equipo médico, su madre y su hermana nos hicieron visitas. Las dos fueron muy amables conmigo, y todo eso fue reconfortante y acogedor.

No hablamos en ningún momento sobre el día en que él me besó, ni sobre el hecho de que su familia pensaba que éramos novios. Todo eso era muy extraño para mí, pero me sentía bien. Por más que tal vez no debería, confiaba en él. Estar cerca de él me hacía sentir tranquila, y después de haber sido secuestrada en un país que no era el mío, necesitaba mucho eso.

Salimos del hospital una mañana. Como había perdido la noción del tiempo, no sabía exactamente qué día de la semana era. Jason y yo subimos a un taxi frente al enorme edificio blanco con decoraciones en azul, y él se quedó en completo silencio después de acomodarse a mi lado.

Sabía que no había sido fácil para él pasar por esa abstinencia, pero también pensaba que tal vez había sido aún más difícil para él, porque no solo había sido drogado algunas veces, sino que había vivido eso durante años. La fuerza de voluntad para detenerse debía ser mucho más intensa, y tuve la sensación de que él había hecho todo eso por mí.

—Jason. —Llamé su atención cuando me di cuenta de que no iba a decir nada.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—Sí. —Forzó una sonrisa y empezó a manipular un sobre que alguien le había entregado cuando salimos del hospital. No tenía idea de lo que podía contener, pero preferí no hacer preguntas al respecto.

Me sorprendí completamente cuando me entregó un pasaporte que era mío, con un boleto de regreso a casa.

—El consulado finalmente entregó tu documento al agente de viajes.

—Gracias. —Mis ojos se llenaron de lágrimas y el impacto fue tan grande que no supe qué decir.

Jason ya me había dicho que encontraría la manera de llevarme de vuelta a casa, pero no se sentía tan real como en ese momento, cuando tomé el pasaporte.

Después de todo lo que habíamos pasado y habernos besado, me preguntaba si realmente lo haría o si me dejaría en su departamento para siempre. Por más feliz que estuviera con la posibilidad de regresar a casa y ver a mi familia, también sentí un nudo en el pecho que fue imposible de ignorar.

—¿Cuándo regreso? —pregunté, antes de abrir el pasaje.

—Hoy.

—¿Eh? —Abrí los ojos sorprendida.

—Vamos al aeropuerto. Tu vuelo es en unas horas.

—Pero Jason...

—Pensé que querías regresar a tu casa...

—Sí, claro que quiero.

—Entonces ya está. Ya ha pasado demasiado tiempo aquí.

Guardé silencio por un momento más, me di vuelta en el auto y comencé a mirar hacia el frente, observando a los demás en el tráfico, hasta que la inquietud me hizo volver a mirar a Jason.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Cómo vas a quedarte?

—Como siempre. —Se encogió de hombros—. No deberías preocuparte por eso.

De hecho, era verdad, no debería preocuparme, pero me importaba. Él me había sacado de

un lugar oscuro y yo no quería que él regresara allí.

—¿Tienes un bolígrafo? —le pregunté al conductor del taxi, quien se sorprendió.

Asintió con la cabeza, abrió la guantera y me entregó uno.

—Gracias. —Le di el pasaje con el bolígrafo a Jason, porque era el único papel que tenía —. Escribe tu celular.

—¿Para qué quieres mi celular?

—Por si quiero hablar contigo.

—¿Por qué querrías hablar conmigo?

—Por favor…

Vaciló por un momento, pero luego anotó un número en el reverso del sobre que tenía.

—Gracias.

—De nada. —Me lo entregó—. Hay cinco mil dólares ahí dentro.

—¿Por qué todo esto? —Abrí los ojos, sorprendida.

—Para que puedas llegar a casa con seguridad.

—No sé cómo agradecerte.

—Ya lo hiciste.

Suspiré y abracé todo lo que me había dado.

Todo lo que me había sucedido desde que llegué a Estados Unidos era una mezcla insana e impensable del sueño más raro con los restos de una pesadilla.

Tenía unas ganas enormes de inclinarme en el asiento y besar a Jason de nuevo. Quería sentir el sabor de su boca una vez más, pero no lo hice. El taxi se detuvo y me quedé con las ganas.

—Llegamos —anunció el conductor.

Jason abrió la puerta y fue el primero en bajar frente al terminal de embarque del

aeropuerto. Era real, iba a regresar a casa.

—Quédate aquí, vuelvo enseguida —le dijo al taxista y esperó a que yo saliera del coche.

Fuimos juntos hasta las puertas de embarque y nos detuvimos allí. Había un flujo de personas mostrando sus documentos y continuando su viaje, pero nosotros solo nos mirábamos.

Quería irme y sabía que debía hacerlo. Mi familia no tenía noticias mías desde hacía mucho tiempo y probablemente estaría desesperada, contactando a todos los policías posibles. Necesitaban verme, y yo tenía muchas ganas de abrazarlos, pero en ese momento, la persona a la que más quería abrazar seguía frente a mí.

—Jason...

—Buen viaje de vuelta, Jane.

Sonreí tímidamente y di un paso vacilante hacia él. Toqué su brazo y él mantuvo la mirada en la mía. La forma en que nos mirábamos me daba escalofríos.

—Gracias.

—Ya basta, ya me diste las gracias más de lo que debías.

—Si no fuera por ti, todo podría haber sido mucho peor.

—No es como si te hubiera salvado. —Adoptó una postura más fría.

—No todo lo que haces tiene que ser malo, y conmigo no lo fue.

—No querrás perder tu vuelo. —Dio un paso atrás y mi corazón se apretó al sentir que se alejaba.

Después de ese momento, podría ser que nunca más volviéramos a vernos y no sabía si eso era lo que realmente quería.

—No quiero.

—Entonces, buen viaje.

Se dio vuelta y lo vi alejarse, perdiéndose entre la multitud hasta convertirse en un recuerdo que apretaba mi corazón.

A pesar de las ganas de quedarme, seguí mi camino hacia el embarque y regresé a mi país.



Jason

Capítulo treinta

La música sensual que salía de los altavoces en el piso de la lujuria llenaba el ambiente y retumbaba en mi cabeza. Observaba a las parejas besándose en las mesas, sillones y sillas, pero nadie parecía prestarme atención ese día.

Calculaba que ya llevaba casi dos semanas sin consumir nada. Sin la droga, tenía que lidiar con la angustia solo y esa extraña depresión parecía asfixiarme. En los grupos de ayuda decían que debíamos vivir un día a la vez, pero muchos de nosotros solo estábamos sobreviviendo. La heroína disimulaba el vacío, pero sin ella me daba cuenta de lo hueco que estaba.

Desde que dejé a Janete en el aeropuerto no sabía nada de ella. Creía que había hecho lo correcto y esperaba que estuviera bien. Estar lejos de mí y de ese maldito mundo en el que yo estaba era lo mejor que podía hacer por ella.

Me acerqué al bar y estaba a punto de pedir una bebida cuando sentí que mi celular empezaba a vibrar.

Jaque:

Hola, Jason.

Jason:

¡Ey!

Jaque:

¿Cómo estás?

Jason:

Bien.

Jaque:

Sabes que estoy aquí, ¿no?

Si necesitas hablar o pedir ayuda.

Jason:

Lo sé.

Jaque:

¿Dónde vas a estar mañana?

Jason:

¿Por qué?

Jaque:

Pensé en que saliéramos juntos, yo, Samuel, tú y Jane.

Jason:

No sé si tu marido querría eso.

Jaque:

Solo tengo que pedirlo con un poco de encanto.

¿Vamos?

Jason:

No puedo.

Jaque:

Vamos, va a estar bien.

Jason:

Jane ya no está aquí.

Jaque:

¿Cómo que no está?

Jason:

La mandé de vuelta.

Jaque:

¿La mandaste a dónde?

Jason:

A su país.

Jaque:

¡Carajo, Jason!

Te gusta ella.

¿Por qué todos tienen que ser tan idiotas? Las relaciones serían mucho más fáciles si pudieran ser sinceros con sus propios sentimientos en lugar de actuar como imbéciles.

Jason:

¿Estás hablando de mí o de tu marido?

Jaque:

De ti, de nuestros hermanos y de toda la porción masculina del planeta.

Jason:

Está bien.

Jaque:

No me dijiste nada de ella. De dónde es, cómo se conocieron ni por qué estaban juntos, pero yo vi en ella lo único que tú necesitas para estar bien.

En todos estos años, nunca te vi querer dejar de consumir. No importaba lo que hiciéramos, siempre volvías a consumir, pero por ella dejaste tu adicción.

Jason:

No es así.

Jaque:

Sé honesto contigo mismo y piensa muy bien antes de decir que estoy equivocada.

Jason:

Ella no debía estar aquí. Es complicado.

Jaque:

Deberías usar tu energía en no complicar esto, en lugar de meterte en más problemas.

Jason:

Estoy bien.

Jaque:

¿Hasta cuándo?

Necesitas algo en lo que creer y amar. Sino, siempre estarás perdido.

Jason:

Estoy harto de tus lecciones, Jaque.

Jaque:

Es una lección de vida.

No tienes que nadar contra la corriente para siempre. Tienes que encontrar tu rumbo.

Jason:

Está bien.

Jaque:

Vamos a organizar esa salida.

Jason:

Tal vez algún día.

Jaque:

Lo haré por ti.

Jason:

¿Cómo están los bebés?

Jaque:

Bien.

¿Me prometes que al menos vas a pensar en lo que te dije?

Jason:

¿Y si te digo que sí?

Jaque:

Pensaré que al menos es un "tal vez".

Jason:

Está bien, entonces, sí.

Ella no mandó más mensajes y guardé el celular, haciendo señas para que el barman, que me estaba esperando, atendiera a otro cliente. Dejé el alcohol, porque era otra forma de adicción.

Todas esas sustancias eran una forma fácil de escapar de mis sentimientos, de las sensaciones que me incomodaban, y conseguir momentos de paz y euforia. Una dosis parecía resolver todos mis problemas, pero era solo momentáneo, porque los problemas seguían allí.

Jaque tenía razón, lo admitiera o no. Janete había sido algo bueno en mi vida. No recordaba la última vez que me había encariñado con alguien, si es que eso había pasado alguna vez.

Era justamente por eso que pensaba que lo mejor sería que ella se mantuviera lejos de mí.

Siempre destruía todo lo bueno a mi alrededor y no quería hacerle eso a ella.

Ella era un rayo de luz en mi mundo tan oscuro, y quería que siguiera brillando.



Janete

Capítulo treinta y uno

Volver a mi hogar fue tan bueno y, al mismo tiempo, tan doloroso.

Cuando llegué al aeropuerto de Belo Horizonte, tomé un taxi a casa y mis padres casi no podían creer que era yo cuando toqué el timbre. Todos mis pertenencias, incluidas mis llaves, se habían quedado en manos de esos malditos.

Después de muchos abrazos y lágrimas, tuve que contarles lo que había pasado, cómo caí en una trampa y el milagro que me trajo de vuelta. A mis padres no les gustó nada la experiencia que tuve con Jason, pero era innegable que, si no fuera por él, jamás habría regresado.

Después del reencuentro, la policía vino a visitarnos. Con mi desaparición, mis padres habían informado a las autoridades, pero como estaba en otro país, no había mucho que pudieran hacer. Solo teorías y una incapacidad por la jurisdicción. Sin embargo, con mi regreso, tenía respuestas y esperaba que al menos Anastácia fuera detenida para que no siguiera coaccionando a otras personas como yo, arrastrándolas al mismo final.

De verdad, esperaba que la policía pudiera hacer algo y detener a esos malditos criminales. En lo más profundo de mi corazón, lo único que pedía era que todas las que habían sido llevadas pudieran regresar a casa como yo.

Me giré en la cama y miré al techo. Cerré los ojos y mi mente se llenó con la imagen de Jason. Por más que mis padres quisieran, y con razón, estar lo más lejos posible de todo lo que me había pasado, no podía dejar de pensar en él.

Quería al menos saber si estaba bien y si lograba mantenerse sobrio. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al recordar la horrible escena de verlo drogarse.

No quería que volviera a ese punto. Jason me había cuidado, pero sabía que él también necesitaba ser cuidado.

Me levanté de la cama y abrí mi escritorio, buscando el papel del boleto que había guardado con su número. Lo agregué a los contactos de mi nuevo celular y me atreví a enviarle un mensaje.

Janete:

Sé que tal vez no quieras hablar conmigo, pero solo quería decirte que estoy bien.

Llegué a la casa de mis padres y, gracias a ti, ya no siento esa terrible abstinencia.

Admito que me sorprendió bastante cuando recibí una respuesta minutos después.

Jason:

No fue tan gracias a mí.

Janete:

Tú tiraste la droga y pasaste por todo eso conmigo.

Jason:

No soy un héroe.

Janete:

Puede que no lo hayas sido antes, pero sabes que en el fondo lo eres.

Jason:

¿Hablaste con mi hermana?

Janete:

No. ¿Por qué?

Jason:

Por nada importante, solo por algunas cosas que me dijo.

Janete:

Ella parece una buena persona.

Jason:

Y lo es.

Janete:

¿Consumiste drogas de nuevo?

Jason:

¿Realmente quieres saber eso?

Janete:

Sí, dime la verdad.

Jason:

No. No he consumido.

Janete:

Me alivia saber eso.

Jason:

No deberías preocuparte por mí.

Janete:

Pero me preocupo.

Jason:

Vive tu vida sin preocuparte por lo que pasó.

Janete:

Bien o mal, no puedo olvidarlo.

Jason:

Deberías.

Janete:

¿Tanto quieres que te olvide?

Jason:

Es lo mejor que podrías hacer por ti misma.

Janete:

No eres tan terrible.

Jason:

Sí lo soy.

Janete:

¿Porque me ganaste en una mesa de juego? ¿O porque te drogabas?

Jason:

Porque jodí la vida de mi hermano mayor.

Janete:

¿Qué?

Jason:

Siempre odié a John porque él era el hijo perfecto y el médico que hacía sentir orgulloso a mi padre. Crecí escuchando lo mierda que era yo mientras él era maravilloso, sobre todo después de que dejé la carrera de medicina.

Janete:

¿Y qué hiciste?

Jason:

Drogué a su novia y John pasó cinco años pensando que ella se había acostado conmigo.

Me quedé mirando el mensaje en el celular durante muchos minutos, pensando qué responder. Él me había dicho varias veces que no era confiable, pero no sabía hasta qué punto, y me imaginaba que esto tenía que ver con esa historia.

Vi que el "en línea" cambiaba al horario en el que había visto por última vez un mensaje mío. Supuse que se había apartado del celular, pero no podía dejar que la conversación terminara de esa forma.

Janete:

¡Eso fue horrible!

Jason:

Lo fue.

Janete:

¿Y qué pretendías hacer?

Jason:

Que él se diera cuenta de que la vida no es tan perfecta.

Janete:

Cinco años...

Jason:

Lo de que él se haya ido al ejército no fue culpa mía. Aunque debo admitir que me gustó tenerlo lejos un rato.

Janete:

¿Qué te hizo tu hermano?

Jason:

¿Directamente a mí?

Janete:

Sí.

Jason:

Nada.

Janete:

¿Al menos le pediste disculpas?

Jason:

Creo que solo empeoré todo después de que regresó.

Janete:

No debiste haber hecho lo que hiciste.

Jason:

Pero lo hice.

Janete:

Parece que te esfuerzas tanto por hacer que todos te odien.

Jason:

Ya me odian.

Janete:

No, no te odian. Tu madre y tu hermana claramente te quieren.

Jason:

Por obligación.

Janete:

No es así.

Jason:

¿Habría otro motivo?

Janete:

Tuviste todas las oportunidades del mundo y las chances de ser lo que quisieras, pero en vez de pensarlo, elegiste ser un imbécil. Está claro que en lugar de hacer que la gente vea lo bueno en ti, te concentraste en hacer estupideces solo para llamar la atención.

Jason:

No necesito un psicólogo, chica.

Janete:

Tal vez lo necesites.

Jason:

Concéntrate en tu vida y olvídame.

Janete:

Tal vez deberías dejar de alejar a las personas que se preocupan por ti.

Jason:

¿Y tú te preocupas?

Janete:

Claro que sí.

Jason:

No deberías.

Janete:

Tienes una parte buena, Jason. Una parte que me cuidó cuando más lo necesité. Deberías dejar que más gente la conociera.

Jason:

Eso es una tontería.

Janete:

Podría haber muerto, pero tú me cuidaste. ¿Eso es una tontería?

Jason:

No.

Me quedé con el celular en la mano, mirando la aplicación de mensajes. Pensaba en qué decir a continuación para motivarlo a seguir conversando conmigo.

Jason tenía una cara oscura, una que me asustaba y probablemente también asustaba a muchas otras personas, pero yo también había visto la luz en él, bien allá en el fondo, pero estaba ahí. Tenía esperanzas de que, así como yo había sido rescatada, él también pudiera serlo.

Sabía que no era la única que veía esa luz en él, porque su madre y su hermana también tenían esperanza.

Presioné el botón para llamar y esperé.

Pensé que no contestaría, hasta que finalmente escuché su voz firme del otro lado de la llamada, que hizo que mi corazón se acelerara.

—¿Por qué me llamaste? —preguntó él.

—Es mejor hablar que mandar mensajes.

—Ya estás en casa, estás a salvo. ¿Qué más quieres?

Me quedé escuchando su voz y su respiración contra el teléfono mientras pensaba en la mejor forma de responder a esa pregunta.

—Que dejes de alejarme.

—¿No entiendes? —Cambió el tono de su voz y noté que lo había molestado.

—¿Qué no entiendo?

—Estoy tratando de protegerte.

—¿De ti? —Mi garganta se secó y mi voz salió arrastrada.

—Sí —dijo, seco—. No confiabas en mí, deberías seguir sin hacerlo.

—Me diste motivos para confiar en ti.

—¿Y si solo estuviera intentando convencerte para mi plan?

—No me habrías dejado volver a casa, a estar cerca de mi familia y de la policía si tenías la intención de hacer algo después.

—Podrías caer en otra trampa.

—¿Yo o tú?

Se quedó en silencio.

Podría estar siendo una idiota total al comportarme de esa manera, pero aún lo extrañaba y no podía creer que él fuera realmente el caso perdido que tanto se esforzaba por hacer que los demás creyeran.

Las señales estaban ahí, pero no fueron suficientes para hacerme colgar la llamada.

—¿Por qué no vienes a verme?

—¿A Brasil?

—Sí. Sería bueno pasar un tiempo lejos de todo.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

Otro momento de silencio llegó.

—Realmente me gustaría que vinieras.

—Lo voy a pensar.

Su respuesta ya era un paso.

—Necesito colgar. —Escuché música de fondo en su llamada y recordé que Jason había mencionado que tenía una discoteca, y seguramente estaría allí.

—Está bien.

No dijo nada más y se quedó en silencio.

Ni siquiera tuve tiempo de preguntarle por qué me había besado si insistía tanto en alejarme de esa forma, pero sería algo para otra llamada, si es que ocurría.

Tal vez debería continuar con mi vida sin preocuparme por nada más, pero no era tan fácil borrar todo lo que había vivido, lo malo y lo bueno.



Jason

Capítulo treinta y dos

Sabía que lo mejor que podía hacer por Janete era mantenerme alejado. El rebelde y problemático de los Vaughn no era una buena opción para ella. Por más que Jaqueline creía que la situación podría ser diferente, yo me conocía muy bien.

Era una ilusión pensar que todo podría ser distinto, ¿no?

Ese pensamiento me carcomió durante todo el vuelo hacia Brasil.

Me preguntaba si realmente había una parte de mí que creía en Jaqueline y esperaba poder ser mejor para Janete, o si solo estaba tratando de destruirla, algo que aún no había logrado.

Cuando las puertas del avión se abrieron en el destino final después de una escala en São Paulo, el aire cálido me tocó la cara y empecé a sentir el calor. Me quité el blazer mientras bajaba las escaleras del avión.

No había avisado a mi madre ni a Jaqueline sobre ese viaje, porque aún pensaba que estaba haciendo algo mal. Aunque antes me gustaba mucho más hacer públicas mis cagadas.

Janete había despertado en mí un extraño instinto de protección que parecía extenderse hacia mí. Había estado casi un mes sin nada, y hablar con ella era una forma de lidiar con la necesidad cuando se presentaba.

Seguí las señales en inglés que indicaban el desembarque y caminé hacia una zona de estacionamiento donde había varios taxis.

Jason:

Hola, ¿dónde estás?

Janete:

En casa, ¿por qué?

Jason:

Por nada.

Janete:

¿Qué pasó?

Jason:

Solo estaba pensando en eso.

Janete:

¿Estás en la discoteca?

Jason:

No.

Janete:

¿A dónde fuiste?

Jason:

Te lo cuento en un rato.

Janete:

Está bien.

Subí a uno de los taxis e indiqué la dirección de su casa. Tenía esa información porque la había necesitado para solicitar el pasaporte, pero pensaba que nunca la utilizaría para eso.

Me quedé mirando la ciudad por la ventana, la gente, la arquitectura que parecía diferir bastante de Chicago, donde había nacido y pasado toda mi vida, y también de los otros países que había conocido.

Quería verla, sentía la necesidad de poder tocarla de nuevo, aunque temiera lo que pudiera pasar. Si Jaqueline estaba equivocada, podría arruinar a Janete, incluso deseando haberla recuperado.

—Llegamos —dijo el taxista en mi idioma.

Asentí con la cabeza y bajé del coche. Él sacó mi maleta del maletero y me di cuenta de que estábamos frente a un edificio residencial. Era mucho más pequeño que el mío, pero parecía cumplir con mis expectativas.

Me acerqué a la recepción y vi al hombre que estaba allí. Intenté hablar con él, pero el tipo no entendió ni una palabra mía. No hablaba mi idioma y yo ni siquiera el suyo.

Estuve un rato intentando, hasta que abrí el celular y le mandé otro mensaje a Janete.

Jason:

Baja a la recepción.

Janete:

¿Por qué? ¿Me mandaste algo?

Jason:

Solo baja.

Janete:

Está bien.

Esperé un rato en la calle hasta que vi el portón peatonal abrirse.



Janete

Capítulo treinta y tres

Aunque deseaba eso con todas mis fuerzas y me moría de ganas de verlo, jamás imaginé que abriría el portón y vería a Jason. Cuando me mandó un mensaje, pensé que tal vez había comprado algo y lo había enviado a mi casa. Ya habría sido increíble ver a un repartidor con un ramo de flores o una caja de chocolates, pero lo que vi fue al propio Jason.

Él tenía una mano sobre la maleta y con la otra se quitó los lentes para mirarme. Sus ojos verdes hicieron que mi corazón latiera más rápido.

—¡Hola! —Creo que fue la primera vez que vi una sonrisa en esos labios siempre tan cerrados.

—¡Hey!

—No pude hablar con el portero.

—No todo el mundo entiende inglés aquí.

—Lo noté.

Me quedé parada, mirándolo sin saber exactamente cómo reaccionar, así que seguí la loca necesidad que sentía y abrí el portón. Me acerqué a él y lo abracé.

—Te extrañaba.

—Nadie extraña mi presencia.

—Yo sí. —La frase salió temblorosa de mis labios.

Aunque había regresado a casa, a mi familia y a mis amigos, sentía un vacío. Me faltaba una parte, y cuando vi a Jason frente a mí, finalmente me sentí completa de nuevo. La forma en que nos conocimos no fue en las mejores circunstancias, mucho menos románticas, pero la convivencia me mostró que podríamos ser más fuertes cuando estamos juntos.

—Yo no...

Cubrí sus labios con la punta de mis dedos.

—¿Por qué no simplemente aceptas el cariño de las personas que te quieren, en lugar de esforzarte tanto por alejar a todos?

Él se quedó en silencio mientras me miraba. Parecía estar reflexionando sobre lo que le había dicho.

Durante el tiempo que pasé con él, me di cuenta de cuánto se esforzaba por alejar a todos, incluso actuando como un idiota. Sin embargo, en el fondo, era mucho más que el tipo terrible que intentaba mostrar al mundo. Supo cómo cuidarme en el momento en que más lo necesité, y deseaba mucho que siguiera siendo parte de mi vida.

Soltó el asa de la maleta y, en un movimiento rápido, me rodeó la cintura. Todo mi cuerpo tembló cuando lo sentí inhalar mi cuello y subir con sus labios ásperos por mi piel hasta que se encontraron con los míos.

Jason metió su lengua en mi boca, mientras me apretaba contra su cuerpo, y el beso esta vez fue mucho más intenso que aquel tierno que me dio cuando estábamos en el hospital. La necesidad era evidente en la urgencia con la que sus labios se frotaban contra los míos.

Había soñado con este momento desde que regresé a casa, y estaba siendo aún mejor de lo que imaginaba. Mis manos subieron por su nuca, y mis dedos se enterraron en su cabello rubio y suave. Mordió mi labio inferior, haciéndome soltar un gemido antes de volver a besarme.

Fue difícil recordar que estábamos frente a mi edificio, con el portero observándonos, antes de dejar que el beso se hiciera aún más profundo.

—Jason... —Me alejé jadeante, bajando las manos por sus brazos hasta tomar sus muñecas.

—¿Sí?

—¿Subimos?

—Creo que a tus padres no les va a gustar mucho verme aquí.

—Eres más el héroe de mi historia que el villano.

Independientemente de lo que pensaran mis padres, sabían que si no fuera por ese hombre, tal vez nunca hubiera regresado a casa.

—Aún así, creo que...

—No están —lo interrumpí—. Salieron a trabajar y no deben regresar hasta dentro de unas horas. Estoy sola.

—¿Estás segura? —Extendió la mano y acarició mi rostro con la punta de los dedos.

—Sí. —Sonreí, y él respondió con una sonrisa también.

Toqué el dorso de su mano, sintiendo el contacto antes de tomarlo por la muñeca y arrastrarlo hacia el portón del edificio.

Yo vivía en un apartamento en un complejo con varios bloques, de dos habitaciones y mucho más pequeño que el suyo, pero no me preocupaba eso, y creo que a Jason tampoco. En ese momento, no importaba el lugar, solo quería que estuviéramos juntos.

Subimos en el elevador y salimos en el pasillo con varias puertas. Lo arrastré hasta la mía y saqué la llave del bolsillo para que pudiéramos entrar. Tan pronto como abrí la cerradura, Jason entró, empujó la maleta adentro y yo volví a cerrar con llave.

Nos detuvimos a unos milímetros el uno del otro y nos miramos. Él era tan guapo y su rostro parecía un poco más rojizo de lo que recordaba, además de que sus ojos estaban menos hundidos. Era posible que estuviera durmiendo mejor.

Mi corazón aceleró y mi boca se secó. Parpadeé, deseando que no fuera un sueño. Respiré profundamente, con el pecho apretado y una necesidad intensa de que fuéramos más allá de ese beso.

—Es tu última oportunidad para huir de mí —dijo, en un tono firme, apretando los puños y adoptando una postura más defensiva.

—No quiero huir. —Subí las manos por su pecho firme y tomé el cuello de su camisa, tirando de él hacia mí.

Volvió a morder mi boca y me estremecí con la necesidad que creció aún más fuerte. Enredé mis dedos en el cuello de su camisa y finalmente él volvió a besarme. Moví la cabeza para encontrar un mejor ángulo y mis dedos subieron por su rostro, sintiendo los vellos de su barba rubia que empezaban a crecer.

Sentí el peso de sus manos rodeando mi cintura y él abrió la cremallera de mi short de jean, tirándolo al suelo. Mis sandalias también quedaron atrás cuando él tomó mis muslos y me levantó, tomándome en sus brazos. Volvimos a besarnos cuando mi espalda chocó contra la pared de la sala.

Jason no era el primer hombre con el que tenía sexo, pero esa necesidad y el frío en el estómago eran sensaciones nuevas.

Su boca dejó la mía y mordió mi cuello, haciendo que echara la cabeza aún más hacia atrás, mientras mis ojos se cerraban por las sensaciones provocadas por los besos y las mordidas. Podía sentir lo firme de su agarre, pero también que se estaba controlando para no lastimarme.

Moví mi cuerpo contra el suyo y pude sentir su erección a través de su pantalón de jean oscuro. Quería mucho más que la fricción de mi ropa interior contra el grueso tejido de su ropa.

—Vamos a mi cuarto —logré decir aún afectada por los efectos de la excitación.

Ya había experimentado los impulsos de la droga antes, y las sensaciones provocadas por el sexo podían ser aún más intensas. Solo podía pensar desesperadamente en tenerlo frente a mí, en medio de toda esa necesidad.

—¿A dónde? —Su boca caliente seguía sobre mi cuello, robándome la cordura.

Señalé con la mano y él me cargó por el pasillo. Empujé la puerta y lamenté tener solo una cama individual, pero debía ser suficiente.

Jason me acostó en el colchón, dejando mis piernas fuera, y me miró mientras sus manos firmes subían por mis muslos. Estaba perdida en el verde primaveral de sus ojos, en sus pupilas dilatadas, mientras mi piel se calentaba y se erizaba con el contacto de sus palmas. Introdujo los dedos dentro del elástico de mi ropa interior y la bajó hasta quitármela de los pies.

Mi sexo, expuesto, comenzó a palpitar aún más, lleno de necesidad. Deseaba mucho sentirlo dentro de mí.

Jason se inclinó hacia mí, levantó la parte de abajo de mi blusa y besó mi abdomen, desatando una nueva oleada de sensaciones mientras su boca descendía más. Primero sentí su aliento rozándome y agarré la colcha de la cama, revolviendo los ojos, ya que la proximidad de

su aliento caliente y la anticipación se convirtieron en un nuevo estímulo.

—Jason... —gemí su nombre con la voz ahogada por el deseo.

Besó mi vulva y luego levantó la cabeza, buscando mi mirada.

—¿Quieres que pare?

—Por favor, no.

Se inclinó sobre la cama y me dio un beso rápido antes de volver a descender. Toda esa espera me ponía aún más ansiosa. Deseaba desesperadamente que su boca llegara allí, que me tomara y me hiciera sentir placer.

Mi abdomen se movía con urgencia mientras su lengua descendía hasta que recorrió mi vulva y se internó entre mis labios vaginales. El estímulo hizo que mi cuerpo se arqueara, hundí la cabeza en el colchón y dejé que un gemido de placer llenara la habitación.

Resbaló sus manos por el interior de mi muslo, manteniendo mis piernas separadas, sujetándolas con firmeza antes de rendirme por completo con la presión de su lengua. Me chupó, lamió y provocó, demostrando cuán placentero podía ser ese beso tan íntimo. Menos mal que no había nadie más en el apartamento, porque no podía contener mis gemidos.

Sacó una de sus manos de mi muslo y deslizó un dedo dentro de mí, sin dejar de mover la lengua sobre mi clítoris. Mi placer se intensificó aún más.

—Jason... —murmuré su nombre, perdiendo la conciencia en olas cada vez más intensas de placer.

Él lo hizo todo aún más delicioso y me esforzaba por mantener las piernas abiertas para darle mejor acceso.

Saqué una de mis manos de la colcha y la pasé por su cabello, enrollando los hilos suaves y empujando su cabeza para que continuara. No se detuvo, ni dio tregua, hasta que sentí las deliciosas pulsaciones del clímax. Jason siguió con su boca en mí de manera excitante, mientras yo aprovechaba cada matiz del orgasmo.

Mi mano resbaló de su cabello y me desplomé en la cama, con el cuerpo agotado y la respiración entrecortada después de haber llegado al clímax.

Se subió sobre mí, haciendo que la cama crujiera cuando apoyó sus rodillas. Sentí mi sabor en su boca cuando volvió a besarme. Él pensaba que no podía ser un hombre cariñoso, pero me estaba demostrando lo contrario.

Mientras nos besábamos nuevamente, le arranqué la camisa y él se arrodilló entre mis piernas para abrir su pantalón y quitarlo junto con los calzoncillos. Mi boca se hizo agua y humedecí mis labios mientras admiraba su extensión rígida y palpitante.

Me rodé en la cama, salí de ella para acomodarme mejor, y Jason se levantó para quitarme la blusa y el sujetador. Cuando finalmente quedamos desnudos, lo empujé por el pecho para que se sentara en el borde de la cama. Me arrodillé entre sus piernas y eché mi cabello hacia atrás. Sonrió cuando mis dedos rodearon la base de su miembro. Su verga palpitó cuando acerqué mi boca sin llegar a chupárselo.

Jason se inclinó un poco hacia adelante y recogió mi cabello en una coleta, animándome a seguir. Besé su glande, capturando la gota de líquido lubricante y sonreí. Sin embargo, no pude hacer muchas ceremonias porque estaba loca por sentir su sabor. Lo deslicé por mi lengua y lo llevé a mi garganta al rodearlo con los labios. A medida que lo chupaba, mi boca salivaba aún más. Era eróticamente delicioso hacer eso.

Jason parecía estar disfrutando del sexo oral y me animaba, acariciando mi cabello y empujando suavemente mi cabeza para que lo tragara más. Sus gemidos bajos también me excitaban.

Él acababa de hacerme llegar al clímax, pero mientras lo sentía en mi boca, mi deseo por más se volvía cada vez más grande. La pulsación en mi sexo era frenética e intensa, mis músculos se contraían con la necesidad de sentir algo dentro.

Dejé de chupársela y levanté la cabeza para mirarlo. Jason mantuvo su mirada seria y me jaló para que me levantara. Me condujo a su regazo y me sujeté a sus hombros para sentarme sobre él, sintiendo su verga bien dura deslizarse deliciosamente dentro de mí mientras mis músculos lo rodeaban.

Gemí, inclinando la cabeza hacia adelante, apoyando mi frente sobre la suya, y comencé a moverme sobre su regazo. Jason se movió para besarme y su boca tomó la mía. Mientras su lengua me volvía loca, sus manos agarraron mi cintura y aumentaron la intensidad de mis

movimientos sobre él. Al rebotar sobre él, a una velocidad cada vez más frenética, mis pechos se movían arriba y abajo, frotando los pezones contra su pecho.

Mi cuerpo ardía, el sudor de nuestras pieles nos hacía resbalarnos aún más en medio de la fricción.

Jason mordió mi boca mientras sus manos salían de mi cintura y se aferraban a mi culo. Pensé que solo aumentaría la velocidad, pero me impulsó hacia adelante, se levantó aún clavado en mí y me sostuvo mientras cruzábamos el cuarto. Me apoyó en la pared y siguió moviéndose dentro de mí.

Era tan delicioso que no deseaba nada más que ese momento durara para siempre. Clavé las uñas en su espalda cuando los espasmos se hicieron más intensos y dejé que mi cuerpo alcanzara nuevamente el orgasmo.

—Jason...

Él gruñó y volvió a besarme, gimiendo en medio del encuentro de nuestros labios hasta que sentí sus músculos tensarse y su líquido llenarme.

Nos quedamos en esa posición por un buen rato y dejé que mi cabeza cayera sobre su hombro hasta que Jason me bajó.

Mi corazón seguía acelerado y no dije nada, solo lo miraba en silencio.

—Quería mucho esto. —Tocó mi rostro y sonreí cuando sus dedos contornearon mi cara.

No era el único que deseaba tanto ese momento. Enfocada en mi carrera de modelo, no había tenido novios desde la escuela, pero nunca sentí tanto la necesidad de estar cerca de un hombre como con Jason.



Jason

Capítulo treinta y cuatro

Estaba empezando a aceptar que Jaqueline tenía razón y que necesitaba admitir que quería a Janete cerca de mí. Esa chica era la luz en un mundo tan sombrío como en el que había estado las últimas décadas. Aunque quería protegerla de mí, era evidente que lograba ser un hombre mejor cuando estábamos juntos.

Jamás imaginé que podría desear ser digno de alguien, pero era increíble la manera en que ella despertaba esos sentimientos en mí. Había aprendido a hacer que todos me odiaran, y vivía bien con eso. Era el rechazado, el excluido, el mal hijo y hermano. No me sentía merecedor del amor de nadie, pero deseaba el suyo.

No la tomé como lo hacía con las mujeres en el club. Me preocupé por hacer que se sintiera bien y tuve paciencia para que ella alcanzara el clímax. Eso era mucho más de lo que habría admitido antes de tenerla en mi vida.

—Hola. —Ella volvió al cuarto con una sonrisa satisfecha y pasó su mano por mi rostro, acariciándolo—. El baño está por allá. —Señaló una puerta en el pasillo.

—Está bien.

Yo seguía desnudo, y ella se quedó mirando mi cuerpo hasta que sus mejillas se sonrojaron.

—¿Qué pasa?

—Eres aún más atractivo sin ropa. Una pena que no puedas quedarte así mucho tiempo.

—¿No puedo? —Toqué su mentón y levanté su rostro para que sus ojos quedaran fijos en los míos.

—Creo que a mi papá no le gustaría ver a un hombre desnudo en mi cuarto, sea quien sea.

—Hice una reserva en un hotel.

—Podemos ir después, pero primero quiero que ellos te conozcan.

—No creo que sea buena idea. —Retrocedí con miedo de que esa burbuja se rompiera a la

primera oportunidad.

—¿Por qué?

—Jane, no soy el tipo de hombre que tus padres querrían para ti. No sé exactamente qué les contaste, pero mi historial no es digno de admirar.

—Olvídate de tu historial.

—No es tan simple.

Ella colocó ambas manos sobre mi rostro y no me dejó apartar la mirada.

—Solo necesito que me prometas algo.

—¿Qué?

—Que no volverás a consumir.

—Es mucho más difícil para alguien que lo ha hecho durante tanto tiempo como yo —admití honestamente.

La fuerza de voluntad necesaria para vencer el deseo por la droga era intensa, sin contar los momentos de depresión en los que era mi única alternativa para sentirme mejor. Hacer una promesa como esa era aceptar que podría romperla en cualquier momento.

—Lo has logrado hasta ahora.

—Por ti. —Esa era una verdad que no me dolía admitir.

—Yo seguiré aquí.

—¿Lo prometes?

Jane asintió.

—Te amo, Jason.

Quedé paralizado. No imaginé escuchar esas palabras, mucho menos de forma tan espontánea.

Había renunciado hacía tiempo a que alguien me amara. Era mucho más fácil ganarme el odio. Me juzgaban, me criticaban, y ya me había acostumbrado a ese lugar oscuro y vacío. Mi madre

se esforzaba en intentar rescatarme, pero no podía lidiar con lo que me había convertido. Sin embargo, Janete conocía mi lado oscuro, sabía las porquerías que había hecho, pero aun así logró sentir algo bueno por mí.

Eso me sacudió y me volteó por completo. Era una mezcla de angustia desesperante y paz reconfortante.

La atraje hacia mí, tomé su rostro y la besé de forma más desesperada y apasionada, queriendo grabar en mi memoria la sensación de tenerla en mis brazos y la calma que eso me causaba. Aunque todo terminara, quería que ese instante quedara marcado en mi memoria y en mi piel para siempre.

—Creo que eso cuenta como un "yo también". —Ella jadeó, intentando recuperar el aliento.

Acerqué su rostro de nuevo y apoyé mi frente contra la suya. Sin decir nada más, dejé que el ritmo de su respiración se volviera el mío. Esa calma y sensación de consuelo me dieron un nuevo propósito. Era posible encontrar paz y una forma diferente de ser yo mismo.

Se oyó un ruido en la puerta, y ella se apartó.

—Mis padres están llegando. —Tomó mi ropa del suelo y me la entregó, empujándome hacia el baño—. Vístete.

No discutí. Me encerré en el baño mientras ella se recomponía. Si quería causar una buena impresión, lo mejor era no estar desnudo.

Buena impresión... Resultaba cómico considerando todo lo que ya había hecho.

Oí voces. Estaban hablando en su idioma, y no entendía nada. Cuando abrí la puerta del baño y di algunos pasos hacia la sala, las miradas de los padres de Janete se dirigieron hacia mí. Por la forma en que me observaban, probablemente ya sabían que yo estaba allí.

Quise poder comunicarme con ellos, aunque no sabía qué iba a decir. Era extraño, porque aunque ya tenía treinta y cuatro años, nunca había estado con los padres de una chica ni me había importado tomar a alguien en serio como para hacerlo.

Janete estaba hablando con ellos, y lo único que me quedaba era analizar sus expresiones. Debían tener entre cincuenta y sesenta años, y se parecían mucho a su hija, especialmente la

mujer.

El hombre tenía una expresión más seria, evaluándome de pies a cabeza, pero la madre de Janete dio un paso hacia mí y dijo algo que no entendí. Para mi sorpresa, me abrazó. Estaba llorando, pero no parecía de rabia.

Me quedé incómodo durante largos segundos hasta que moví los brazos para corresponder.

Janete tocó el hombro de su madre, y ella se separó de mí.

—¿Qué pasa? —Me atreví a preguntar.

—Mi mamá está agradecida de que me hayas traído de vuelta a casa.

No salvaba a nadie, y aun así había hecho eso por Janete. Por más que todo aquello me afectara y me dejara con una sensación extraña, en el fondo podía darme cuenta de que no necesitaba atraer el odio de todos.

No sabía exactamente qué les había contado a sus padres, pero no era mentira que la había cuidado y la había enviado de vuelta a casa. Quería que estuviera bien, aunque eso significara no volver a verla nunca más.

Se apartaron de mí, y Jane me llevó hasta el sofá.

—Me preguntaron por qué estás aquí, y les dije que viniste a verme.

—Es verdad.

—Gracias por cuidar de mi hija —dijo la mujer, esforzándose por hablar en mi idioma.

—De nada.

Janete me sonrió.

Extendí la mano y me atreví a tomar la suya, lo que captó aún más la atención de sus padres.

Comenzaron a hablar de nuevo, y yo seguía sin entender.

—Jane... —La llamé.

—Solo quieren saber por qué viniste y qué quieres conmigo.

—¿Qué quiero? —repetí.

La mirada de ella me hizo darme cuenta de que no eran solo sus padres quienes querían una respuesta a esa pregunta.

—Sí... —murmuró.

Recordé las palabras de mi hermana y reflexioné sobre mí mismo. Si había alguna esperanza en mi vida, era junto a esa chica.

—Quiero estar contigo.

Jane sonrió y entrelazó sus dedos con los míos.

—Yo también quiero.

Dijo algo más, y vi que sus padres se agitaron. No parecían muy contentos, pero ella siguió hablando, controlando la situación.



Janete

Capítulo treinta y cinco

—¿Novio? —Mi padre casi salta del sofá cuando escuchó esa palabra salir de mis labios.

Jason y yo no habíamos usado exactamente esa palabra, pero era la forma más fácil para que mis padres lo entendieran, lo que no parecía hacerlos muy felices. Yo les había omitido la parte de la droga, así que no sabían que Jason era un adicto, pero aún así, ese hombre, aunque fue el responsable de que regresara a casa sana y salva, seguía estando ligado a un pasado que mis padres preferían no recordar.

—Janete, deberías mantenerte alejada de ese tipo. —Mi padre fue tajante.

—¿Por qué?

—No va a ser bueno para ti. —Apretó los dientes.

—Papá...

—Querido —intentó intervenir mi madre—, él trajo a nuestra hija de vuelta a casa.

—Y estamos agradecidos por eso, pero ella pudo haber muerto y quiero a Janete lo más lejos posible de esas personas. Ya la engañaron una vez y no voy a permitir que eso se repita.

Entendía el temor de mi padre, pero eso no significaba que iba a dejar a Jason.

—Hija, sé que él te cuidó, pero... —Mi madre aún pensaba en un argumento que usar conmigo—. Solo queremos protegerte.

—Lo sé, pero también sé lo que pasé.

Todo lo que habíamos vivido era suficiente para que lo que sentía por él fuera aún más fuerte. Amaba a esa versión de Jason que me había protegido, medicado y cuidado. Quería quedarme con él y también sabía que Jason podía regresar a donde estaba cuando nos conocimos. Fuimos buenos el uno para el otro y quería que siguiéramos así.

—Janete...

—Necesito que confíen en mí.

—Confiamos, pero...

—Les va a gustar —la interrumpí.

—¿A qué se dedica realmente? —Mi padre seguía inflexible.

—Tiene un club nocturno.

—Frecuentado por los tipos que te secuestraron...

—Papá, eso no es culpa de él.

—Aún así, terminaste en las manos de ese tipo.

—Si no hubiera sido por él...

—Para empezar, ni siquiera deberías haber ido a ese país. —Mi padre me interrumpió—. Intentamos apoyarte en tus sueños, pero tienes que aprender lo peligroso que es el mundo y que no puedes confiar en cualquiera.

—Lo sé, papá.

—No lo sabes, Janete.

—Su familia es de médicos. —Traté de cambiar de tema. Aunque a Jason no le gustara, intenté impresionar a mi padre.

—¿Médicos? —Levantó una ceja con aire desconfiado.

—Por eso él sabía cómo cuidarme. Tienen un hospital reconocido en Chicago. Son buenas personas. —Al menos eso fue lo que sentí cuando estuve un tiempo bajo el cuidado de su equipo médico.

—¿Conociste a alguno de ellos?

—A la madre y a la hermana.

Mi padre permaneció receloso y asintió lentamente con la cabeza.

—Papá, voy a estar bien.

—Eso mismo dijiste cuando te fuiste a ese país, y mira lo que pasó.

—Esta vez será diferente.

—¿Lo será?

—¿Jane? —Jason apretó un poco más mi mano y me hizo mirarlo. Era evidente que estaba tenso y yo solo quería suavizar la situación—. Creo que es mejor que me vaya.

—No. Quédate.

—Tus padres no parecen muy cómodos con mi presencia en su casa.

—Ellos saben lo que pasó, solo necesitan confiar en ti.

Jason siguió mirándome, abrió la boca para decir algo, pero no dijo nada. Esa situación era complicada, yo tampoco confié en él al principio, pero sabía que con el tiempo mis padres podían cambiar de opinión.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse? —Mi madre desvió el tema.

—Aún no lo sé.

—¿Se quedará aquí?

Negué con la cabeza. Así sería más fácil y mis padres se sentirían menos presionados por la situación.

—Se queda en un hotel.

—Mmm… —murmuraron, aún lanzando miradas desconfiadas en su dirección.

Quería estar con ese hombre y haría todo lo posible para que mis padres lo aceptaran.

—Papá, por favor...

—Podrías haber muerto, hija, o algo mucho peor.

—Lo sé, papá, pero eso no significa que no pueda seguir viviendo.

Jason me hacía sentir bien y era un consuelo. Quería que todo siguiera así.

—Creo que voy a preparar la cena. —Mi madre se levantó.

—Voy a salir a comer con él —dije, atrayendo otras miradas nerviosas.

—¡Hija, no! —Mi padre se mostró firme.

Ya era adulta y, aunque viviera con ellos, podía tomar mis propias decisiones.

—Solo quiero quedarme un rato con él.

—No sé si deberías.

—Vamos a quedarnos en la ciudad.

—Si pasa algo...

—Papá —me incliné hacia él—, no va a pasar nada.

Aunque aún estaba atormentada por la pesadilla que viví, no dejaría que usaran mis miedos para manipularme nuevamente.

—No vuelvas tarde. —Mi madre intentó equilibrar la situación.

Le sonreí.



Jason

Capítulo treinta y seis

Me sentí un poco más relajado cuando salimos de la casa de Janete. Sabía que ella estaba intentando suavizar la situación, pero sus padres desconfían de mí, aunque no lograba entender lo que decían. Si estuviera en su lugar, probablemente pensaría lo mismo. También quería protegerla.

—¿A dónde vamos? —le pregunté mientras miraba por la ventana.

—A un bar de aperitivos. Belo Horizonte es conocida por sus bares, pero creo que es mejor no ir a uno de esos.

—Estoy de acuerdo.

Tuve contacto con alcohol todo el tiempo mientras estaba en la discoteca, pero Janete tenía razón. El alcohol también puede ser adictivo y no quería cambiar una adicción por otra.

Mi celular vibró y lo saqué del bolsillo para ver quién era. Solo le había avisado a mi gerente que estaría fuera un tiempo, pero no había dado muchos detalles. Sin embargo, el hombre ya estaba acostumbrado a cuidar la discoteca cuando yo no estaba y le pagaban muy bien por hacerlo.

Pero, para mi sorpresa, no era él.

Mamá:

Jason, traté de llamarte y no me atendiste.

¿Dónde estás? No te encontré en la discoteca ni en tu departamento.

Hijo, solo dime que no te metiste en un nuevo problema.

Jason:

Estoy fuera del país.

Mamá:

¿Cómo que fuera del país?

Jason:

Tomé un vuelo para Brasil.

Mamá:

¿A Brasil?

¿Qué fuiste a hacer allá?

Jason:

Vine a ver a Janete.

Mamá:

¿La chica del hospital?

Jason:

Sí.

Mamá:

Vaya, realmente se han hecho muy cercanos.

Jason:

Es más que eso.

Mamá:

No quiero que te hagas daño, querido.

Jason:

No he consumido nada desde esa crisis.

Mamá:

Solo quiero protegerte.

Jason:

Nunca has sido buena en eso.

Mamá:

Pero lo he intentado.

Jason:

Te pusiste en contra de Cristal por mi culpa, pero ella era la víctima.

Mamá:

Solo defiendo a mis hijos.

Jason:

La culpa fue mía.

Mamá:

Ya pasó.

Jason:

¿De verdad?

Mamá:

Ellos están bien.

Jason:

No gracias a nosotros.

Mamá:

Jaque dice que esta chica te hace bien y que debería apoyarte.

Jason:

Ella me hace bien.

Mamá:

Es todo lo que quiero.

Jason:

No sé cuándo volveré a Chicago, planeo quedarme aquí un tiempo.

Mamá:

Manténme al tanto.

Jason:

Okay.

Mamá:

Quiero conocerla formalmente.

Jason:

No necesito que la asustes.

Mamá:

Te prometo que no lo haré. Solo quiero saber más sobre la mujer que está con mi hijo.

Jason:

Después veremos.

Mamá:

Perfecto.

Guardé el celular y dejé de intercambiar mensajes con ella poco antes de que el auto donde íbamos se detuviera frente a una cafetería con temática americana, con sillas de colores alrededor de las mesas en la acera.

—¿Dónde estamos? —Puse la mano sobre el muslo de Janete y la miré.

—Es una cafetería con temática americana. Pensé que te gustaría algo que te hiciera sentir como en casa.

—Prefiero sentirme contigo que sentirme en casa. —Las palabras salieron de mi boca sin pensar, pero me di cuenta de lo mucho que la había tocado por la forma en que suspiró.

—Tienen unos donuts brasileños que te van a gustar.

—Okay. —Sonreí mientras bajábamos del auto.

Caminamos hacia una de las mesas y nos sentamos, antes de que un mesero se acercara y nos indicara el QR Code que estaba en un soporte de acrílico en el centro de la mesa. Aunque no sabía qué decía, supuse que era el menú.

Saqué mi celular, apreté la cámara y abrí la página de internet.

Esas rosquillas eran muy populares en mi país, aunque no era un gran consumidor de ellas.

—¿Cuál te gusta más? —Me incliné hacia Janete.

—¡Este! —Indicó en el menú.

La cobertura era blanca y el relleno de crema de avellanas.

—Puedes pedir dos, también quiero un café.

—Puedes escoger otro. —Me indicó varias opciones.

—Confío en ti —dije en serio, y ella sonrió.

Sin duda confiaba más en ella que en mí mismo.

El mesero volvió y Janete habló con él por unos segundos antes de que se alejara.

Nos mirábamos directamente y ella se inclinó hacia mí, tomó mis manos y las trajo hacia ella para darme un beso rápido.

—Estoy muy feliz de que estés aquí. —Sus ojos castaños brillaban al mirarme, y todavía me costaba creer que aquello fuera real.

Ella me amaba…

—Yo también.

Estaba por inclinarme sobre la mesa para besarla cuando el mesero apareció con los pedidos, lo que nos obligó a separarnos.

Ella agradeció y yo tomé la asa de la taza de café. Tomé unos sorbos mientras observaba a Janete comer el donut. Por la expresión en su rostro, parecía increíblemente delicioso.

Tomé un pequeño bocado del mío y también estaba rico, aunque no estaba acostumbrado a tanto dulce y sabía que pronto me empalagaría.

—¡Está muy bueno! —suspiró.

Solo asentí y tomé un poco más de café.

Aunque estaba feliz de estar con ella, aún me estaba adaptando a esa nueva realidad. Nunca había tenido una novia antes. En ese sentido, era más como James, pero si él había encontrado a alguien, ¿por qué yo no podría?

Me incliné para limpiar la comisura de su boca, que estaba sucia de crema de avellanas, y Janete soltó una pequeña risa tímida.

—¿Te importa si pido otro? —Me miró sin saber qué decir, mientras se lamía los labios y se limpiaba los restos que quedaban allí.

—¿Por qué me importaría?

Ella encogió los hombros, sin responder, y llamó al mesero.

Mientras yo todavía masticaba el primero, Janete ya estaba casi terminando el segundo. Comía con una evidente alegría que me agradó. Me gustaba verla feliz, y eso para mí no tenía precio. Desde que nos conocimos, ella estaba más sonrojada, más viva y alegre, aunque parecía más delgada.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —Se atrevió a preguntar.

—¿Ya quieres que me vaya?

—¡Claro que no! —Volvió a tocar mi mano—. Solo pensaba en lo lejos que estamos de Chicago.

—Lo que no significa que no puedas ir a verme también.

—Mis padres van a explotar si les digo que voy a ir a Estados Unidos otra vez.

—Los entiendo.

—Pero espero convencerlos. —Sonrió otra vez.

—Eso espero.

No tenía planeado tener una novia, mucho menos vivir una relación con una mujer de otro país, pero creía que podría sobrellevar la distancia mejor que la idea de estar sin ella.



Janete

Capítulo treinta y siete

Jason estaba justo frente a mí y eso era demasiado increíble. Me ponía triste pensar en la posibilidad de que se fuera, pero al mismo tiempo sabía que no debía preocuparme por eso en ese momento. Aún pasaríamos algunos días juntos antes de que tuviera que irse.

Cuando el tercer donut se asentó en mi estómago, me di cuenta de que había exagerado, aunque él no dijo nada mientras me veía comer. Estar con él era aún más razón para no querer engordar.

Quería que Jason siguiera mirándome de la misma manera.

—Necesito ir al baño —dije, mientras lo miraba.

—¿Puedo pagar la cuenta o quieres algo más?

—Ya está bien por hoy —respondí, sintiéndome algo incómoda al mirar los platos sucios, pero estaba tan delicioso que simplemente no pude resistirme.

—Está bien.

Dejé a Jason en la mesa y entré al establecimiento en busca de un baño. Quedaba al fondo, entre algunas mesas, y no fue difícil de encontrar.

Me metí en una de las cabinas y me aseguré de que la puerta estuviera bien cerrada antes de inclinarme sobre el inodoro y forzar el vómito. Mi estómago entero se retorció y vomité todo lo que había comido.

El malestar me golpeó casi de inmediato y comencé a mover mis brazos alrededor de mi estómago, intentando calmar la sensación de ardor.

—¿Estás bien? —preguntó alguien, tocando la puerta.

—Sí. Estoy bien.

—Te escuché vomitar.

—Creo que algo no me cayó bien. —Traté de disimular.

—¿No sería mejor hablar con los encargados del lugar? Tal vez sea por algo en la comida.

—No, creo que fue algo de antes.

—Está bien —respondió la mujer, dejándome en paz mientras salía de la cabina.

Pasé junto a ella, sonriendo de forma tímida, y me dirigí al lavabo para lavarme las manos y la boca. Salí rápidamente y regresé con Jason, quien me esperaba de pie en la calle.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí con la cabeza. No quería contarle lo que había pasado ni preocuparlo con mis vómitos en el momento en que todo parecía ir tan bien.

—¿A dónde vamos ahora? —pregunté, intentando distraerlo.

—¿Y si vienes al hotel conmigo? —me dijo, lanzándome una mirada juguetona que hizo que el interior de mis muslos se calentara de nuevo.

Sabía que mis padres querrían que regresara pronto a casa, pero ir al hotel con Jason podría darme un poco más de libertad. Me dijo la dirección mientras arrastraba su maleta por la ciudad, y pedí un auto para que nos llevara. Por suerte, quedaba cerca, en Savassi, a solo una corta distancia de donde estábamos.



Jason

Capítulo treinta y ocho

Salimos del auto de la aplicación y pasamos por la recepción para que pudiera recoger la llave de la habitación que había reservado por internet. Afortunadamente, la persona que me atendió sabía inglés, así que fue fácil comunicarnos.

Janete me siguió hasta la habitación y aún parecía un poco pálida. Había notado el cambio en el rubor de su rostro y en su expresión desde que salió del baño. Después de todo lo que habíamos vivido juntos y de que ella regresara a casa, me daba seguridad saber que ya no se drogaba, pero aún temía que algo estuviera mal.

—¿Has ido al médico desde que regresaste? —me arriesgué a preguntar cuando abrí la puerta del cuarto.

—¿Médico? —Pareció sorprendida por mi pregunta.

—Sí.

—Pensé que no te gustaban los médicos.

—No es por eso.

—Me llevaron a terapia. —Dejó caer los hombros y pareció frustrada—. Piensan que la necesito después de todo lo que pasó.

—Yo nunca me llevé bien con los terapeutas —admití.

—Creo que hay que aceptarlos.

—Es cierto. —Recorrí su rostro con las yemas de los dedos y ella cerró los ojos al sentir el roce de mi pulgar—. Algo está pasando, dímelo.

—Es solo dolor de estómago otra vez.

—Realmente necesitas ver esa úlcera.

—Lo haré, pero no ahora. —Puso las manos sobre mi pecho—. Lo único que quiero ahora es quedarme aquí contigo.

—Estoy aquí.

Me incliné para besar sus labios y ella correspondió. Esa sensación de felicidad y merecimiento era mejor que cualquier cosa y no parecía acabar con unas horas. Por eso, me preocupaba asegurarme de no perderla.

—Voy a pedir un té en recepción. —Me aparté de ella y fui hacia un teléfono que estaba sobre la mesita de noche.

—Gracias.

Marqué un número y esperé a que contestaran. Hablé con la misma persona que me atendió en el check-in y me dijo que lo llevaría al cuarto en unos minutos.

Aunque no me gustaba el historial de mi familia ni la manera en que intentaron controlar mi vida, era innegable que los médicos eran los responsables de la salud de las personas, y quería que Janete estuviera bien, más que cualquier otra mujer en el mundo.

Me acerqué a ella y acaricié su rostro, hundiendo mis manos en su suave cabello. Se levantó de puntillas y rozó sus labios contra los míos. Ya no tuve la misma cautela antes de volver a besarla.

—Yo también te amo. —Fue más fácil dejar que esas palabras fluyeran cuando entendí su verdadero significado.

Bajé mis manos hasta su trasero, haciendo que se frotara más contra mí. Ya habíamos tenido sexo antes, pero previamente a que lo hiciéramos de nuevo, alguien tocó la puerta.

—Debe ser tu té. —Me aparté y ella hizo un ruido de queja.

—Puede ser.

Abrí la puerta y me encontré con un camarero que traía una bandeja con una taza. La tomé de sus manos y cerré la puerta enseguida. La dejé sobre una mesa en el centro de la habitación y le hice un gesto a Janete para que se acercara.

—Tómalo. —Se lo extendí cuando se acomodó a mi lado.

—Gracias.

—Prométeme que vas a ver esa úlcera. —Acaricié su muslo, atrayendo su atención.

Ella asintió con la cabeza y dio un par de sorbos.

—Genial.

Me quedé mirando cómo tomaba el té mientras sus facciones comenzaban a recuperar color, lo que me alivió.

—Ves, sí puedes.

—¿Sí puedo qué? —Fruncí el ceño.

—Cuidar de alguien.

—Tal vez solo de ti.

—¿Y si tuviéramos un bebé?

—No sé si deberíamos estar pensando en eso, pero no fui un buen hijo y probablemente no sería un buen padre.

—Tal vez hayas aprendido de tu padre y tendrás la oportunidad de no cometer los mismos errores que él.

Me quedé pensando en eso mientras ella terminaba el té. Tener un hijo ya representaría un cambio enorme en mi vida. No sabía cómo sería tener una familia ni si estaba listo para eso. Me había acostumbrado a la soledad y era más fácil aceptarlo así.

—Aún es pronto.

—Sí, demasiado pronto. —Ella sonrió mientras lo decía.

Puse la taza vacía en la mesa y la tomé de la cintura, trayéndola hacia mí. Janete comenzó a besarme y yo hundí mis manos en su culo, provocando que se frotara aún más contra mí. Mi verga se puso dura al recordar la sensación de estar dentro de ella. Habíamos tenido sexo antes, pero yo quería más.

Con ella, iba más allá de la necesidad de estar con una mujer bonita o lidiar con el deseo de eyacular. Tenerla en mis brazos era la recompensa de saber que estaba tomando un nuevo

camino.

Subí con la boca por su cuello, provocando un escalofrío que la hizo ponerse toda erizada, y mordí su oreja, donde llevaba un pequeño pendiente.

—¿Quieres más?

—Claro que sí. —Jadeó, frotándose contra mí.

—Tu estómago...

—Estoy segura de que va a mejorar.

Solté una risita antes de morder su cuello y perderme en sus gemidos de placer. Mis manos subieron por su cuerpo y se colaron debajo de su blusa hasta que tocaron su sostén. Era grueso y dificultaba el contacto, pero me desharía de él pronto.

Eché toda la parte de arriba de su ropa al suelo antes de besar uno de sus pezones. Ella se retorció y lo chupé con más fuerza, sintiéndolo erguirse aún más con el toque de mi lengua.

Mi verga se puso aún más dura con el calor que pasaba a través de la ropa mientras nos frotábamos. Si hubiera sido cualquier otra mujer, la habría tirado sobre la mesa y solo la habría penetrado sin pensar en nada más. Pero lo que teníamos nosotros iba mucho más allá de solo sexo.

Quería ver su mirada, sus suspiros y sonrisas mientras se entregaba a mí porque me amaba. No creía que una relación así pudiera ser real, mucho menos que yo la estuviera experimentando, pero estaba sucediendo.

Mordí su boca y ella gimió contra la mía, cerrando los ojos en una expresión sexy que me puso aún más caliente. Quería disfrutar de ella, pero me costaba contener la necesidad de devorarla sin más. La agarré del pelo y se frotó aún más contra mi verga, volviéndome loco.

Me mordí el otro pecho y Janete me clavó las uñas en la espalda. Parecía disfrutar con lo que yo hacía.

La levanté de mi regazo y apoyé sus manos en la mesita, haciéndola inclinarse hacia delante y mover el culo hacia mí. Agarré sus pantalones por los laterales y se los bajé junto con las bragas, dejándola finalmente desnuda. Miré los pequeños labios de su vagina y mi boca

volvió a salivar. Agarré sus nalgas con ambas manos, me incliné para lamerla y ella gimió, revolcándose sobre mi cara.

—Qué rico. —Se me escapó y, en lugar de asustarla, Janete inclinó aún más el culo hacia mí.

Me miró con expresión sexy y luego giró la cara, avergonzada cuando le devolví la mirada

Observé la entrada de su culo y bajé mi dedo hasta su vagina, penetrándola y haciendo que cerrara su canal contra él. Ella gimió y comencé a estimularla, sacando su líquido, que rezumaba tanto que mojaba mi mano y demostraba lo mucho que me deseaba.

—Jason... —murmuró mi nombre, entregándose a mí cada vez más.

No era virgen, pero aún estaba tan tensa que se apretaba contra mi dedo con cada movimiento. La necesidad y el deseo tenían que equilibrarse con mi instinto de protegerla.

Le habría dado una bofetada en el culo si no hubiera sido por el miedo a hacerle daño. Parecía tan frágil que no quise arriesgarme.

—¡Jason! —Arañó el tablero de madera de la mesa.

Ella solo gemía más y contraía los músculos, apretando el dedo que la penetraba y me di cuenta de que quería más de lo que yo le estaba dando.

Me levanté, me bajé la cremallera del pantalón y me saqué la verga de los calzoncillos, frotando el glande en su camino húmedo.

—¡Métela! —me suplicó.

—Podemos ir más despacio.

—No tenemos que ir despacio.

—¿Segura?

—Muy segura...

Me había tomado la molestia de sacar un condón de mi billetera y ponérmelo antes de metérsela. Probablemente por la conversación que habíamos tenido. Todavía no sabía si estaba

preparado para ser padre o si podría soportarlo. Llevaba poco tiempo sobrio y aún necesitaba redescubrirme antes de asumir semejante responsabilidad.

La sujeté por la cintura, mirando su culo mientras la penetraba. Su vagina me envolvió y gemimos juntos.

—¿Te gusta que te meta la verga así? —Me arriesgué a preguntar porque quería saber si yo no era el único que se sentía bien así.

Murmuró en un sonido inconexo.

—Me encanta...

—Por Dios... —Empujó su culo un poco más y lo frotó contra mi pelvis.

Me deslicé lentamente y con cada embestida ella se inclinaba más, dándome total libertad para seguir moviéndome.

Le quité una mano de la cintura y le agarré una nalga, abriéndosela bien para verle el ano mientras seguía penetrándole la vagina. Podía hacer locuras con ella, pero me esforzaba por pasar desapercibido.

Apreté más fuerte y ella soltó un gemido delicioso que me puso aún más loco. A pesar de lo frágil que parecía, Jane reaccionaba muy bien a mis embestidas.

Quité la otra mano de su cintura y le agarré el pelo, tirando de él hacia atrás y ella se incorporó, dejándome morderle el cuello. Se frotó aún más contra mí y pude ver cómo se le entornaban los ojos.

—¿Te gusta?

—Me gusta... —Su voz sonaba estrangulada por suspiros de placer.

—¿Qué te parece esto? —Le solté el culo para abofetearla y ella volvió a inclinarse hacia delante con el impacto.

—También me encanta...

—No quiero hacerte daño.

—Estás muy lejos de hacerme daño. —Frotó su espalda contra mi pecho, pidiendo más.

Volví a morderle la oreja y sus músculos se contrajeron contra mi verga. Era tan delicioso que cada vez parecía más difícil seguir siendo racional.

La saqué y la hice girar, sentándola en el sofá, tiré de ella hasta el borde y volví a penetrarla. Janete escondió la cabeza en el pliegue de mi cuello y volvió a abrazarme mientras yo tiraba de ella hacia mí, reanudando los movimientos de vaivén

Me di cuenta de que lo estaba disfrutando de verdad cuando cruzó las piernas alrededor de mi cintura y acercó mi cuerpo al suyo. Era un poco más difícil moverse, pero la cercanía de nuestra piel lo hacía más agradable.

Tiré de su cara para que pudiéramos besarnos de nuevo mientras mi verga palpitaba, más caliente, más enérgica. Intenté detenerme, pero era demasiado bueno para no acabar. Apoyé ambas manos en el asiento del sofá mientras eyaculaba dentro del preservativo.

En cuanto me recuperé, separé un poco más las rodillas y agarré las piernas de Janete, poniéndolas sobre mis hombros y haciendo que llevara su vulva a mi boca. Chupé su clítoris, sus labios vaginales y le metí la lengua con ansia, mostrando toda mi excitación hasta hacerla acabar.

Cuando se desplomó en el sofá, me alejé.

—¡Guau! —suspiró, con la frente brillante de sudor—. Eso estuvo muy bien.

—¿Creías que no lo estaría?

—En realidad, tengo ganas de probar todo contigo. —Me guiñó un ojo.

Fui a tirar el condón y cuando volví me acercó a ella y se acurrucó en mi regazo como una gatita astuta.



Janete

Capítulo treinta y nueve

Desperté con el sonido de mi celular sonando y salí de los brazos de Jason. Nos habíamos quedado dormidos en el sofá y ni idea tenía de cuántas horas habían pasado.

—¿Qué pasó? —gruñó él al abrir los ojos.

—No sé. —Bostecé mientras abría mi bolsa y sacaba el celular.

Aún somnolienta, ni me fijé en qué número aparecía en la pantalla antes de contestar.

—¿Janete, dónde estás? —La voz de mi mamá sonaba molesta.

—¿Mamá?

—¿Sabes qué hora es? —Se notaba que estaba bastante enojada.

—No…

—¡Janete!

—Me quedé dormida, mamá.

—¿Dormida dónde?

—En el hotel donde Jason se está quedando.

—Tienes que regresar a casa.

Me quité el móvil de la oreja y miré la hora. Eran más de las tres de la madrugada y no quería irme.

—¿Estás segura de que quieres que regrese a casa sola a esta hora?

—No deberías haber dejado que se hiciera tan tarde.

—Mamá…

—No tienes idea del miedo que pasé cuando desapareciste así.

—Lo sé, mamá, pero estoy cerca, en un hotel en Savassi, y escuchas mi voz para saber que

estoy bien.

—Aun así, ese hombre…

—No me va a hacer daño.

—Ojalá tuviera esa seguridad.

—Voy a estar bien.

—Está bien, pero regresa por la mañana.

—Está bien, mamá. Buenas noches.

—Buenas noches, Janete. —Colgué la llamada.

—Tu mamá parece enojada —comentó Jason.

—Solo estaba preocupada porque no he regresado a casa.

—¿Vas a ir ahora?

Negué con la cabeza y él sonrió.

—Quiero quedarme contigo el resto de la noche.

—Es una buena noticia.

Se levantó y me dio un beso, haciéndome suspirar con el cariño de sus manos acariciando mi cuerpo desnudo.

—Sí…

Estaba cansada, pero podría hacer un esfuerzo si él quería tener sexo de nuevo. Las sensaciones de su contacto y, sobre todo, el orgasmo, me hacían olvidar el dolor de mi estómago.

—Voy a pedir algo para comer. —Se acercó al teléfono.

El hotel estaba acostumbrado a recibir turistas y Jason se estaba comunicando en su propio idioma.

Aún tenía el celular en la mano y noté que mi mamá no era la única que había intentado hablar conmigo. Mi amiga Giovana también me había mandado mensajes. Después de que

regresé, no podía creer la locura por la que había pasado y parecía más traumatizada que yo.

Giovana:

Sabe que si necesitas hablar, estoy aquí. No puedo imaginar todo lo que viviste, pero quiero ayudarte.

Janete:

Él vino a verme.

Estoy en un hotel, por eso no respondí.

Giovana:

¿Él? ¿Quién? ¿El americano que te rescató de los bandidos?
Ni siquiera puedo creer esa locura que me contaste.

Janete:

¿Por qué estás despierta? ¡Son las tres de la mañana!

Giovana:

Me quedé viendo capítulos de una serie nueva. Luego te la recomiendo.

Janete:

Está bien.

Giovana:

Pero cuéntame bien, ¿cómo que estás con él?

Janete:

Él vino a Brasil a verme.

Giovana:

¿Así de sorpresa?

Janete:

Admito que lo llamé varias veces, pero nunca pensé que realmente vendría.

Giovana:

Quiero conocer a ese tipo.

Janete:

Vamos con calma.

Giovana:

¿Ya le contaste que soy tu mejor amiga?

Janete:

Jason ya tuvo que lidiar con mi familia hoy.

Giovana:

Imagino que deben estar desesperados.

Janete:

Sí, pero me gusta él.

Giovana:

Yo también tendría miedo si fuera tus padres.

Janete:

Pensé que eras mi amiga.

Giovana:

Por eso mismo, quiero lo mejor para ti.

Te secuestraron, te degradaron, y casi terminas como prostituta en otro país.

Janete:

Afortunadamente, lo último no pasó.

Giovana:

Y no queremos que pase.

Janete:

Sería mentira si dijera que no tengo miedo de encontrarme con Anastácia o cualquiera de esos tipos de nuevo en la esquina de mi casa, pero con él me siento segura.

Giovana:

Solo no quiero que confíes en la persona equivocada otra vez, amiga.

Janete:

Lo sé.

Giovana:

Si crees que él es bueno, apúrate a presentármelo.

Janete:

Lo vamos a planear.

Giovana:

Perfecto.

Ahora necesito dormir para poder trabajar mañana temprano.

Janete:

Buenas noches.

Giovana:

Igualmente. Si es que vas a dormir…

Reí con su último mensaje y suspiré cuando Jason rodeó mi cintura y besó mi cuello. Sabía ser cariñoso conmigo y me encantaba esa parte.

—Pensé en pedir pizza, pero me acordé de tu estómago, así que mejor vamos a comer sopa.

—Creo que la sopa está bien. —Me giré hacia él y sonreí.

—¿Todavía estás hablando con tu mamá? —Señaló el celular en mi mano.

—No, con mi mejor amiga. Ella quiere conocerte.

—¿Quiere?

—Será divertido.

—No sé…

Se puso visiblemente tenso, así que me giré, busqué su mirada y rodeé su cuello con mis brazos, sonriendo de forma dulce para derretir el hielo que él estaba poniendo a su alrededor.

—La gente no me quiere, Jane. —Sujetó mi rostro con ambas manos y soltó un suspiro largo y profundo.

—Eso es mentira —le respondí.

Jason negó con la cabeza, sin aceptar mis palabras.

—Solo no dejas que la gente te quiera. —Deslicé una mano por el cuello de su camisa y toqué su pecho con el dedo índice, justo donde está el corazón.

Él me agarró la muñeca, apartó mi mano y desvió la mirada, aún con dudas sobre la idea de llevar una vida diferente a esa solitaria y apartada a la que se había acostumbrado.

—Solo no quiero que la gente piense…

—La gente solo va a pensar que tengo un novio guapo.

Me acarició la cara con el pulgar y mi corazón dio un salto cuando una sonrisa apareció en sus labios finos. Eso era algo que no podía negar. Jason era más guapo que cualquier hombre con el que había estado, ese estándar americano que destacaba en las películas y series estaba justo frente a mí. Alto, fuerte, con el cabello rubio y corto, y unos ojos verdes en los que fácilmente me perdería. Sin embargo, no era exactamente su belleza lo que más me llamaba la atención, sino

todo lo que habíamos vivido juntos. Teníamos una historia que nunca sería superada. La forma en que me salvó me hizo sentir que también lo había salvado.

—Está bien. —Finalmente, asintió.

—¿Vas a conocer a mis amigas?

—Sí.

—¡Ah, gracias! —Lo abracé fuerte y le di algunos besos, pero antes de hacer algo más, alguien tocó la puerta del cuarto y Jason se apartó para ir a atender, recibiendo nuestras sopas.

Siempre decían que después de la tormenta viene la calma, y yo creía que finalmente estaba viviendo esa fase. Después de todo lo terrible que había pasado, el destino me dio algo lo suficientemente bueno como para no sentir miedo cada vez que recordaba aquella experiencia tan traumática.



Jason

Capítulo cuarenta

Por la mañana, Janete dejó el hotel y volvió a casa.

Si dependiera exclusivamente de mí, nunca se alejaría de mi lado, pero necesitaba ser más racional porque, de hecho, quería complacerla.

Tenía que admitir lo desesperante que era la situación, ya que no sabía cómo agradar. Siempre era el odiado, el irresponsable. Cuando era más joven, aún en el colegio, mis notas nunca eran suficientes, ni mis actividades extracurriculares. Todo lo que hacía, no importaba cuánto me esforzara, era insuficiente. Siempre tenía que ser mejor para que mi padre se sintiera orgulloso de mí, pero fracasaba. No era tan increíble como John, ni tan mediático como James.

Me había esforzado, había dado lo mejor de mí, pero de fracaso en fracaso, acabé aceptando que mi rol en la familia era ser el desencanto.

Con Janete no quería fallar, por eso mi miedo se volvía aún mayor, al punto de hacer que mi corazón doliera. Podría ser que nunca fuera suficiente para ella, para su familia y sus amigos.

Si descubrían que era un drogadicto de mierda, no nos aprobarían juntos, y en el fondo, ni siquiera podría contradecirlos. Si mi propia familia me veía como un fracaso, ¿cómo podría agradar a la familia de la mujer de la que estaba enamorado?

Me froté los ojos, tratando de luchar contra las lágrimas que pesaban sobre mis pestañas. Aspiré hondo, pero el nudo en mi pecho era tan grande que al final perdí esa batalla.

Di unos pasos tambaleantes hacia atrás y me senté en un sillón en una esquina de la habitación del hotel. Traté de respirar más profundamente, porque esa angustia que oprimía mi diafragma estaba dificultando el movimiento.

Quería ser mejor para que la familia de mi chica creyera que valía la pena, pero seguía viéndome como el desgraciado que me había convertido.

Me froté los ojos con más fuerza y solo conseguí dejarlos aún más adoloridos.

Sabía que había una forma de deshacerme de ese dolor insoportable en el pecho, la misma

herramienta de escape que había encontrado durante los últimos casi quince años. Era mucho más fácil así: un solo pinchazo y todo se iba. Sentía éxtasis y paz, aunque duraran solo unos momentos.

Aceptaba que era un débil, un cretino y un idiota, pero drogarme era la forma egoísta en la que paraba de sufrir. La heroína era mi refugio, mi consuelo...

Había hecho una promesa...

Esas palabras retumbaban en mi cabeza como campanas. Para empezar a ser digno de Janete, al menos tenía que cumplirla, enfrentar ese dolor de la manera más difícil y mantenerme alejado del vicio.

No podría drogarme de nuevo, porque de seguro no la merecería si lo hacía.

Para demostrarle a los demás que era una buena opción para ser su novio, tenía que empezar a hacerlo por mí mismo.

Mi celular comenzó a vibrar y me levanté del sillón para agarrarlo de la mesa de centro y ver quién era.

Janete:

¿Podemos vernos dentro de poco?

Jason:

Sí.

Janete:

Giovana conoce un restaurante que dice que está muy bueno. Nunca he ido, pero creo que podríamos arriesgarnos.

Jason:

Si no me he muerto hasta ahora, no creo que un poco de comida local me mate.

Janete:

Tonto. Jajaja. Quiero que estés bien vivo conmigo.

Jason:

Lo estaré.

Janete:

Genial.

Jason:

¿Dónde está el restaurante?

Janete:

Te mando la dirección y nos vemos allá.

Jason:

Perfecto.

Unos minutos después, me envió un mensaje y me cambié para encontrarme con ella. Hablar con Janete me aligeró un poco la angustia. Estar ahí, lejos de todo lo que representaba mi vida, era una posibilidad de conocer otra versión de mí.

Me puse una camisa polo y unos pantalones de jeans antes de pedir un coche por la aplicación del celular. Gracias a la modernidad, era fácil elegir el destino y la ruta, incluso sin hablar el idioma del conductor o de las otras personas en la ciudad.

Menos de media hora después llegué al lugar indicado. La entrada del restaurante era rústica, con una estructura de madera oscura y brillante, y unos candelabros que recordaban a las tabernas de las películas. Entré y una mujer me recibió en la puerta, pero dijo unas palabras que no entendí. Entonces, vi a Janete en una mesa y ella me hizo señas.

Le señalé a la recepcionista la mesa con las chicas y ella hizo un gesto para que la siguiera.

Una de ellas era negra y la otra tenía rasgos latinos mucho más marcados, con una piel más rojiza, y las dos sonrieron ampliamente cuando me detuve junto a la mesa.

—¡Vaya! —exclamó una de ellas, observándome de pies a cabeza.

Janete se levantó, le dijo algo a ellas y puso la mano en mi hombro, inflando el pecho en señal de satisfacción. Mostró orgullo por tenerme ahí y eso me hizo feliz.

—¿No hablas portugués? —preguntó una de ellas en mi idioma.

Hice un gesto negativo.

—Mucho gusto, soy Giovana.

—Mucho gusto. —Extendí la mano para estrechar la suya.

—¿No tienes un hermano para presentar? —bromeó la otra, que seguía sentada en la mesa, recibiendo una mirada reprobatoria de Janete.

—Mis hermanos son mucho mayores que yo y ya están casados.

—Qué pena.

—¡Clarice! —Janete torció los labios.

—No costaba nada intentarlo. —Encogió los hombros.

Ellas estaban siendo amables conmigo. Tal vez mi miedo era un tanto injustificado y en el fondo esperaba que fuera así.

Me acomodé junto a Janete en la mesa de cuatro sillas y las otras dos se sentaron frente a nosotros. Se esforzaron por hablar con nosotros en mi idioma, aunque se confundían un poco con las palabras. Fueron amables e incluso hicieron varias bromas, lo que me permitió relajarme un poco y sentirme más cómodo con la situación.



Janete

Capítulo cuarenta y uno

Estábamos de pie en la acera cuando me apoyé en él y le pasé la mano por el pelo, sintiendo una cicatriz en la frente y subiendo por las suaves hebras, rizándolas.

—Ves, no me dolió.

—¿Por qué iba a doler? —Entrecerró los ojos y me miró con una expresión confusa que me hizo reír.

—Es nuestra forma de decir que la situación no era tan terrible como parecía.

—¡Ah, ya entiendo! —Se mordió el labio inferior de tal manera que no tuve más remedio que besarlo.

—¿Crees que les he caído bien a tus amigas? —preguntó, mirándome de nuevo mientras me alejaba.

—¿Bromeas? ¡Te querían!

—Quizás no tanto.

—¡Oye! —Le di una palmada en el hombro—. Seamos un poco más optimistas.

—De acuerdo. —Me agarró el mentón, pero antes de que pudiera acercarme para darme un beso más largo, el coche que habíamos pedido vino a nosotros y el conductor asomó la cabeza, llamando a Jason por su nombre.

—¿Vamos? —Le tomé la mano y mi novio asintió.

Era sábado y ya les había dicho a mis padres que me quedaría con Jason. Por mucho que no les gustara la situación, por miedo a todo lo que ya había pasado, no había argumentos contra los hechos. Todo lo que Jason había hecho desde que se cruzó en mi camino era cuidar de mí y cada vez estaba más segura de que así sería siempre.

Yo no era una experta en las atracciones turísticas de la ciudad, normalmente iba con las chicas a bares y fiestas, pero decidí llevarlo a la laguna. Fue increíble pasear de la mano mientras

él se fijaba en todo y hacía algún que otro comentario.

Jason estaba demostrando ser un novio mucho mejor de lo que había imaginado. Me besaba, me abrazaba y yo quería que aquel momento durara para siempre.

Ya había caído la noche cuando regresamos a la habitación del hotel donde se alojaba. Entramos en la habitación y él cerró la puerta tras nosotros antes de acercarse a mí.

—¿Quieres comer algo?

—Ahora no. —Jadeé mientras le agarraba del cuello de la camisa y tiraba de él para acercarlo.

Jason empujó la pared que teníamos detrás y bajó la cabeza para acercar su boca a la mía. Suspiré antes de que su lengua se introdujera entre mis labios. Tenía muchas ganas de más y su contacto era suficiente para que todo mi cuerpo palpitara.

Froté mis labios contra los suyos e incliné la cabeza hacia atrás, pegándola contra la pared y cerrando los ojos mientras sentía cómo trazaba un camino de besos, mordiscos y chupetones por mi cuello que me dejaban caliente y fría al mismo tiempo.

Me estremecí cuando bajó las manos y me agarró el culo, haciéndome girar sobre sus palmas, con mi vulva palpitante, deseosa de más.

Su boca trazó el contorno de mis pechos por fuera del escote de mi blusa y lamió el valle entre ellos. Me despatarré contra la pared y él encajó su pierna entre mis muslos, frotando sus jeans contra los míos y aumentando aún más mi pulso. Jason movió la cabeza y volvió a besarme en la boca, mordisqueándome y apretándome los labios de la forma más deliciosa.

Le rodeé la cintura con las manos y le quité la camiseta. Jason se apartó solo para levantar los brazos y dejar que se la quitara. Sin preocuparme de dónde caería, la tiré a un lado. Le toqué el pecho, recorrí sus músculos y solo sentí que mi calentura aumentaba aún más cuando volví a mirarlo a los ojos. Eran tan intensos que me dejaron completamente sin aliento.

Quería sumergirme en él, quería que Jason se hundiera en mí y pudiéramos estar juntos para siempre. Lo que sentía cuando tenía sexo con él era tan intenso e increíble.

Me quitó la blusa y el sujetador y volvimos a besarnos. El roce de mis pezones rígidos e

hipersensibles contra su pecho firme no hizo sino excitarme aún más. Sus pesadas manos me rodearon la cintura, me bajaron la cremallera y me bajaron los pantalones hasta el tobillo.

Las bragas eran la única prenda que me quedaba, pero solo parecía formar parte de su juego, porque cuando volvimos a besarnos, Jason me tomó la pierna y se la puso alrededor de la cintura, pasando una mano entre nuestros cuerpos. Frotó con los dedos la fina tela de mis bragas, sintiendo la humedad que las recorría, y luego apartó el elástico, tocando directamente mi clítoris.

Dejé escapar un gemido ahogado mientras apretaba los labios vaginales y me frotaba contra su mano, pidiendo más, mientras él me pasaba los dedos por la entrada y el clítoris. Mi vagina se abría cada vez más y lo único en lo que pensaba era en separar las piernas todo lo posible para que él tuviera acceso total.

—Jason... —Dejé escapar su nombre mientras movía los labios, adormecida por la necesidad de placer.

—¿Quieres que pare?

—No, no... —Incliné la cabeza hacia delante y mordí su hombro, contrayéndome por la necesidad de más.

Rodeé sus hombros con los brazos, apretándole con fuerza y enterré la cabeza en su cuello, jadeando y suspirando por el aroma varonil de su piel y el perfume importado que no podía distinguir

Jason deslizó un dedo dentro de mí y me contraje toda, mi necesidad y mi deseo se hicieron aún más intensos. Le mordí el cuello, la oreja y la mandíbula cuadrada mientras me metía y me sacaba el dedo, mojándome aún más.

Era lo suficientemente delicioso como para que me dieran ganas de restregarme sobre él, pero deseaba mucho más su dedo dentro de mí.

—Jason...

—¿Qué pasa? —Apartó la mano y me sujetó el interior del muslo, manteniéndome abierta para él.

—Te necesito.

—No te entiendo… —Me lamió la oreja, jugando conmigo.

—Te quiero a ti.

—Pero aquí estoy…

—Ya sabes a lo que me refiero...

—¿Esto quieres? —Volvió a deslizar el dedo, rozando el punto más placentero de mi canal e instándome a contraerme aún más.

Esa necesidad insana me estaba secando la boca y acelerando el corazón.

—Tu verga —admití, demasiado excitada para sentir vergüenza—. Quiero tu verga.

Jason tomó una de mis manos de alrededor de sus hombros y la colocó sobre el bulto formado en sus pantalones, dejándome sentir que él también me deseaba.

Lo palpé y apreté antes de abrir la cremallera y sacarlo de la ropa interior para poder tocarlo directamente. Las venas abultadas, la textura esponjosa. Pasé los dedos por el líquido que había brotado en el glande y acaricié toda la cabeza de su verga. No quería pensar demasiado, solo meterla dentro de mí lo antes posible.

Jason tuvo un poco más de paciencia, rebuscó en su billetera y sacó un paquete de condones, lo abrió y me lo entregó. Con los dedos temblorosos de ansiedad, lo deslicé a lo largo hasta que encajó en la base.

Levanté la cabeza, buscando su mirada cuando Jason acercó su cintura y lo ayudé a acomodarse dentro de mí. Le pasé las uñas por la espalda y volví a abrazarlo cuando Jason se echó hacia atrás para empujarme.

Siguió sujetándome el muslo con una mano y con la otra me tomó la cara para que nos besáramos. Su cuerpo me apretaba contra la pared con cada movimiento. Era delicioso sentir su pecho sobre mis tetas.

Jason era más alto que yo, pero no mucho, lo que hacía que estar de pie fuera cómodo. Tenía acceso a todo mi cuerpo, igual que yo al suyo.

Se movió hacia atrás y ni siquiera esperé al siguiente empujón para llevar mi cuerpo al suyo. Mi mayor instinto fue aumentar la intensidad con la que chocábamos.

Su mano bajó de mi cara y me agarró la pierna que estaba en el suelo, levantándome y equilibrándome sobre sus brazos. Le rodeé la cintura y el cuello con los brazos, mientras él ponía las manos en mi culo para moverse más deprisa.

Mi espalda chocaba contra la pared y mis pechos se frotaban contra él mientras Jason empujaba deliciosamente dentro de mí. Quería más, más y más... Hasta que mi cuerpo alcanzó su punto máximo.

La posición en la que estábamos permitió que mi clítoris rozara su pubis y aumentó aún más mi placer. Hundió sus dedos en mí, presionando contra mi piel, y sentí la fuerza de su semen dentro del preservativo. Ansiosa por unirme a él, me aferré a sus hombros y continué moviéndome arriba y abajo, ya quedaba poco y pronto encontré también el orgasmo, recostándome contra él aún en sus brazos mientras todo mi cuerpo vibraba.

Estaba tan bueno que podría tener sexo con él durante días. Solo que no sabía si mi cuerpo tendría aliento para ello, pero podía hacer el esfuerzo.

Me bajó y respiró hondo antes de darme otro beso.

—¿Qué quieres cenar?

—Pizza.

—Genial, pues pizza entonces. —Me sonrió y fue a pedir.



Jason

Capítulo cuarenta y dos

Si dependiera solo de lo que sentía, tal vez nunca saldría de Brasil. Podría quedarme allí con ella, empezar una vida diferente, pero necesitaba un plan. Aún tenía la discoteca y otras cosas que me ataban a los Estados Unidos.

No podía quedarme en un hotel dejando que los días pasaran sin decidir qué rumbo darle a mi vida.

Cuando abrí la puerta de mi apartamento, me di cuenta de que estaba limpio y olía a lejía. Mi madre seguramente había mandado a la persona de la limpieza a arreglar todo. Aunque las cortinas estaban abiertas y el lugar parecía más aireado e iluminado que de costumbre, con todos los muebles en su lugar, me pareció terriblemente vacío porque ella no estaba allí.

Había dejado a Janete a miles de kilómetros y mi hogar ya no era el mismo sin ella. No quería ser precipitado, aunque mis instintos eran difíciles de controlar.

La semana que había pasado con ella fue la mejor en muchos años. Nunca había sonreído tanto ni me había sentido tan feliz y cómodo.

El sexo tranquilo, el cariño, las veces que salíamos juntos y solo hablábamos de trivialidades. Quería mucho más de eso...

Mi celular comenzó a sonar, interrumpiendo mis pensamientos, y atendí con la esperanza de que fuera ella.

—¡Hola!

—¿Jason?

—Ah, mamá. —Gran parte de mi entusiasmo se desvaneció cuando me di cuenta de quién era.

—¿Ya volviste a casa? ¿Está todo bien?

—¿Cómo sabes que volví? —Entré en modo defensivo.

—Le pedí al portero que me avisara cuando te viera.

—Estoy bien. —Mi tono se fue endureciendo.

—¿Estás seguro?

—Bueno, estaba mejor allá...

—¿Ella vino contigo? Me gustaría verla.

—No. Volví solo.

—¡Ah! —Pareció decepcionada—. Podemos ir juntos cuando regreses para verla.

—Mamá, nunca te pedí nada, pero por favor, no lo arruines todo.

—Hijo... —murmuró, sin saber qué más decir.

—Quédate lejos.

—Solo quiero poder ayudar.

—Déjame hacerlo a mi manera.

—Está bien. —Finalmente aceptó—. Si necesitas, aquí estoy.

—Gracias. —Hice una breve pausa, y cuando me di cuenta de que no sabía qué más decir, decidí cerrar el tema—. Tengo que colgar ahora, tengo cosas que hacer.

—Un beso, hijo.

—Otro para ti.

Guardé el celular en el bolsillo y tomé una respiración profunda, echando la cabeza hacia atrás. Regresar a casa era extraño y traía de vuelta viejas angustias.

Quedarme en ese rincón sombrío y aislado de mi vida me recordaba al Jason que solía ser, el rebelde y problemático que se destruía poco a poco cada día...

Sabía que, siendo como era, no podría hacerle bien a Janete porque no me hacía bien a mí mismo.

Fui a la cocina y abrí la nevera, encontrando varias botellas de cerveza. Las agarré todas y

las tiré al bote de basura, cerrando la tapa sin pensarlo dos veces, y luego me serví un vaso con agua del grifo.

La adicción estaba por todos lados, y superar la heroína no era mi única dificultad, porque cuando la angustia me golpeaba, parecía necesario encontrar algo para hacerla desaparecer.

Me apoyé en la barra que separaba la cocina de la sala y puse el vaso frente a mí, observando el poco de agua que quedaba en él. Respiré y exhalé, recordando los antiguos ejercicios de meditación que aprendí en una de las muchas clínicas de rehabilitación por las que pasé.

El celular vibró de nuevo y sonreí al ver un mensaje de Jane.

Janete:

¿Ya estás en tu casa?

Jason:

Sí.

Janete:

Qué bueno.

Jason:

No tanto.

Janete:

¿Por qué?

Jason:

Es raro estar sin ti.

Janete:

Mis padres temen que regrese a los Estados Unidos.

Jason:

Si fuera ellos, yo también tendría miedo.

Janete:

Ya te extraño.

Jason:

Yo también.

Janete:

Estoy aquí, aunque no esté cerca.

Jason:

Eso me calma.

Janete:

Llámame si necesitas algo.

Jason:

Está bien.

¿Qué piensas hacer hoy?

Janete:

No sé. Tendría que buscar trabajo, pero después de lo que pasó no sé si debería.

Jason:

Imagino que no todas las agencias de modelaje están involucradas en trata de personas.

Janete:

¡Claro que no! Pero me da miedo toparme con alguna de esas otra vez.

Mi madre me está animando a ir a terapia, pero aún no sé si me siento cómoda con

eso.

Jason:

Será bueno.

Janete:

¿Tú lo has hecho?

Jason:

Nunca fui muy constante con ningún tipo de tratamiento.

Janete:

Puede ser bueno ahora.

Jason:

Sí.

Está bien si no te sientes lista para continuar con tu trabajo, fue muy difícil, pero también puedes intentarlo si quieres.

Estoy seguro de que conoces agencias y personas con las que has trabajado y en las que confías.

Janete:

Sí, hay algunas.

Jason:

Cuando sientas que puedes, intenta mandar un mensaje.

Janete:

Lo haré.

Jason:

Genial.

Si necesitas dinero, pídemelo, tengo lo suficiente.

Janete:

No te preocupes. Mientras esté con mis padres, no me faltará lo necesario.

Quisiera estar besándote ahora.

Jason:

Yo también.

Janete:

Dime que vas a volver.

Jason:

Tan pronto como pueda.

Janete:

Te esperaré con ansias.

Jason:

Tengo que resolver algunas cosas.

Janete:

Está bien. Hablamos después.

Te amo.

Jason:

Yo también te amo.

Decir esas palabras tan naturalmente a alguien me parecía imposible.

Realmente amaba a Jane y ese sentimiento me alejaba de la versión más destructiva de mí mismo, permitiéndome ver el mundo desde una nueva perspectiva. Querer estar con ella me dio un propósito y una razón para seguir siendo yo y estar vivo.



Janete

Capítulo cuarenta y tres

Por más que mis padres estuvieran preocupados por mi relación con Jason, el tiempo que él pasó cerca de nosotros sirvió para que comenzaran a darse cuenta de lo bien que me hacía.

La forma en que nos conocimos no fue la mejor, pero nuestros caminos se cruzaron en el momento exacto en que más lo necesitábamos, y esa era la parte más importante. Después de esa pesadilla horrible, estábamos despiertos y en los brazos del otro.

Estaba sola en casa porque mis padres se habían ido a trabajar. Me levanté inquieta, con hambre, y fui a la cocina. Abrí la nevera y vi un recipiente con trozos de un pastel de chocolate con salsa que mi mamá había hecho. Lo tomé y me senté en la mesa de la cocina.

La primera mordida me hizo suspirar. Mi mamá siempre hacía pasteles deliciosos, y este era uno de mis favoritos. Comí uno, dos, tres pedazos... Cuando me di cuenta, solo quedaban algunos pedacitos en el recipiente, pero estaba tan rico que no pude resistir.

Lavé el recipiente en el fregadero y tomé un vaso de agua del filtro de barro que estaba sobre la mesada, al lado del horno.

Pensé en la conversación que había tenido con Jason sobre buscar trabajo con las personas con las que ya había trabajado antes y en quienes confiaba. Sin embargo, sería difícil ser aceptada si no dejaba de comer como un dragón.

Mi conciencia me pesaba, y me sentí fatal por haberme comido todo ese pastel sola. Sabía que iba a engordar unos dos kilos solo con ese chocolate y todos esos carbohidratos.

Dejé el recipiente en el escurridor del fregadero y fui al baño. Cerré la puerta, aunque estaba sola, y me arrodillé frente al inodoro. Metí el dedo en la garganta y el vómito fue casi inmediato, haciendo que mi estómago se vaciara y el pastel terminara en las cañerías.

Necesitaba dejar de comer, sobre todo esas cosas tan llenas de calorías, pero no podía resistirme.

Me enjuagué la boca en el lavabo, tratando de quitarme el sabor ácido del estómago, y me

cepillé los dientes antes de tirar de la cadena, ocultando las señales de mi crimen.

No quería que mis padres, mis amigas, y mucho menos Jason, supieran lo que hacía después de comer en exceso. Nunca podrían entenderlo.

Mi cuerpo era importante para mí. No quería engordar, mucho menos dejar de ser bonita.



Jason

Capítulo cuarenta y cuatro

Estacioné mi coche en el lugar de siempre frente a la discoteca y subí en el ascensor hasta la oficina. Estaba ajustando las mangas de mi camisa de vestir debajo del saco negro cuando el gerente entró para hablar conmigo. Después de varios días desaparecido, tenía varios temas pendientes y puntos por aclarar.

—Bienvenido de vuelta, señor Vaughn —dijo.

—Gracias.

Él sacó una silla y se sentó frente a mi escritorio, abriendo una carpeta llena de papeles.

—Tenemos que renovar esta semana el contrato con nuestro proveedor de bebidas, pero quiere un aumento del doce por ciento en el precio actual.

—¿Doce?

—Afirmó que ha habido un aumento general en el mercado.

—Doce es demasiado.

—Eso mismo le dije.

—Entonces, intenta negociar una cifra más baja o busca otro proveedor. Un aumento de esa magnitud podría afectar mucho las ganancias de nuestro club.

—Sí, señor.

Por más irresponsable e inconsecuente que me consideraran siempre, yo sabía cómo administrar ese lugar durante años y ganarme mi dinero, sin que estuviera ligado a las batas blancas ni a los estetoscopios de los Vaughn. Sin embargo, aunque sabía que era bueno en eso, ya no estaba tan seguro de si era lo que debía seguir haciendo. Las drogas, el alcohol y todo tipo de tentaciones seguían estando por todos lados.

El Éden, más que todo en el mundo, representaba al hombre que solía ser.

El gerente comenzó a hablar de otros temas, detalles administrativos y burocráticos del

club, mientras mi mente vagaba, se alejaba y volvía, pero no compartí mis pensamientos con él.

Después de nuestra reunión, fui al piso de Avaricia porque el administrador del casino quería hablar conmigo para presumir sobre la instalación de las máquinas tragamonedas que yo había sugerido. De hecho, habían aumentado las ganancias del lugar.

—Si me permite —dijo, señalando algunos espacios en las esquinas del salón—, creo que podríamos agregar unas cuatro más.

—Primero necesitamos que las nuevas máquinas cubran sus costos, ¿no cree?

—Sí, claro —dijo, sonriendo nerviosamente mientras se acomodaba la camisa—. Pero será a corto plazo, eso le puedo asegurar.

—Perfecto.

De repente, sentí una mano apretando mi hombro con fuerza y girándome bruscamente.

—¡Hijo de puta! —grité al ver quién era.

Antes de que pudiera reaccionar, Billy, el traficante, me soltó un puñetazo directo al ojo, haciéndome tambalear hacia atrás, casi cayendo sobre el administrador del piso.

Gruñí mientras tocaba mi rostro, sintiendo cómo el golpe dejaba mi ojo palpitando. Billy podría estar involucrado en varios delitos, pero no pensé que fuera a atacarme en mi propio territorio, sin importar el motivo.

—¿Te volviste loco, viejo? —Cerré los puños y, antes de que pudiera darme otro golpe, esquivé el suyo y lo golpeé en el estómago, haciéndolo retroceder varios pasos hasta caer sobre una mesa donde unos clientes jugaban al póker.

Se levantó, bufando de rabia, pero antes de que pudiera acercarse de nuevo, los guardias del club lo detuvieron. Cada uno de ellos agarró un brazo del traficante, impidiendo que siguiera el ataque. Billy se sacudió, enfurecido, pero era mucho más débil que ellos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Le mostré los dientes.

—Tú y esa puta fueron a la policía. No era suficiente con que la estuvieras cogiendo, también tuviste que joder mi negocio.

—¿De qué estás hablando? —Fruncí el ceño, tratando de entender.

—Sabes perfectamente de qué hablo.

Recordé un poco más. Sí, lo sabía. Janete había denunciado el secuestro a la policía brasileña, y ver a Billy tan furioso era señal de que algo había sucedido para desmantelar su operación.

—Deberías estar feliz de que aún sigues libre, pero si sigues amenazándome, eso no va a durar mucho. —Le lancé una mirada fría, sin temor.

—¿Crees que esto no va a tener consecuencias, maldito playboy?

—Saquen a esta mierda de mi club —les ordené a mis guardias, quienes asintieron con la cabeza.

—Sí, señor.

Se llevaron a Billy mientras luchaba inútilmente.

Mi ojo seguía doliendo por el golpe y probablemente se pondría morado, pero estaba ansioso por contarle a Janete la noticia. Estaría muy feliz de saber que los responsables de su pesadilla estaban pagando por lo que hicieron.

Aunque ese fuera un motivo para celebrar, ver a Billy me hizo recordar cuántos hombres como él permitía que siguieran haciendo sus negocios en mi club, pero si quería ser otro hombre, eso tenía que cambiar.

Hice un gesto al gerente, y él me siguió de vuelta a mi oficina.

—Imagino que querrá asegurarse de que ese tipo no vuelva a entrar al Éden —comenzó a decir, antes de que siquiera cerrara la puerta.

—Puedes estar tranquilo, lo voy a asegurar —respondí—. No es el único. —Ni me senté, dándome cuenta de que ya esa posición no me pertenecía.

—¿Quién más quiere que se vaya?

—Yo.

—¡¿Qué?! —Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendido por la palabra que salió de mi boca.

—No eres ingenuo, Nolan. Sabes muy bien lo que ha estado pasando aquí durante años. Billy es solo la punta del iceberg, y yo no quiero seguir siendo asociado con eso.

—Pero, señor...

—Esta es mi decisión —lo interrumpí, con voz firme.

—Entonces, ¿qué piensa hacer?

—Vamos a poner el club en venta. Ya hemos recibido algunas propuestas antes. Ponte en contacto con los interesados y verifica si aún están interesados.

—¿Está seguro? —me preguntó una vez más.

—Sí. Lo estoy.

—Bien. —Respiró hondo mientras pensaba—. Si es así, veré qué puedo hacer para concretar el negocio.

—Hazlo rápido, tengo prisa.

Asintió con la cabeza.

Después de vender el club, tendría que empezar un nuevo negocio, pero sabía que necesitaba deshacerme de todo lo que eso representaba en mi vida.



Janete

Capítulo cuarenta y cinco

Estaba acostada en mi cama con una compresa de agua caliente sobre mi estómago, para aliviar el dolor, viendo una serie en mi computadora cuando mi celular vibró a un lado de mí.

Ya eran casi las dos de la mañana, y aunque sabía que estaba tres horas adelante respecto al horario de Chicago, no imaginaba que Jason me enviaría mensajes. Sin embargo, me alegré mucho al ver su nombre en las notificaciones.

Jason:

¿Ya te dormiste?

Janete:

Aún no.

¿Estás bien?

Jason:

Aparte del golpe que me dieron en el ojo, sí.

Janete:

¿¡Cómo!? ¿Qué pasó? Jason, por favor, no me digas que te metiste con alguien que no debías.

Jason:

He estado involucrado con las personas equivocadas durante mucho tiempo, amor, pero eso se va a acabar.

El golpe fue del maldito traficante que me vende heroína desde hace años, el mismo con el que gané la partida de póker.

Janete:

¿Te pegó por dejar de consumir?

Jason:

No, me pegó porque la policía destruyó su negocio.

El tráfico de chicas.

Me quedé mirando el último mensaje y el alivio fue tan grande que casi me costaba respirar. Cuando hice esa denuncia, acompañada por mis padres, jamás imaginé que algo realmente sucedería contra esos desgraciados, pero aún así había hecho todo lo posible por recordar toda la información que pudiera ser relevante. La forma en que me abordaron, el procedimiento del visado y el viaje.

No recordaba tanto como me hubiera gustado, sobre todo porque estaba bajo los efectos de las drogas, pero saber que lo que hice ayudó a otras mujeres a no caer en la misma trampa era algo gratificante.

Jason:

¿Sigues ahí?

Janete:

Sí. Estoy feliz.

Jason:

Yo también.

Janete:

¿Y tu ojo?

Jason:

Pronto se va a poner mejor.

Janete:

Mándame una foto.

Jason:

Okay, jaja.

Me mandó una imagen en primer plano y me encogí al darme cuenta de que realmente se había puesto morado, pero parecía que no había sufrido otros grandes daños.

Jason:

Yo también me desquité, se la devolví.

Janete:

Solo quiero que ese hombre se aleje de ti.

Jason:

Haré todo lo posible para que no lo veas nunca más.

Puse el club nocturno a la venta y me voy a alejar de todos los negocios que se hacían allí.

Janete:

Jason, es tu club nocturno. ¿Estás seguro de que venderlo es una buena idea?

Jason:

Billy no es la única persona equivocada que he estado encubriendo en ese lugar. Las drogas, el alcohol y todo lo ilícito con lo que me pueda envolver seguirán siendo tentaciones si sigo a cargo de ese sitio.

Janete:

Debe ser difícil para ti.

Jason:

Lo habría sido en otro momento, pero ahora sé que es necesario.

Janete:

Eso me hace feliz.

Jason:

A mí también.

Te dejaré dormir.

Janete:

Hasta mañana, mi amor.

Dejó de enviar mensajes y abracé el teléfono, suspirando. No había ido personalmente al club nocturno, pero podía entender por qué no me había llevado. Era su negocio, lo que lo había mantenido durante años, pero verlo dispuesto a venderlo quitaba cualquier duda sobre su compromiso de dejar atrás ese pasado.

Estaba muy feliz de saber que ya no se involucraría más con las drogas ni con personas equivocadas. Esto me daba aún más certeza de que podríamos tener un gran futuro juntos.



Jason

Capítulo cuarenta y seis

Me despertó un golpe en la puerta del cuarto y me moví en la cama, viendo a mi mamá y a mi hermana mirándome.

—¿Qué hacen aquí? —Me senté frotándome los ojos con una expresión poco amigable.

—Venimos a ver cómo estás —respondió mi mamá, acercándose a la ventana para abrir las persianas y dejar que la luz invadiera el cuarto, lo que me hizo encogerme y gruñir aún más.

—¿No deberías estar descansando? —Miré a mi hermana y la pancita de su segundo embarazo, que parecía más grande con cada día que pasaba.

—Estoy perfecta.

—¿Con las recomendaciones de qué médico? —bromeé.

—Las mías propias. —Se rió.

—¿Qué fue eso? —Mi mamá dio un grito y me tomó la cara, levantándola para ver mejor mi ojo.

—Me dieron un golpe, pero pronto va a desaparecer.

—Hijo mío... —Empezó a quejarse.

—Esta vez fue por una buena razón. Uno de los traficantes se enfureció porque Janete denunció su negocio a la policía.

—¿Negocio? —preguntó Jaqueline.

Entrecerré los ojos sintiendo un dolor leve y suspiré. No les había contado a mi familia lo que había pasado, y decidí que no era el momento de hacerlo.

—Es una larga historia —resumí—. Llegué tarde ayer. —Extendí la mano para tomar mi camiseta que estaba sobre la mesa de noche—. Estaba resolviendo algunos asuntos en la discoteca.

—Ah, la discoteca. —Mi mamá volvió a resoplar, dejando claro que no le gustaba el lugar.

—La puse a la venta —dije, dejándolas sorprendidas y con los ojos bien abiertos.

—¿Qué?

—Voy a venderla.

—¿Qué te motivó a hacer eso? —Mi mamá estaba completamente confundida.

—Janete —respondió Jaqueline por mí sin pensarlo, y me dedicó una gran sonrisa—. ¿Ya se arreglaron?

—Somos novios. —Sonreí sin poder evitarlo.

—¡Qué buena noticia! —Mi hermana celebró con su típico entusiasmo.

—No creo que... —Mi mamá empezó a decir, pero antes de que pudiera terminar, recibió un codazo de Jaqueline que la dejó en silencio—. Felicidades, hijo.

—Gracias.

—¿Qué piensas hacer ahora que ya no tendrás la discoteca? —Jaqueline se sentó a mi lado en la cama y puso su mano sobre mi pierna.

—Aún no sé —admití—. Pero estoy empezando a pensar en mudarme a Brasil.

—¡No te vas a mudar a Brasil!

—¡Mamá! —Jaqueline la detuvo de nuevo.

—Se va a alejar de nosotros. ¿Cómo crees que vamos a ayudarlo si está a miles de kilómetros de aquí?

—Jason es adulto. Puede valerse por sí mismo. —Jaque dejó de mirarla y sonrió hacia mí. Su actitud me dio aún más confianza.

Quería empezar de nuevo, tenía nuevos propósitos, y estar lejos de mi familia podría ser lo mejor para mí.

Jaqueline dio un saltito sobre la cama.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Quieres sentir a tu sobrina? —Tomó mi mano y la puso sobre su gran barriga.

Me sentí completamente incómodo, pero pude notar cómo su piel se deformaba mientras el bebé se movía adentro.

Solté una risita y ella rió conmigo.

—Está bien, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Samuel debe estar feliz.

—Lo está. —Los ojos de Jaqueline brillaron de emoción, y supe cuánto el matrimonio le estaba haciendo bien.

Sabía que, más que nadie, ella era la que más merecía ser feliz.

Saqué la mano de su barriga y la puse sobre mi muslo.

—Aún me debes ese encuentro de parejas —dijo.

—Quién sabe, tal vez algún día.

A pesar de su aparición repentina en mi departamento, me alegró verlas. Aunque tenía el ojo hinchado, me sentía mucho mejor que en muchos otros momentos.

Me gustaba ser este Jason y quería seguir siendo así.



Janete

Capítulo cuarenta y siete

—¿Estás bien, hija? —Mi mamá me miró cuando salí de mi cuarto esa mañana.

No salía de casa desde hacía días y no lograba encontrar una explicación razonable para sentirme tan cansada.

Ya me había acostumbrado a la acidez en el estómago, era como si no pudiera estar sin eso. Sin embargo, la falta de aire y el cansancio eran síntomas nuevos.

—Estoy bien —dije, mientras tomaba una silla y me sentaba frente a ella en la mesa de la cocina.

Era sábado, y ella no saldría a trabajar, pero estaba concentrada recogiendo una bolsa de frijoles que había derramado sobre la mesa.

—No lo parece.

—Solo me desperté rara, pero pronto voy a mejorar.

—No te creo. —Frunció los labios y pareció molesta conmigo, aunque no entendí de inmediato cuál era la razón—. Te escuché vomitar ayer.

—Mamá, mira... —Empecé a pensar en alguna explicación que no fuera la verdad. Había provocado el vómito después de comer la pizza que mi padre había traído para cenar.

—Deberías haberte cuidado más, por más que te guste ese chico, es muy pronto para que estés embarazada. ¿Y si él nunca más vuelve?

—Mamá...

—Cansancio, vómitos... Ya tuve un hijo antes.

¿Podría ser eso?

Después de la primera vez, Jason y yo usábamos condón. Él se había puesto tenso cuando mencioné el tema de tener hijos, pero no pensaba que fuera a pasar tan rápido.

Puse la mano sobre mi barriga y todo lo que sentí fue la típica acidez de la úlcera.

—¡Janete!

—¿Sí?

—¿Vas a decirme que no estás teniendo sexo con él?

—Lo estoy... —Fui obligada a admitirlo. Si realmente estuviera embarazada, no tenía sentido esconderle esa información a mi mamá.

Ella bajó la cabeza y comenzó a masajearse las sienes.

—Termina de recoger los frijoles. —Se levantó de golpe.

—¿Por qué?

—Voy a la farmacia.

No necesitaba ser muy lista para deducir que iba a comprarme una prueba.

Fui a su silla y me fijé en lo hinchadas que estaban mis piernas. No sabía exactamente cuáles eran los síntomas de embarazo, pero si lo estuviera, podría ser demasiado pronto para sentir todo eso.

Terminé de recoger los frijoles y pasaron algunos largos minutos antes de que mi mamá regresara con el examen. Me lo entregó y me hizo un gesto para que fuera al baño.

Me sentí tensa y pensé en cómo reaccionaría Jason si supiera que sería papá. Sin embargo, me hice la prueba de todos modos. Seguí los pasos y esperé un rato, luego tomé el resultado, sin saber si sentirme triste o aliviada.

Negativo...

No estaba embarazada.

Cuando regresé a la cocina, mi mamá estaba tensa y me miraba con una expresión firme y cuestionadora.

Solo moví la cabeza, indicando que no, y le entregué el resultado. Soltó un largo suspiro de alivio cuando volví a la silla.

No estaba embarazada, pero aún no sabía qué causaba mi cansancio y falta de aire. Podría ser algo temporal y estaba esperando que fuera así. Sin embargo, si no mejoraba, tendría que consultar a un médico.



Jason

Capítulo cuarenta y ocho

Después de concretar la venta de la discoteca, firmé los papeles, hice los movimientos bancarios correspondientes, sumando el dinero a la cantidad que ya había invertido. No me faltarían recursos hasta que encontrara un nuevo negocio. Me gustara o no, yo era un Vaughn, había nacido con dinero y sabía cómo administrarlo lo suficiente como para mantener mi estilo de vida.

Había comprado un boleto de avión y estaba en camino a Brasil, sin embargo, por más que quisiera, sabía que no podía simplemente mudarme al extranjero. Al igual que en mi país, había leyes de inmigración.

Mi visa de turista me otorgaba noventa días, los cuales podían ser prorrogados por el mismo período. Casarme con Janete era una forma de solucionar eso y darme el derecho de quedarme, pero quería ir con calma.

La amaba y, aunque pensara que eso nunca sucedería, quería hacerla mi esposa, pero ya había actuado con imprudencia demasiadas veces como para no ser más asertivo. Haría la propuesta en cuanto me sintiera listo.

Janete aún no sabía que había venido con la intención de quedarme, pero se lo diría cuando estuviéramos cara a cara.

Cuando el avión aterrizó, tomé mi equipaje de mano y seguí el flujo, recogí las maletas facturadas y me dirigí a inmigración. Tan pronto como salí por los portones de desembarque, una felicidad enorme me invadió al verla esperándome.

—¡Jason! —Janete corrió hacia mí y solté la maleta para levantarla en mis brazos cuando mi novia se lanzó hacia mí.

Movió la cabeza y nos besamos sin importar quién nos miraba. Aunque habláramos todos los días por mensajes, tenerla en mis brazos era incomparable. Fue casi un mes distanciados.

Cuando se apartó, acaricié su rostro y le di un beso en la frente.

—Te he extrañado.

—Yo también. —Me dio algunos besos en la mejilla.

Las personas que nos observaban dejaron de prestar atención y siguieron con lo suyo, después de que Janete dio un paso adelante y yo volví a tomar las maletas.

Salimos del aeropuerto y tomamos un coche de aplicación hacia el apartamento que había alquilado a través de una página de hospedaje en internet. Estaba bien calificado y esperaba que fuera suficiente hasta que encontrara uno para comprar.

—Conté los minutos que faltaban para que llegaras —Janete apoyó la cabeza en mi hombro cuando nos acomodamos en el asiento trasero del coche.

—Ahora estoy aquí.

—¡Sí! —Cerró los ojos con un largo suspiro y rodeó mi brazo con el suyo.

Poco después, llegamos a la entrada del edificio, el conductor me ayudó a sacar las maletas del maletero y se despidió antes de irse.

—Me gusta este lugar —comentó Janete mientras miraba el vestíbulo, con paneles de madera y tiras de luces LED, mientras caminábamos hacia el ascensor.

—Parecía satisfactorio según las fotos en internet.

—¿Satisfactorio? —repitió ella cuando abrí la puerta del salón para que entráramos.

El lugar estaba bien decorado y era considerablemente más grande que el apartamento donde vivía con sus padres.

—Sí... —La rodeé por la cintura y olí su cuello.

—Jason... —gimió murmurando mi nombre.

—Te he extrañado. —Tiré de su cabello hacia un lado y lamí su nuca, subiendo hasta morderle la oreja, haciendo que todo su cuerpo se erizara.

La giré para ponerla frente a mí y empujé las maletas hacia un lado para poder levantarla en mis brazos. Janete rodeó mi cintura con las piernas y la cargué hasta la mesa del comedor. Era

tan liviana que la mesa ni siquiera sintió su peso.

La besé en los labios y volví a probar su cuello, haciendo que se echara hacia atrás y cerrara los ojos. Mis manos rodearon su cintura y subieron por su blusa a rayas, levantándola hasta dejarla sobre el respaldo de una de las sillas.

Bajé los tirantes de su sostén y besé cada uno de sus hombros, notando cómo su respiración cambiaba de ritmo a medida que su pecho se movía. Cuando llegué al cierre en el frente, lo abrí con los dientes y empujé la prenda hacia atrás, dejándola deslizarse por los brazos de Janete hasta el borde de la mesa.

Lamí uno de sus pezones y ella dejó escapar un gemido. Sus pechos eran pequeños, pero me volvían loco cada vez que los tenía en la boca.

Movió los pies y se quitó las zapatillas, dejándolas caer al suelo. Yo tiré de su pantalón y lo lancé junto con la tanguita.

Me acomodé entre sus muslos y volvimos a besarnos. Ella rodeó mi cuello con los brazos y tiró de mi cabello mientras nos besábamos con cada vez más deseo. No sabía si era por el tiempo que habíamos estado separados, pero su boca sabía increíblemente dulce y más sabrosa que nunca.

Sus manos empezaron a subir mi camisa y levanté los brazos para que pudiera quitármela. La ropa parecía estorbar mucho en ese momento, cuando solo quería sentir su cuerpo de la forma más salvaje posible.

Empujé sus manos para abrir mi pantalón. Puse la cartera al lado de ella, sobre la mesa, y tiré el resto al suelo. Janete tomó un preservativo, lo abrió, se inclinó para colocarlo y yo la besé nuevamente después de que se lo pusiera. La atraje por las caderas y la llevé hacia el borde de la mesa.

Gemimos juntos cuando le metí la verga. Sujeté su rostro con una mano y la besé con más furia, mientras con la otra me equilibraba sobre la mesa, permitiéndome moverme con más fuerza. Con cada embestida, su vagina se contraía deliciosamente alrededor de mi verga.

Durante el tiempo que estuvimos lejos, la extrañaba completamente, pero me había masturbado un par de veces pensando en ella.

—Extrañaba metértela. —Mordí su oreja al entrar con un poco más de fuerza y deslizarme lentamente hacia afuera.

—Jason... —Apretó mi cuello con más fuerza y comenzó a mover sus caderas, frotando su cuerpo contra el mío, demostrando que lo disfrutaba tanto como yo.

Saqué la mano de su rostro y volví a sujetar su muslo con ambas manos, cargándola fuera de la mesa y llevándola conmigo al sofá. Me senté con la espalda apoyada y Janete quedó de rodillas. Aún encajada en mí, agarré su culo y la ayudé a moverse arriba de mí.

Cada vez más rápido, cada vez más placentero, no dejé de hacerla moverse hasta que acabé. Cuando notó que había llegado al orgasmo, aún recuperándome, Janete se echó hacia atrás y me dio acceso a su clítoris para estimularla y hacer que terminara conmigo.

Friccioné con el pulgar, sintiendo los espasmos de su canal cada vez que se contraía en mi verga y pronto se inclinó hacia adelante, gimiendo fuerte, con la respiración acelerada.

Aún estábamos recuperándonos cuando la rodeé con mis brazos y subí una mano para acariciar sus cabellos suaves mientras respiraba contra mi cuello, provocando una leve cosquilla.

—Sé que acabas de llegar y no debería estar pensando en esto, pero odio imaginarme cuándo te vas.

—No me iré. —Sujeté su rostro y la hice mirarme a los ojos.

Sus ojos castaños se abrieron de par en par y Janete abrió la boca por unos segundos, pensó en lo que iba a decir, pero no pudo articular palabra.

No era exactamente la manera en la que había planeado decirlo, pero era mejor hacerlo de una vez.

—Vendí la discoteca y no hay nada que me ate a Chicago, así que pensé en quedarme aquí... al menos por un tiempo. Quiero estar cerca de ti y tal vez encontrar algo que hacer.

—¡Oh, Jason! —Me abrazó, sin el erotismo de antes, solo con cariño—. Es la mejor noticia que me podrías dar.

—¿Estás segura? —Todavía estaba un poco inseguro—. Pensé que tal vez lo estaba forzando.

—¡Claro que no! Es lo mejor del mundo saber que te quedarás aquí. —Me dio varios besos y luego apoyó la cabeza en mi hombro.

—Me alegra.

Nos quedamos así, acurrucados el uno contra el otro por un rato, hasta que me levanté para tirar el condón y me metí a bañar. Ella se metió a la ducha conmigo y, si no estuviera muriéndome de hambre, habríamos vuelto a tener sexo.

Pedí comida por una aplicación y nos quedamos en el sofá.

Janete me contó que había aceptado un trabajo y que haría algunas fotos al día siguiente. Me alegré por ella. A mi novia le gustaba la carrera de modelo y no pensaba que debía abandonarla después de lo que había pasado, sobre todo porque la policía había hecho algo.

Cuando llegó la pizza, comimos juntos, casi la mitad cada uno. Después, debido al cansancio, terminamos quedándonos dormidos ahí mismo en el sofá.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que me despertó el ruido de la puerta del baño al abrirse. Seguí con la mirada a Janete entrando al baño, pero no me preocupé. No había nada raro en eso, hasta que escuché el sonido de un vómito y me levanté casi de un salto, yendo hacia ella hasta detenerme en la puerta.

—¿Qué está pasando?

—Jason. —Giró la cabeza, sorprendida, y se tapó la boca, completamente desconcertada por mi presencia.

—¿Te sientes mal?

—Creo que la pizza no me cayó bien.

Me quedé mirándola mientras se lavaba la boca en el lavabo y trataba de recomponerse. Podría ser realmente algo en la pizza, aunque yo no me sentía mal, pero había algo que no me estaba contando.

Ella era demasiado delgada, incluso después de que empezamos a salir, la había visto comer más que suficiente para ganar algo de peso. Generalmente se excedía con los dulces y otras comidas calóricas, pero aun así solo se veía más delgada cada día que transcurría. El tiempo

que pasaba en el baño después de comer y la úlcera me indicaban algo que no me gustaba nada.

—Tienes bulimia.

—¿Qué? —Pareció sorprendida por mi suposición.

—Janete...

—Estoy bien, amor, no hace falta que actúes como médico.

—No estás bien. —Negué con la cabeza.

Aunque me doliera decírselo, yo, más que nadie, estaba acostumbrado a estar en el fondo del pozo y fingir que todo estaba bien. La mentira, cuando se repetía tantas veces, acababa siendo más fácil de creer.

Janete se recompuso y volvió a sonreírme, poniendo las manos sobre mis hombros y empujándome hacia el pasillo.

—Estoy tan feliz de que te quedes aquí. —Intentó cambiar de tema.

La tomé de las muñecas y la hice mirarme, me importaba demasiado como para dejarlo pasar.

—Jason...

—Amor... —Solté una de sus muñecas y subí mi mano a su rostro, acariciándolo.

—Todo va a estar bien.

Negué con la cabeza.

—Debí haberme dado cuenta antes. —Me culpé en voz alta.

Desde que la conocí había algo raro en ella que no solo era la droga. Siempre traté de evitar la medicina, pero si hubiera tenido un poco más de conocimiento clínico, no lo habría dejado pasar.

—¿Por qué no vamos a ver televisión? —Sonrió más ampliamente y la tentación de simplemente dejar todo pasar creció un poco, pero no podía ignorarla.

De todo lo que había en mi vida, Janete era lo más importante para mí y la razón por la que

estaba allí. Si no fuera por ella, probablemente seguiría siendo el mismo drogadicto manejando un caótico club nocturno sin importarme la vida de las personas con las que me acostaba, ni siquiera la mía.

Pensar que algo estaba mal con ella me aterraba, pero al mismo tiempo me impulsaba a luchar. Necesitaba hacer algo en lugar de dejarla desmoronarse.

La tomé en brazos y la llevé al sofá conmigo. Janete apoyó la cabeza en mi pecho y esperé a que se acomodara antes de volver a tocar el tema.

—Jane, no puedes seguir vomitando.

—Solo es cuando como demasiado.

—Ni tampoco así.

—Ya dijiste que no eres médico. —Tocó un punto que me molestaba, intentando alejarme.

Yo ya había estado en ese lugar, donde la mente es nuestro peor enemigo, pero con Janete no iba a rendirme, porque ella era mi luz al final del túnel y mi única motivación para seguir. Si ella se rendía, era muy probable que yo no aguantara mucho más.

—No soy médico —acepté—, pero soy un drogadicto y sé lo difícil que es vencer una necesidad.

—Ya no soy una drogadicta. —Apretó los dientes y trató de levantarse de mi regazo, pero la agarré más fuerte, impidiéndoselo.

—El principio es el mismo, es una necesidad mayor que nosotros.

—Solo no quiero engordar, sé que como más de lo que debería.

—Mi amor, estás demasiado delgada.

—No lo estoy. —Apretó los dientes.

Le levanté el brazo y lo expuse a la luz. Era delgado, casi piel y huesos.

—Te encuentro hermosa, pero seguiría pensándolo si pesaras el doble.

—No lo pensarías. Solo dices eso para agradarme.

—Es la verdad.

Janete negó con la cabeza, más molesta conmigo, y me irritó aún más cuando le hice la siguiente pregunta.

—¿Tus padres lo saben?

—¡No le digas nada a ellos! —Se zafó de mí y se puso de pie frente a mí, con los dientes apretados y la cara roja. Si pudiera, estaría escupiendo fuego hacia mí, y por primera vez en muchos años entendí lo que mi madre y Jaqueline pasaban cuando trataban de ayudarme.

Janete no veía el problema de la misma forma que yo tampoco.

—Está bien. —Traté de apoyarla de alguna manera—. No les diré nada si me prometes que no vas a vomitar más.

—Voy a engordar, voy a ser fea, voy a perder trabajos... —Estaba inquieta y comenzó a llorar, así que la abracé con fuerza, apretándola contra mi pecho.

—No vas a engordar.

—No puedes asegurarlo.

—¿Confías en mí? —Esa frase salió de forma automática y, en cuanto la escuché, me pareció la cosa más estúpida del mundo, porque ni yo confiaba en mí mismo, pero hizo que ella se calmara un poco.

—Confío...

—Entonces déjame ayudarte. —La besé en la cabeza.

Abrió la boca y emitió algunos sonidos inconexos, pero no formó ninguna frase. La apreté más contra mí, y Janete enterró la cabeza en mi pecho, llorando intensamente. Supuse que hasta ese momento ni ella misma podría haber sido consciente de su propio problema.

Cuando comenzó a jadear, la llevé de vuelta al sofá y la acurruqué en mi pecho durante muchos minutos, sin prisa alguna para levantarme. Solo quería que mi novia se sintiera bien, porque sabía que mi bienestar también dependía de ella.



Janete

Capítulo cuarenta y nueve

Por más que intentara convencerlo de que no era necesario, nada logró sacar de la cabeza de Jason que tenía que llevarme al médico. Pensé que los problemas que tenía con su familia serían suficientes para que no quisiera entrar a ese lugar, pero ahí estábamos, como si su apellido y sus conexiones con el Chicago Medical Center no importaran.

No creía que hubiera algo en mí que realmente estuviera afectando mi salud cuando vomitaba.

Solo no quería engordar, y parecía algo tan simple, pero no lo era...

Aceptar que tenía un trastorno alimentario ya se sentía como un desafío enorme.

Lo de la heroína no fue mi culpa, y de alguna manera fue más fácil luchar contra eso por la indignación y el miedo que me causaba. Pero esta vez, era algo dentro de mí, algo con lo que ya estaba acostumbrada desde hacía años. Incluso las molestias estomacales.

El médico del hospital colocó el aparato para medir mi presión alrededor de mi brazo mientras conversaba con Jason. Mi novio no escatimó en esfuerzos ni en términos técnicos, mientras yo me sentía culpable y acorralada.

Nadie quiere admitir que está haciendo algo mal, ni cuando se está autodestruyendo. Yo pensaba que estaría bien, no sabía que algunos vómitos podían causar tanto daño en mi cuerpo.

—Tu presión está baja y el ritmo cardíaco algo alterado.

—Necesita hacerse un ecocardiograma —interrumpió Jason, algo apurado.

—Solicitaré el examen, pero antes quiero hacer algunos otros. ¿Puedo pesarte? —me dijo con un tono un poco más calmado.

—¿Por qué querrías pesarme?

—Jane... —susurró el apodo que me había dado, con un aire de súplica.

Ya no era suficiente que hubiera encontrado a un médico de guardia que hablaba inglés, el

tipo también estaba de acuerdo con él.

Solo asentí con la cabeza.

Me parecía doloroso y hasta humillante someterme a eso. Le tenía miedo a la balanza y siempre pensaba que pesaba más de lo que debería. Que alguien me midiera y pesara me incomodaba.

Sin embargo, Jason no se rendiría hasta saber que yo estaba bien, y esa consulta médica podría ser suficiente para demostrarle que no estaba tan mal.

Dejé mi bolso en la silla frente a la mesa del médico y caminé hacia una pequeña balanza al fondo de la sala. Él movió una parte de la balanza y me midió.

—Cuarenta y ocho kilos, con un metro setenta de altura. Tienes un índice de masa corporal por debajo de lo saludable.

—Me gusta mi peso.

—Jane... —continuó mirándome seriamente.

—Solo falta que digan que estoy demasiado delgada.

—Lo estás —dijo el médico, pensativo.

—Estoy bien. —Crucé los brazos.

—¿Estás segura? —insistió él, tratando de obtener más información de la que aún no le había dado.

—Estoy cansada, me falta aire y tengo algo de dificultad para dormir, mis piernas y mi abdomen también están hinchados. Mi mamá pensó que podría estar embarazada...

Jason abrió los ojos al escuchar esa información, pero no dijo nada que interfiriera en mi consulta.

—¿Te hiciste algún test?

Asentí con la cabeza.

—Una prueba de farmacia, pero el resultado fue negativo.

—¿Qué cree que pueda ser? —preguntó Jason al médico cuando me quedé callada.

—Te pediré que te hagas algunos exámenes antes de dar un diagnóstico.

—¿Puede ser algo grave? —Me incliné hacia el médico, tensa.

—Te diré después de los exámenes. Pueden hacerse aquí mismo en el hospital —dijo, mientras llenaba algunos papeles y me los entregaba—. Luego, tráiganme los resultados para analizarlos.

—Está bien.

Nos levantamos y Jason me guió por el pasillo, con su mano en mi espalda.

Miré los papeles. Tenía un examen de sangre y otros que no sabía exactamente para qué servían, y me pregunté si no era un exceso.

—¿Realmente crees que necesito todo eso?

—Jane, sabes que es necesario. El malestar, la úlcera, y esos otros síntomas que no me habías contado.

—Pero... —Mordí mis labios y me quedé a medio hablar.

Estaba sin argumentos, y aunque no me gustara admitir que estaba enferma, los efectos eran cada vez más evidentes. Jason quería que me sintiera bien, y de alguna forma, era lo que yo también deseaba, por más difícil que fuera.

Fuimos hacia la zona de los laboratorios y entregué los papeles a una de las recepcionistas en el mostrador.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí hasta que se realizaron todos los procedimientos y recibimos los resultados para regresar con el médico. Jason miró los resultados y ya parecía saber algo, pero no me dijo nada. Aunque estaba muy curiosa, no pregunté.

Por dentro, tenía cada vez más miedo de lo que podría estar pasando y las consecuencias que tendría.

Jason entregó los exámenes al médico y se sentó en una silla frente a él para que yo me acomodara.

—Bien... —Comenzó el médico a analizar los resultados—. Por los síntomas, es lo que sospechaba.

—¿Cómo recomienda un tratamiento?

—Soy solo un clínico general, en el caso de tu novia, lo mejor sería derivarla a un especialista, o incluso a varios.

—¿Qué tengo? —Empecé a ponerme nerviosa mientras ellos hablaban sin darme detalles.

—La bulimia te ha provocado insuficiencia cardíaca. Es lo que explican los síntomas que me has descrito. Tu corazón no está funcionando como debería, y eso está causando estos síntomas. A partir de ahora, necesitarás la supervisión de varios médicos, y principalmente, de un psicólogo.

Jason asintió con la cabeza, y yo me quedé completamente paralizada. No sabía qué decir ni cómo reaccionar ante todo eso. En el fondo, aún pensaba que no había nada mal con mi comportamiento, pero saber que había afectado mi corazón me llenó de pánico.

—¿Me voy a morir? —Las palabras salieron de mi boca en un arranque de desesperación.

—Solo necesitas seguir el tratamiento.

No parecía tan confiado con lo que decía, pero Jason parecía tranquilo, y eso me ayudó a calmarme un poco.

Tomé todos esos papeles y nos despedimos del médico. Ya estábamos afuera del hospital, esperando un auto de aplicación, cuando Jason se giró hacia mí con una expresión seria, y supe que lo que iba a decirme no me iba a gustar.

—Vas a tener que hablar con tus padres.

—Ellos se van a preocupar mucho...

Sabía todo lo que Jason había vivido con su familia, y que me dijera algo así significaba que estaba muy consciente de lo que estaba pasando. Tal vez mi estado fuera más grave de lo que se atrevió a contarme.

Sentí el corazón oprimido y las entrañas retorcidas ante esa posibilidad. Esperaba que ese

día fuera para ponernos al día, para besarnos y pasar el día juntos, pero todo se descontroló.

Cuando regresamos al apartamento que había alquilado, estuvimos juntos, pero no como yo esperaba. Jason pidió algo ligero para comer y me observó atentamente. Me dio consuelo, cariño, pero no volvimos a tener sexo.

Mi novio estaba preocupado, y no tenía derecho a enojarme con él. No quería que se preocupara, pero los exámenes médicos decían lo contrario.

Bulimia...

Parecía mucho peor cuando tenía un nombre.



Jason

Capítulo cincuenta

Me desperté muy temprano por la mañana y fui a un supermercado cercano al departamento. Compré frutas, yogurt y otros ingredientes para preparar un desayuno ligero para Janete. Quería que se alimentara bien y, preferiblemente, que la comida se quedara en su estómago.

Por más que me estuviera esforzando y supiera que en su país había excelentes profesionales, no podía dejar de pensar en los resultados del ecocardiograma y en la insuficiencia cardíaca que estaba sufriendo.

Estaba lejos de tener el conocimiento necesario para evaluar su caso, pero era un hecho que ella necesitaría tratamiento, tal vez una cirugía o incluso un trasplante. La bulimia había avanzado tanto que había afectado varias partes de su cuerpo.

Sentía un nudo en el pecho que me dejaba terrible y me atormentaba por haber tardado tanto en darme cuenta. Si ella hubiera comenzado el tratamiento unos meses antes, ¿habría sido más útil?

Esa lamentablemente era una respuesta que no podía tener, pero no dejaba de sufrir por ello.

Preparé su desayuno sobre una bandeja de madera y lo llevé a la habitación justo cuando ella comenzaba a moverse y se sentaba en la cama.

—Jason... —Se estiró al mirarme.

—Buenos días. —Puse la bandeja sobre sus piernas y me incliné para darle un beso en los labios—. ¿Dormiste bien?

—Sí.

—¡Qué bueno! —Acaricié su rostro y Janete cerró los ojos, disfrutando de mi caricia.

—¿Y tú? —preguntó cuando me aparté, y me miró fijamente—. ¿Estás bien?

Me esforcé por darle la mejor sonrisa que pude y asentí con la cabeza, pero la verdad era mucho más dolorosa. Pensar que algo podría sucederle me desesperaba y me destrozaba.

Me había quedado solo por mucho tiempo y no estaba preparado para enfrentar cualquier tipo de pérdida. Janete, sin duda, era lo que más quería mantener y haría lo que fuera para que estuviera bien.

—Esta papaya tiene una pinta excelente. —Tomé una y la acerqué a sus labios.

—No tienes que engordarme de golpe. —Rió incómoda, intentando hacer una broma, pero no cayó nada bien.

—Dejemos de pensar en eso. —Bajé la mirada y la regañé con una expresión más seria—. Olvida eso de estar flaca o gorda. Solo come.

—¿Solo comer? —repitió, algo dudosa.

—Porque lo necesitas para mantenerte estable.

Asintió con la cabeza y abrió la boca para comer una fresa.

—Está dulce.

—Elegí la mejor caja que encontré. —Tomé otra y lo mojé en el yogurt antes de dárselo, animándola hasta que terminara todo lo que había puesto en la bandeja.

Ella me miraba fijamente, probablemente ni se dio cuenta, pero yo estaba alerta cuando Janete se levantó para ir al baño. Escuché cada uno de sus movimientos, temeroso de que pudiera vomitar de nuevo, al mismo tiempo que me preocupaba que mi presión y cuidado excesivo pudieran tener un efecto negativo.

Tal vez no sabía exactamente cómo actuar, pero no quería perderla.



Janete

Capítulo cincuenta y uno

Fuimos a la casa de mis padres y, aunque no quería ir, sabía que sería imposible evitar esa conversación. Ellos se preocupaban por mí y, aunque no me gustaba admitirlo, necesitaban saber que estaba enferma.

Tal vez nunca hubiera admitido que tenía un trastorno alimentario si mi salud no se hubiera visto afectada por eso. Había comido bastante en el desayuno y el impulso de vomitar, por miedo a engordar, era grande. Podrían decir que necesitaba subir algunos kilos, pero aún así seguía creyendo que eso era terrible.

¿Y si perdía todas mis oportunidades después?

¿Qué era más importante para mí, mi carrera como modelo o seguir viva? No era una pregunta tan difícil de responder, pero aún así dolía mucho.

Era un sábado y, cuando entramos en casa, mi madre estaba en algún rincón de la cocina y mi padre parecía distraído viendo un programa de televisión sobre el equipo de fútbol al que seguía.

Sorprendido, se giró hacia mí y abrió una sonrisa forzada.

—¡Janete! —Notó que Jason estaba conmigo—. No imaginé que aparecerías ahora.

Se levantó del sofá y extendió la mano para saludar a mi novio.

—Hola.

Jason sonrió y estrechó la palma de mi padre.

—¡Ah, ya están aquí! —Mi madre salió de la cocina, limpiándose las manos con un delantal y sonrió ampliamente.

En el fondo, creo que todavía tenían algo de miedo por mi relación con Jason, pero poco a poco fueron viendo que yo estaba feliz con él y no aparecieron nuevos motivos para oponerse a la relación.

—Necesitas contarles… —murmuró Jason, acariciando mi hombro.

—Lo sé.

Sí, era consciente de eso, pero al mismo tiempo no tenía idea de cómo reaccionarían mis padres cuando lo supieran. Aún no tenía el valor de contarles sobre las drogas ni todo lo que había vivido en esa maldita pesadilla.

—Hija, ¿estás bien? —Mi madre pareció percatarse de que algo no andaba bien.

La miré a ella y luego a Jason, sabiendo que no podría escapar de esa conversación.

—¿Podemos sentarnos a la mesa? —Señalé las sillas vacías.

—Podemos. —Hizo un gesto para que mi padre se levantara y los dos se acomodaron de un lado mientras Jason y yo nos sentábamos del otro.

—¿Qué está pasando? —Insistió para que hablara.

Miré a Jason y él me tomó la mano.

—Necesitas hablar.

—Lo sé. —Suspiré, y volví a mirar a mis padres.

—No me vas a decir que van a casarse, ¿verdad? —Abrió los ojos y parecía sorprendida.

—¡Mamá!

—¡Qué sé yo! ¿Qué otra cosa podría ser?

—Déjala hablar. —Mi padre la interrumpió.

—Yo... —Me quedé sin aliento y sin palabras. No quería decirlo, pero volví a apretar la mano de Jason y forcé un poco más para que las palabras salieran—. Estoy enferma.

—¿Enferma? —Se quedaron en shock—. ¿Cómo que enferma? —mi madre insistió.

—Tengo bulimia. Durante años he comido y me he provocado el vómito después.

—Pero, hija, ¿por qué hacías eso? —Mi madre se inclinó hacia mí, tomando mis manos, y solté las de Jason.

—Tenía miedo de engordar.

—Eres tan delgada...

—Eso no es todo. —Volví a respirar hondo—. Mi cansancio, el sueño, las extremidades hinchadas y algunos otros síntomas que estoy sintiendo son por culpa de una insuficiencia cardíaca que probablemente se desencadenó debido a la bulimia.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó mi madre—. ¿Sabías de esto? —Se giró hacia mi novio, pero Jason no entendió sus palabras.

—Hasta ayer no —respondí por él—. Pero me vio vomitar y me convenció de que debía ir al médico.

—¡Gracias a Dios fuiste! Hija, deberías haberme dicho que algo no estaba bien.

—No pensaba que hubiera algo malo, mamá.

Ella sacudió la cabeza en señal de desaprobación y no sabía si estaba enojada conmigo o si se culpaba a sí misma por no haberlo notado.

—¿Y cómo es el tratamiento? —Mi padre intentó pensar en lo práctico y no desesperarse con la noticia.

—Tendré que ir a varios especialistas.

—¿Cuándo?

—En cuanto reserve la consulta.

—Tienes que hacerlo pronto. Voy a preguntar a mis amigos si me recomiendan a alguien...

Mi padre siguió hablando cuando me di cuenta de que Jason se levantaba y se alejaba de nosotros, tomando el celular. No sabía si había recibido una llamada o si estaba llamando, pero con mis padres discutiendo sobre qué especialista debería atenderme, fue difícil prestarles atención.



Jason

Capítulo cincuenta y dos

Más de una década había pasado cuando ella me dio aquel número de teléfono y las posibilidades de aún tenerlo eran mínimas, pero con mi mente dando vueltas y la preocupación apretando mi pecho, necesitaba al menos intentarlo.

Aunque el número seguía siendo el mismo, las probabilidades de que me atendiera eran escasas. Yo había destrozado su vida más que la mía, y no esperaba que tuviera ninguna misericordia, pero no lo haría por mí.

—¿Jason? —Su sorpresa al otro lado de la línea no era mayor que la mía por haber sido atendido.

—Hola, Cristal...

Decir el nombre de mi cuñada hizo que todo lo que había hecho contra ella volviera a mi mente. Mi deseo de destruirle la vida a mi hermano había terminado destruyéndola también a ella.

—¡Qué descaro llamarme, hijo de puta! No sé qué carajo quieres ahora, pero ya hiciste lo suficiente por mí y por mi familia...

—No espero que me perdones algún día. Sé que no tengo derecho a pedirlo, pero pensé que tal vez me atenderías, porque John no me va a contestar de ninguna forma. No tengo mérito para pedir nada, sé que casi mueres cuando aparecí en tu boda...

—¿Esperas que olvide eso?

—Tienes todo el derecho de odiarme, Cristal.

Su voz tembló al otro lado de la línea, y podía sentir su ira a través del sonido. Gracias a mí, tuvo que criar a su hija sola y pasó años con la duda de quién era realmente el padre de la niña.

—¿Me estás llamando solo para hacerme algo más?

—No. Llamé porque eres mi última esperanza. Sé que mi hermano no haría esto. Cagué todo con ustedes, pero sé que son mejores que...

—¿Quién es, Cristal? —Escuché la voz de John al otro lado de la línea.

La llamada quedó en silencio por algunos instantes, y me imaginé que ella iba a colgarme en la cara. Y aunque lo merecía, necesitaba insistir hasta que me escuchara.

—¿Qué quieres? —Cortó el silencio, pero no suavizó su tono.

—John es el mejor en lo que hace. Él y el equipo con el que trabaja en el hospital pueden encargarse de cualquier problema cardíaco. Aunque no lo merezca, lo necesito.

—¿Estás enfermo? —Pareció sorprendida.

—Yo no. La mujer que amo.

—Ese hijo de puta no ama a nadie. —La voz de John al otro lado fue suficiente para saber que estaba escuchando.

Sentí un sabor amargo en la boca. Durante mucho tiempo, eso había sido una verdad indiscutible. Había dejado de amar a todos y a mí mismo, y eso me llevó por un camino muy oscuro.

—No puedo pedirte que confíes en mí, ni que creas en mí, pero eres mejor que yo, John. Siempre lo fuiste. Sé que no vas a dejar de cuidar a alguien que necesita solo porque yo te lo pida.

—¿Qué tiene ella? —El tono de su voz cambió.

Realmente no merecía ninguna misericordia de parte de mi hermano, pero tenía la esperanza de que el lado bueno de él fuera suficiente para superar nuestras diferencias y cuidar de Janete.

—Bulimia, y está presentando síntomas de insuficiencia cardíaca.

—¿Qué exámenes le hicieron?

—Solo un ecocardiograma.

—Llévala al hospital, voy a avisar a Eric y al resto de mi equipo para que puedan evaluar su cuadro.

—Gracias.

—No lo hago por ti —dijo eso y colgó la llamada.

Imaginaba que después de ese momento, mi número estaría bloqueado para siempre en el celular de mi cuñada, pero solo necesitaba que me escuchara esta vez.

—¿Qué pasó? —Janete me preguntó cuando guardé el celular en el bolsillo.

—Necesito que vengas conmigo a Chicago.

—¿Por qué? —Frunció el ceño.

—No conozco a los médicos de aquí, pero sé todo sobre los de allá. Mi hermano mayor es el mejor cirujano cardiotorácico, y él puede cuidar de ti.

—¿Crees que necesito una cirugía? —Se puso pálida.

—No lo sé, pero él podrá decirlo.

—¿Ese hermano es el mismo que...?

Ni siquiera terminó la frase, y yo solo asentí con la cabeza.

—Pensé que él te odiaba… —dijo.

—Me odia, pero aún tiene un buen corazón para hacer lo que sea necesario por ti.

—¿Estás seguro de que esto es una buena idea?

—Es la mejor que se me ocurre. En el hospital harán lo mejor posible para que te mejores rápido.

Ella parecía tensa, dudó un poco hasta que finalmente asintió y me dio una sonrisa breve.

—Avisaré a mis padres.

—Está bien.

Se puso de puntillas y me dio un besito en los labios.

—Te amo, Jason.

—Yo también te amo, Jane.

La amaba lo suficiente para reconocer que había cometido un error y que necesitaba ayuda desesperadamente.

Odiaba a John porque él representaba mi fracaso, por ser el hijo que mi padre siempre quiso que fuera, pero nunca pude ser. Sin embargo, ante lo que estaba pasando con Janete, deseaba que John fuera algo más que el médico excepcional que siempre escuché que era.



Janete

Capítulo cincuenta y tres

Por un lado, mis padres no querían que regresara a Estados Unidos bajo ninguna circunstancia. Aún tenían mucho miedo de que la historia se repitiera y terminara en otra tragedia, pero por otro lado, mi salud estaba en juego, y Jason me había asegurado que no había mejor equipo para cuidarme que el de su familia.

Cuando Jason se dispuso a rogarle a su hermano, a quien no confiaba, que me cuidara, sentí que realmente creía que era la mejor alternativa.

No quería morir, no pensaba que realmente me estaba haciendo daño, pero al darme cuenta de todo, sabía que tenía que tener el valor de luchar por mi vida.

Superar el miedo que tenía de engordar parecía aún más difícil que los días de abstinencia que casi me volvieron loca. Sería otro período oscuro y difícil hasta que dejara de culparme por comer.

Esa vez no éramos solo Jason y yo, mi madre también quiso venir, aunque eso significara dificultades con el idioma y algunos días lejos de su trabajo. Mi tratamiento era importante para ella, pero asegurarse de que volviera a casa lo era aún más.

La madre de Jason vino a recibirnos al aeropuerto. La mujer rubia, con el rostro joven a pesar de la edad, parecía muy simpática y sonreía mucho, especialmente con mi madre, que no la entendía.

—¿Vamos a la mansión? —La escuché preguntarle a su hijo mientras caminábamos hacia el estacionamiento del aeropuerto.

—Creo que es mejor que vayamos a mi apartamento.

—Pero en mi casa estarán más cómodas, con los empleados, especialmente ahora que todos tus hermanos se mudaron.

—Estarán lo suficientemente cómodas en mi espacio.

Me gustaba el apartamento de Jason, pero sentía que había otras razones por las que no

quisiera llevarnos a la casa de sus padres. Sin embargo, además de la situación delicada con su hermano, no necesitaba que se sometiera a nada más.

Jason se giró hacia mí y sonrió antes de hablar.

—Vamos a pasar por mi apartamento, dejamos las maletas allí y luego vamos al hospital.

—Está bien. —Sonreí.

—¿Qué pasa? —Mi madre me dio un codazo queriendo saber.

Le expliqué lo que mi novio acababa de decirme y ella estuvo de acuerdo sin cuestionar.

La madre de Jason había llegado en coche y parecía conocer bien el camino hasta la casa de su hijo.

Nos quedamos en silencio y no me atreví a romperlo.

Mi estómago estaba revuelto, pero no era exactamente por la acidez, que me había dado algo de paz después de dejar de vomitar.

No me había percatado de cuánto podría costarle a Jason mi presencia allí y todo mi tratamiento, y no solo lo pensaba en términos económicos…



Jason

Capítulo cincuenta y cuatro

Mi madre siempre había sido muy habladora y comunicativa, y aunque no compartieran un idioma común, se esforzó por comunicarse con la madre de Janete. Creo que, en el fondo, estaban logrando entenderse. Aunque eso me relajaba un poco, estaba lejos de ser suficiente para calmar la situación.

Estaba empeñado en hacer que Janete estuviera bien, segura, y que creyera que podría superar todo eso, pero era difícil cuando ni yo mismo estaba seguro. Si tal vez hubiera terminado esa maldita carrera de medicina y me hubiera convertido en lo que mi familia esperaba de mí, podría estar haciendo más por ella que suplicándole a mi hermano mayor que me ayudara.

En cuanto entramos a la recepción del hospital, todos nos miraron. Aunque no trabajaba allí ni solía ir todos los días, sabían muy bien quién era yo, sobre todo por la fama que tenía de hijo y hermano problemático.

—¿Quieren agua o jugo? —preguntó mi madre a Janete, quien le habló a su madre y ambas negaron con la cabeza.

Janete tomó mi brazo y lo bajó lentamente hasta entrelazar sus dedos con los míos. Giré la cabeza hacia ella y mi chica me sonrió.

No era yo quien debía ser cuidado y consolado en ese momento, aunque ese ambiente me ahogara terriblemente.

—Entonces, ¿es ella? —Escuché una voz grave detrás de mí que me provocó un escalofrío en la base de la espalda y me hizo tensarme, contrayendo cada uno de mis músculos.

—Jason... —Janete notó que apreté su mano con un poco más de fuerza y se mostró confundida—. ¿Qué pasa?

—¿No vas a presentarle tu novia a tu padre? —preguntó mi madre.

—¿Padre? —Janete se giró para ver quién era y me arrastró con ella.

No esperaba verlo allí, después de su jubilación. Donald Vaughn había dejado el hospital

bajo el cuidado de John y estaba pasando su tiempo en otras cosas, pero no quería saber cuáles, siempre que nuestros caminos siguieran distantes.

—¡Hola! —Janete lo saludó con la mano.

—Hola —respondió mi padre, pero siguió mirando hacia mí, observando cada detalle mío, desde los pies hasta la cabeza, hasta que finalmente habló—. Te ves mucho mejor de lo que recordaba.

—Estoy genial —respondí entre dientes.

—Tu madre me dijo que la traerías para hacer un tratamiento con nosotros.

Me giré hacia mi madre con una mirada furiosa y ella se encogió. De todas las personas que podrían haber dicho esa información, mi padre era la última que me habría gustado. La misma rabia que sentí hacia él cuando era más joven seguía dentro de mí.

Estaba a punto de abrir la boca cuando se dio cuenta de que yo no iba a decir nada, pero mi madre rodeó a su marido con el brazo y sonrió.

—Todos queremos que Jane esté bien.

—Claro —comentó él, pero no le creía—. Es un placer. —Dio un paso hacia Janete y, aunque algo incómoda, ella le estrechó la mano.

—Un placer, señor Vaughn.

—Ahora tenemos que irnos. —Pasé mi brazo por su cintura y salí arrastrándola conmigo.

—¡Ey, calma! —murmuró cuando llegamos frente al elevador.

—No quiero que estés cerca de él.

—Pero es tu padre.

—No tienes que preocuparte por él.

—Pero, amor... —empezó a hablar conmigo, pero tan pronto como su madre entró al elevador con nosotros, Janete se desplomó en mis brazos, perdiendo el conocimiento.

Su madre intentó agitarla, pero antes de que pudiera hacerlo otra vez, la detuve. Llegamos

al piso que había solicitado, y tan pronto como se abrieron las puertas, grité.

—¡Necesito una camilla!

Un enfermero vino corriendo, empujó una camilla que estaba en una esquina y me ayudó a colocarla en ella. Su respiración débil era una señal de que aún estaba viva, pero no parecía suficiente para tranquilizarme.

—¿Qué le pasó? —Un médico de rasgos asiáticos se detuvo cerca de mí y lo analicé rápidamente.

Eric, el mejor amigo de John, y un cardiólogo...

—Ella tiene bulimia y un cuadro de insuficiencia cardíaca. El desmayo probablemente fue por una caída de presión...

Sacó el estetoscopio que llevaba al cuello y comenzó a examinarla allí mismo. No me dijo nada, solo hizo algunos gestos a otras personas.

—¡Espera! —Agarré su brazo, exigiendo algo.

—La llevaremos a urgencias.

—¿Está muy mal?

—Necesitamos hacerle exámenes, Jason.

—Ya tuvo un cuadro de dependencia a la heroína.

—Gracias por informarme.

No pude hacer nada más que poner mi mano sobre el hombro de su madre mientras se la llevaban.

Pensar que podría perderla allí, en el hospital que tanto odiaba, esperando que los médicos, a quienes maldecía, hicieran lo mejor posible para que Janete se recuperara, fue aterrador. Nunca pensé que esa profesión fuera para mí, pero quería poder salvarla, hacer más que solo quedarme con los ojos llorosos.

—¡Ay, Jason! —Mi madre apareció de repente y me dio un abrazo—. Ella va a estar bien.

—No puedes asegurármelo.

—Está en las manos de los mejores médicos que podría haber.

Tragué saliva cuando pensé en cuestionarla, porque lo único que más quería era que mi madre estuviera diciendo la verdad.

Nos guió a mí y a la madre de Janete hasta la sala de espera del hospital, y antes de que me sentara en una de las sillas, vi a John pasar, siguiendo el flujo de gente, y sus ojos se fijaron en los míos por un par de segundos. No dijo nada, y dejé que siguiera su camino. Más que nunca, tenía que ser el médico increíble que mi padre decía que era.

Me hundí en una de las sillas de metal y me incliné hacia adelante. Con todas las complicaciones que la bulimia había causado en ella, sabía que eso no podría ser solo un simple desmayo.



Jason

Capítulo cincuenta y cinco

—¡Jason!

Estaba con la cabeza agachada, masajeándome las sienes, cuando escuché la voz de mi hermana y me moví para verla acercarse.

Jaqueline tenía el cabello recogido y la bata colgando alrededor de su barriga, cada vez más grande. Se detuvo frente a mí y me dio un abrazo muy fuerte.

—¿Cómo estás? —Bajó la cabeza para mirarme mientras yo seguía sentado en la silla, y se apartó un poco.

—No soy yo quien necesita cuidados.

—No está mal decir que estás sufriendo. —Puso una mano en la cintura y me miró con el ceño fruncido.

—Solo... Solo quiero que ella esté bien. —Mis ojos se llenaron de lágrimas.

Jaqueline sonrió y me acarició los hombros.

—No deberías estar aquí —le dije, y me fijé en su barriga, que estaba aún más grande de lo que recordaba.

—¿Qué mejor lugar para estar en los últimos días de mi embarazo que un hospital?

Sonrió, y yo negué con la cabeza.

—John... —Ella vio a nuestro hermano primero y se apartó para que pudiera levantarme.

Lo miré, y él me miró de vuelta.

Sentí que la pelea, las cagadas que había hecho con él y la rabia que sentía por mí habían quedado a un lado. Mi hermano era solo el médico, mientras que yo, el novio angustiado.

—¿Cómo está? —Tuve miedo de hacer esa pregunta, pero era necesario.

—Tuvo un principio de infarto, le hicimos una maniobra de resucitación...

—Pero... —insistí, sabiendo que había algo más.

—Debo intervenir en una válvula que está débil y evitar que la insuficiencia progrese, o puede que no sobreviva. Necesito una autorización, pero tú no eres su marido, así que no puedes firmar.

Tragué en seco y miré a su madre. Afortunadamente, había venido con nosotros, y necesitábamos su aprobación para que John pudiera salvar a Janete.

Me di la vuelta hacia mi hermano, tomé mi celular, me arrodillé frente a la silla donde estaba la mujer y abrí una aplicación de traducción.

—Mi hermano dijo que necesita someterse a un procedimiento quirúrgico.

Le entregué el teléfono a ella y dejé que se comunicara conmigo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cirugía? ¿Pero así?

—Necesita un procedimiento urgente o puede no sobrevivir.

—No quiero perder a mi hija.

—Yo tampoco.

Se inclinó hacia mí y me dio un abrazo apretado. Sentí sus lágrimas mojar mi hombro, pero no era la única que estaba llorando. Cada minuto que pasaba desde que descubrí la bulimia, me sentía peor.

—¿Qué sería de mí si perdiera a Jane?

Su madre se apartó y asintió con la cabeza. Forcé una sonrisa para ella antes de levantarme.

—Puedes proceder.

—De acuerdo. —Sin decir nada más, John se fue, dejándome con esa sensación extraña.

Sin embargo, por más mal hijo y hermano que había sido en los últimos años, ellos estaban allí conmigo. Incluso James apareció. Me dio una palmada en la espalda, se acomodó en una de las sillas cerca mío y junto a Jaqueline, que tenía una mano en su barriga y la otra en la mía.

Alguien de administración vino a traer los documentos para que la madre de Janete los firmara, y mi madre incluso consiguió a alguien que hablara portugués para poder comunicarse mejor con ella y explicarle lo que estaba sucediendo con su hija.

El tiempo pasó, parecía cada vez más lento, y no tenía más opción que esperar.

—La trajiste en el momento adecuado.

Me sorprendió James intentando animarme.

—Espero que sí.

—Te guste o no, eres un Vaughn, hermano.

Suspiré, y él extendió la mano, pasando por las espaldas de Jaqueline y apretó mi hombro.

Podría ser un Vaughn, pero en ese momento, la vida de Jane estaba en manos de uno de los que realmente había logrado ser un buen médico.

Las cirugías tardan horas, lo sabía muy bien, pero con cada minuto que pasaba en esa silla de metal, me sentía peor. ¿Y si había tomado la decisión equivocada? ¿Y si Janete no volvía a mí?

Me dolían las espaldas, mi cabeza latía, y quería desesperadamente hacer algo más que quedarme ahí esperando.

Mi madre apareció con un sándwich y me lo ofreció. Negué con la cabeza, pero ella insistió.

—Necesitas comer.

—No quiero.

—Jason, cuando Janete despierte de la cirugía, necesitará que estés bien para cuidarla. —Jaqueline acarició mi hombro, señalando la comida que mi madre aún sostenía.

Contrariado, acepté y di un par de mordiscos, sintiendo cómo bajaban como pequeños trozos de concreto raspando mi garganta.

La gente pasaba de un lado a otro, el equipo médico, pacientes y acompañantes, todos

parecían estar ocupados mientras todo para mí estaba congelado. Mis hermanos hablaban entre ellos y con mi madre, pero no les presté atención. La madre de Janete tomó mi mano, y nos quedamos así por un largo rato.

Pensé que ya estaba delirando cuando John apareció en el pasillo y vino caminando hacia nosotros. Se detuvo frente a mí, y me levanté de inmediato.

—¿Cómo está?

—La cirugía salió bien y se va a recuperar.

Solté un gran suspiro de alivio y lo abracé en un movimiento completamente impulsivo.

—Gracias.

—Es mi trabajo. —John se quedó parado, sin responderme, pero tampoco me apartó.

—Sí... —Dí un paso atrás y dejé caer mis manos.

—Está en la sala de recuperación. Tomará un par de horas antes de que despierte, y entonces podrás verla.

Asentí con la cabeza, y John se dio la vuelta sin hablar con nuestra familia y se fue, como si yo fuera solo uno más de los acompañantes de cualquier paciente al que atendiera en ese hospital.

No importaba el trato que él me diera, sabía que lo merecía. De todos modos, le agradecía que hubiera cuidado de Janete.



Janete

Capítulo cincuenta y seis

Sentí frío, temblé y mi mente vagó mientras luchaba por recuperar la conciencia. La última cosa de la que me acordaba era estar al lado de Jason, caminando por un pasillo del hospital cuando todo se volvió completamente extraño.

Fui percibiendo los detalles del entorno hasta darme cuenta de que estaba en una habitación. La cama médica me indicaba que seguía en el hospital, al igual que el acceso venoso en mi brazo. Aún estaba atontada cuando comencé a notar el dolor y llevé mi mano al pecho.

—Cuidado —dijo él, impidiéndome hacer un movimiento brusco.

—Jason. —Vi los ojos verdes de mi novio y sonreí.

—Hola, amor.

—¿Qué pasó?

—Tuviste que ser operada.

—¡¿Operada?! —Abrí los ojos como platos, pero no tenía fuerzas para moverme.

—Te explico el procedimiento con calma después, lo importante es que ahora vas a estar bien —dijo, esbozando una leve sonrisa, y se inclinó a besar suavemente el dorso de mi mano.

Ya había vivido demasiados momentos de vida o muerte, más veces de las que me gustaría, y solo quería que esta locura terminara para poder disfrutar de las cosas buenas.

—Janete… —Mi mamá se acercó a la cama y sonreí ampliamente al darme cuenta de que ella también estaba allí.

—Mamá...

—Va a estar todo bien —dijo, rodeando la cama para tomar mi otra mano—. Ahora tienes que seguir las indicaciones de los médicos y alimentarte bien.

Alimentarme...

Eso fue lo que me había puesto en esa cama. Por más que me preocupara seguir delgada, tenía aún más miedo de morir, y algo tan traumático como esto podía finalmente hacerme ver el peligro que los vómitos representaban para mí.

Nos quedamos en silencio un rato hasta que la puerta de la habitación se abrió y entró un médico acompañado de otros dos. Uno era de piel negra, el otro tenía rasgos asiáticos, pero el que estaba al frente se parecía mucho a Jason, incluso tenía los mismos ojos verdes. Era mayor, su corte de cabello era distinto y la bata blanca lo hacía lucir imponente, pero no me fue difícil deducir quién era.

—Hola, Janete, soy el doctor John Vaughn.

—El hermano mayor de Jason…

El hombre se tensó y su cuerpo se puso rígido al escuchar mi conclusión.

—Sí... —Pareció no gustarle mucho admitirlo y pronto cambió de tema—. Vine con mi equipo a ver cómo estás.

—Cansada y con los ojos aún pesados.

—Es el efecto de la anestesia. Te llevará un tiempo más para que pase.

—Entendido.

—¿Puedo hacerte algunas pruebas?

Asentí con la cabeza.

Se acercó, sacó el estetoscopio de su cuello.

—Con permiso —dijo, abriendo la parte delantera de la bata de hospital que llevaba puesta y me mostró los pequeños cortes que había hecho.

Parecían diminutos para una cirugía, pero no sabía hasta qué punto había avanzado la tecnología médica.

Escuchó varias partes de mi pecho, luego cerró la bata y se apartó.

—Vas a pasar unos días más aquí en el hospital, siendo monitoreada por el equipo, hasta

que pueda darte de alta. Después de eso, tendrás que seguir algunas recomendaciones para poder volver a llevar una vida normal.

—Está bien.

—Alimentarte correctamente es más importante que nunca, ¿entendiste?

—Sí.

—Una nutricionista del hospital vendrá a verte en un rato.

—Gracias.

—Descansa. —Me sonrió y se apartó con los otros médicos.

—¡John! —lo llamé antes de que se fuera.

—¿Sí? —Se dio la vuelta hacia mí.

Lo miré a él y luego a Jason.

—Fue bueno verlos juntos —dije sin pensarlo demasiado.

—Recupérate, Janete —dijo, cerró la puerta y se fue.

Tenía muchas cosas que decirle, especialmente que su hermano no era la persona horrible que él pensaba, pero no lo logré.

Poco después, la nutricionista apareció con una comida para mí y hablamos sobre mi alimentación, así que no tuve tiempo de hablar con Jason sobre su hermano. Él tampoco lo intentó. Sabía que, más allá de mi cirugía, su relación seguía siendo muy complicada.

Aún me sentía cansada y muy débil, tenía que dejar ese tema para después.



Jason

Capítulo cincuenta y siete

Dos meses después...

Cuando Janete finalmente fue dada de alta del hospital, la llevé a mi apartamento y dejé que se recuperara un poco más. La acompañaba todos los días y hacía todo lo posible para que se sintiera mejor. Mi madre y Jaqueline venían de vez en cuando, e incluso James vino con su esposa a hacer una visita para saber cómo estaba mi novia.

Después de ese momento tan terrible de angustia y aflicción, la madre de Janete empezó a confiar en mí y en mi familia. Cuando vio que su hija ya se encontraba mucho mejor, regresó a su país y dejó a Janete bajo mi cuidado, aunque seguía llamando todos los días para saber cómo estaba.

Las primeras semanas fueron difíciles, pero luego la recuperación fue progresiva. Nada me mantenía más alerta que la alimentación de Janete. Además de la bulimia que la había puesto en esa situación, no podía dejar que volviera a ese punto.

Janete aún dormía cuando me levanté y fui a abrir la puerta. Era mi madre, que venía cargando algunas bolsas de compras.

—¡Buenos días, hijo!

—¿Para qué todo esto? Ayer ya fui al mercado.

—Solo traje algunas cositas más, pensé que las necesitarías.

Negué con la cabeza, pero ella entró al apartamento de todas formas, ignorando mi actitud. Puso las bolsas sobre la mesada de la cocina antes de acercarse a mí, sacar algo de su bolso y entregármelo.

—¿Trajiste lo que elegí?

—Ese otro era más bonito... —Hizo un gesto de disgusto.

—Mamá...

—Sí, traje lo que elegiste.

—Gracias.

Como no me alejaba de Janete, le pedí a mi madre que me comprara un anillo de compromiso. Quería hacer la propuesta en un momento más adecuado. Después de todo lo que habíamos pasado, solo estaba más seguro de que quería pasar el resto de mi vida con ella.

—Estaba pensando en la ceremonia...

Hice un gesto para que se callara cuando Janete apareció en la sala y rápidamente guardé la caja de terciopelo en mi bolsillo.

—Mi amor, deberías estar en la cama descansando.

—Ya estoy bien, puedo caminar sola sin problema. —Se acercó y se detuvo frente a mi madre.

—Hola, Mary.

—Buenos días, querida. —Se inclinó para darle un beso en la mejilla—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor cada día.

—Es una excelente noticia. Traje algunas cositas para ti. —Señaló las bolsas—. Principalmente frutas de tu país.

—No hacía falta.

—Claro que hacía falta. Todos queremos que te recuperes pronto. Mira. —Acarició su rostro—. Hasta estás más sonrosada.

—Gracias.

—Bueno, los dejo solos. —Me dio un beso en la mejilla antes de dirigirse a la puerta y saludar con la mano—. Llámenme si necesitan algo.

—Claro, mamá.

Cuando Mary Vaughn se fue, Janete se detuvo frente a mí, se apoyó en mi pecho y sonrió.

—Al final, no es tan mala.

—No siempre lo consigue, pero lo intenta.

—Creo que es lo que les pasa a todas las madres.

—¿Vas a ser así tú también?

—Bueno... nunca lo había pensado mucho.

—Tal vez solo lo sabrás cuando tengamos nuestros hijos. —Pasé la mano por su rostro y aparté un mechón de su ojo.

—Pensé que no querías tener hijos. —Entreabrió los ojos para observarme mejor.

—Lo quiero todo contigo.

Sonrió ampliamente y se inclinó para besarme. La envolví mejor, la atraje hacia mi regazo y correspondí a los movimientos de su lengua, aumentando el ritmo a medida que ella pedía más. Aunque me moría de ganas, no habíamos tenido sexo desde su operación y quería esperar hasta que Janete estuviera completamente recuperada.

Sentí sus dedos finos deslizarse bajo mi camisa, y la aparté un poco para mirarla.

—Jane...

—Tengo ganas de sentirte.

—¿No sería mejor esperar un poco más?

—En la consulta de la semana pasada, el doctor Eric me dijo que ya podía volver a mi vida normal. A menos que quieras que llame a tu hermano para preguntarle si ya podemos tener sexo.

—Qué graciosa...

—Creo que él estaría de acuerdo. —Sus dedos resbalaron de mi cintura y bajaron hasta la cremallera de mis pantalones.

Fue imposible no sentirme completamente excitado al instante. Estaba lleno de deseo, pero me controlé por su salud.

Siguiendo las instrucciones de la nutricionista, Janete estaba ganando peso y su rostro adquiría un brillo saludable, poniéndose cada vez más hermosa. Esperaba que pronto tuviera una

vida sana, empezando por su peso.

Subí mi mano por su nuca y profundicé el beso, mordisqueando ligeramente su labio inferior mientras la atraía más hacia mí, tomándola en mis brazos.

—Tienes que desayunar.

—En un rato. —Rozó sus dientes contra mi cuello, haciendo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo.

La llevé de vuelta a la cama y la acomodé con cuidado sobre las sábanas. Me incliné sobre ella y volví a besarla. Disfruté de su boca mientras mis manos recorrían sus muslos, subiendo hasta su cadera. Tiré de su short del pijama, bajándolo junto con su ropa interior, y después le quité la parte superior. Volví a besarla, perdido en su piel.

Janete arqueó el cuerpo, inclinándose hacia mí mientras yo besaba su cuello, bajaba hasta sus pechos y lamía cada uno, provocando que sus pezones se endurecieran aún más. Su cuerpo era delicioso, y no podía evitar que mi boca salivara al tenerla entre mis labios.

Tuve que controlar al lobo hambriento dentro de mí porque, aunque mi deseo por devorarla era abrumador, sabía que debía ser cuidadoso. Era nuestra primera vez juntos después de su cirugía, y no podía arriesgarme.

Janete siempre lograba despertar mi lado protector, un aspecto de mí que me resultaba extraño y difícil, pero que al mismo tiempo disfrutaba. Me gustaba esta nueva versión de mí mismo, que podía imaginar una vida feliz y completa junto a ella, algo que antes no consideraba posible.

Acaricié el interior de su muslo, subiendo con mis dedos hasta llegar a su vulva. Toqué su vagina, haciendo que ella arqueara el cuerpo aún más. Janete apretó las piernas, atrapando mi mano entre ellas cuando empecé a acariciar los labios vaginales mayores desde fuera, pero luego las abrió de nuevo, pidiéndome más. Deslicé un dedo dentro de ella, sintiendo cómo su humedad comenzaba a fluir.

—¿Te gusta? —murmuré contra su oído.

—Mmm... —Cerró los ojos, moviendo la cabeza en señal de aprobación.

Sin apartar mi mano, me acomodé mejor sobre su cuerpo. Bajé la cabeza hacia la unión de sus piernas, soplando aire caliente que la hizo retorcerse. Su cuerpo respondió con contracciones más intensas cuando mi lengua recorrió sus labios íntimos y comencé a lamer y chupar su clítoris.

Janete gemía cada vez más alto mientras se retorcía en la cama, perdida en el placer que le daba con mi boca.

—Jason...

Saqué mi dedo de su interior y sujeté sus muslos para mantenerlos separados, permitiendo que mi lengua se moviera con mayor libertad. Janete se inclinó hacia adelante, agarrando mi cabello mientras la saboreaba, enfocándome en su punto de placer. Lamía, rodeaba y chupaba su clítoris, mientras sus caderas se movían con fuerza. Cuando llegó al clímax, su cuerpo se relajó completamente y sus gemidos se hicieron más profundos.

Me arrodillé en la cama y observé su cuerpo desnudo frente a mí. Estaba tratando de recuperar el aliento, con la piel aún brillando de placer.

Me quité la ropa con rapidez, lanzándola al suelo sin importarme en lo más mínimo, y me incliné sobre ella de nuevo. Mordí su boca y ella tembló mientras la abrazaba y me acomodaba entre sus piernas.

—Te amo, Jason. —Sujetó mi rostro, con los ojos brillando de emoción y amor.

—Yo también te amo. —Mordí su labio inferior hasta hacerlo chasquear y volvimos a besarnos mientras la penetraba con mi verga bien dura. Gemí contra su boca mientras me envolvía su estrecho y húmedo canal.

Apoyé una mano en la cama mientras con la otra sujetaba su muslo para poder moverme mejor. Ver cómo sus ojos se ponían en blanco con cada embestida era un espectáculo que me volvía loco.

Comencé despacio, asegurándome de que ella respondiera bien a mis movimientos. Al notar que se adaptaba perfectamente, aumenté el ritmo, disfrutando cada vez más de la fricción entre nuestros cuerpos. Me incliné hacia adelante para besarla mientras el clímax me alcanzaba, derramándome dentro de ella.

Le di varios besos suaves y coloqué mi mano entre nosotros, buscando su clítoris para asegurarme de que también llegara al orgasmo. No dejé de estimularla hasta que sentí su cuerpo estremecerse de nuevo y escuché su gemido final de satisfacción.

Me acosté a su lado, jalándola hacia mi pecho y abrazándola con fuerza.

—¿Cómo te sientes?

—Increíble.

Besé la parte superior de su cabeza y la envolví aún más en mis brazos, disfrutando del calor de su cuerpo junto al mío.



Janete

Capítulo cincuenta y ocho

Yo estaba emocionada por volver a casa y ver a mis padres. Había cierta expectativa en esa visita. Parte de las cosas negativas que relacionaba con Estados Unidos habían quedado atrás, y mi familia confiaba en Jason.

Aunque sabía que varios aspectos de mi vida necesitaban ajustes, sentía que finalmente estábamos en el camino correcto.

No sabía qué pasaría con mi carrera de modelo después de la cirugía, ni si podría retomarla luego de todo lo que había sucedido. Fue un proceso difícil, pero con terapia y bastante seguimiento médico, acepté que mi salud era más importante que encajar en un diminuto vestido.

Había subido dos tallas en unos tres meses, y admito que la forma en la que Jason me miraba, siempre diciéndome que estaba más hermosa, era un gran incentivo. Había ganado mejillas más llenas, unas caderas más marcadas y un tono de piel más saludable.

—¿Vamos en un vuelo privado? —Me sorprendí al bajar del auto y ver un avión más pequeño de lo que estaba acostumbrada.

—Sí.

—¿Por qué?

—Pensé que merecías un viaje más cómodo. —Fue hacia el maletero y ayudó a un hombre a sacar nuestro equipaje.

—Creo que volar en primera clase ya era más que suficiente.

—Te va a gustar.

—De eso no tengo dudas —dije, aún algo atónita al mirar el avión—. Solo no sé si es necesario.

—Lo es. —Se puso detrás de mí y deslizó sus manos por mis brazos, haciendo que se me erizara la piel.

—¡Jason!

—Cierra los ojos.

—¿Qué estás haciendo?

—Es una sorpresa.

—Cuidado con mi corazón.

—Estará bien. —Se inclinó hacia mi oído y susurró, casi derritiéndome frente a las personas que estaban con nosotros.

Cerré los ojos y él colocó una venda sobre ellos, aumentando mi ansiedad por lo que estaba preparando. Sentí que había algo más en ese avión, pero no lograba adivinar qué era.

Jason me guió sujetándome por la cintura y una de mis manos, hasta que subí las escaleras y entré al avión. Me ayudó a sentarme en un asiento amplio y cómodo, pero cuando intenté quitarme la venda, me detuvo.

—Tranquila.

—¿Por qué no puedo ver?

—Espera un poco. —Ajustó mi cinturón.

Intenté calmar mi ansiedad mientras pasaba el tiempo y el avión despegaba. Traté de orientarme por las sensaciones, pero era muy difícil.

Solo noté que estábamos en el aire cuando Jason me ayudó a levantarme del asiento.

—Ahora puedes abrir los ojos.

—¡Wow! —Me quedé boquiabierta al ver el interior. No era solo un avión privado de lujo; estaba lleno de rosas rojas, amarillas y blancas, además de otras flores como margaritas y calas.

Había también globos con letras que formaban la frase: "¿Te casas conmigo?".

—Jason... —Me giré hacia él justo cuando sacaba una caja de terciopelo de su bolsillo y se arrodillaba frente a mí—. No imaginaba que pudieras ser tan romántico.

—Yo tampoco imaginaba muchas cosas antes de conocerte. Entonces… ¿quieres casarte

conmigo, amor?

—¡Sí! —Me lancé a sus brazos sin pensarlo dos veces—. ¡Claro que sí!

Me abrazó y me besó antes de colocar el anillo en mi dedo.

Nos quedamos así por un momento, hasta que una azafata se acercó con copas para brindar. Era jugo de manzana, nada alcohólico, pero estaba delicioso.

Recorrí el avión, disfruté del aroma de las flores y grabé ese momento en mi memoria antes de volver junto a mi prometido.

—Tenemos que pensar dónde vamos a vivir. Aún no sé qué voy a hacer…

—Calma. —Jason tomó mis manos y me tranquilizó—. Quiero quedarme en Brasil contigo. Vamos a construir una nueva vida allá.

—¿Ya pensaste qué harás?

—Sí. Voy a aceptar las participaciones en las ganancias del hospital, así el dinero no será un problema. También pensé en regresar a la universidad.

—¿Vas a retomar medicina? —pregunté sorprendida.

—No. Haré psicología. Quiero usar el dinero de la venta de la discoteca para establecer un lugar donde pueda ayudar a personas en situaciones difíciles, con adicciones o trastornos. Mi mamá está acostumbrada a proyectos benéficos, y sé que podrá ayudarme.

—¡Eso será increíble! —No podía creer que estuviera pensando en algo así, y supe que ayudarlo podría ser mi nuevo propósito también.

—Estoy seguro de que sí. —Me acarició y apoyó su frente en la mía.

Nos conocimos en el peor momento de nuestras vidas, pero juntos superamos todos los obstáculos. Un futuro feliz nos esperaba.



Jason

Epílogo

Un año después...

Había llegado a acostumbrarme a los apartamentos, así que fue una sorpresa cuando Janete me dijo que quería una casa, preferiblemente con un patio grande. Este tema surgió poco antes de que me diera una noticia que cambiaría aún más quién era yo. Íbamos a tener un bebé.

Después de todas las cagadas que había hecho, tendría la oportunidad de hacerlo diferente, de ser un padre del que pudiera sentirme orgulloso, alguien capaz de guiar a su hijo y dejarlo elegir su propio camino.

Hacía tres meses que había inaugurado oficialmente la "Casa de la Esperanza", una ONG destinada a ayudar a personas con adicciones, trastornos alimenticios como el de Janete y quienes necesitaran orientación y apoyo. Teníamos grupos de ayuda, psicólogos e incluso médicos. Mi madre adoraba este tipo de iniciativas y había abrazado la idea, ayudándome en todo el proceso, especialmente consiguiendo donaciones para mantener el lugar.

Pensaba que no tenía en mí la capacidad de ayudar a nadie, pero como James había dicho, seguía siendo un Vaughn.

—Jason, necesito que vayas a atender la puerta. —Janete estaba equilibrando una bandeja con bocadillos y la llevaba al patio cuando me gritó.

—¿No sería mejor que te ayudara? —Intenté quitarle la bandeja, pero mi esposa, embarazada, no me dejó.

—Ve a abrir la puerta, puedo cargar unos bocadillos.

—¡Jane!

—Mi madre me va a ayudar. Ahora ve a la puerta.

—Está bien, amor.

Aún estaba un poco desconcertado con aquella pequeña fiesta en nuestra casa y no sabía

muy bien qué hacer. Era mi primera experiencia con una "gender reveal". Para mí, habría sido suficiente saber el sexo de nuestro bebé en la ecografía, pero Janete quiso hacer una fiesta para eso, invitar a familia y amigos. No tuve alternativa más que aceptar, aunque estaba lleno de curiosidad.

Miré las decoraciones con colores rosa y azul y caminé hacia el portón de entrada. Los padres de Janete ya habían llegado, pero faltaba una de sus amigas, y podrían ser otras personas que ella hubiera invitado.

Había comentado con mi madre sobre la fiesta, pero como aún no se había presentado ni intentado organizar todo ella misma, asumí que no vendría. Al fin y al cabo, de Chicago a Belo Horizonte había más de ocho mil kilómetros sin vuelos directos.

Aunque no lo esperaba, en cuanto abrí la puerta, ahí estaba. Pero no estaba sola. Vi a mi padre, luego a Jaqueline, su esposo y los tres niños, James, Karoline, los gemelos y John...

Me quedé boquiabierto, completamente sin reacción.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

No los había visto a todos ni siquiera en mi boda. Nada me hacía prever que vendrían.

—Mamá nos convenció de que era importante. —James pasó junto a mí y entró en la casa —. ¿Dónde hay agua? Cloé tiene sed.

—La encontrarás en el patio, donde está Janete. —Aún sin procesar la sorpresa, di un paso atrás y dejé que entraran.

Todos pasaron, excepto John y Cristal. Sus hijos siguieron el flujo de la familia hacia el interior de la casa sin siquiera mirar atrás.

—Mi madre debe haber sido muy convincente para que estén aquí. —Metí las manos en los bolsillos, sin saber qué hacer con ellas.

—Llamó y preguntó si vendríamos —dijo Cristal.

—Yo le dije que no —se apresuró a decir John.

—Pero aquí estás.

—Fuiste un hijo de puta conmigo.

—Lo sé.

—Pero parece que estás enderezándote de verdad. —Cristal miró la casa por encima de mi hombro.

—Me he esforzado por ella.

—Se nota. —Mi cuñada forzó una sonrisa—. Me drogaste, me engañaste, destruiste mi vida y me obligaste a criar una hija sola.

—Lamentar lo que hice no resuelve mucho.

—No. Realmente no resuelve. Voy a ser sincera, Jason. Aún tengo rabia y probablemente la tendré para siempre, pero mi hijo me preguntó por qué sus primos irían a la fiesta y él no. Entonces me di cuenta de que mi odio no podía estar por encima de los buenos momentos. Nos separaste, pero fue John quien eligió quedarse cinco años lejos.

—Es verdad... —Mi hermano pareció incómodo, pero lo admitió.

—No sé cómo será a partir de ahora, pero quiero que mis hijos puedan tener lo mejor de la familia.

No supe qué decir. Aquello no era exactamente un perdón, pero significaba que habían visto una mejor versión de mí con la que valía la pena convivir.

—¡Mamá! —Jennie vino corriendo y casi choca conmigo—. ¡Hay hot dogs! Me encantan los hot dogs.

—Ten cuidado de no comer demasiado, hija.

—Entren. —Hice un gesto para que pasaran—. Sean bienvenidos a mi casa.

Cuando volví al jardín, vi a Janete conversando con mi familia, besando y abrazando a todos. Verlos ahí me dio una felicidad extraña.

—Psicología... —Mi padre se detuvo a mi lado.

—Así es. Recién estoy empezando.

—Pero lo harás bien.

—Gracias. —Dejé escapar una sonrisa natural.

—Puedo haber sido muy exigente contigo, Jason, pero a mi manera, siempre quise lo mejor para ti. Ahora que serás padre, te darás cuenta de que no siempre es una tarea fácil.

—Haré mi mejor esfuerzo.

—Estoy seguro de que sí. —Me dio unas palmadas en el hombro.

La presencia de John y Cristal me mostraba que era un momento de dejar atrás los resentimientos y enfocarme en las cosas buenas. Podría haber tomado muchas decisiones equivocadas, pero ahora estaba en una nueva etapa de mi vida, donde quería ser lo mejor que pudiera.

—Jason, vamos a cortar el pastel. —Janete me hizo señas, y mi padre inclinó la cabeza para indicarme que me uniera a mi esposa.

Me coloqué junto a ella, detrás de la mesa decorada con azul y rosa, y acaricié su vientre, que se marcaba bajo el vestido.

—¿Será niño o niña? —Intentó crear suspenso.

—¡Corta ya ese pastel, hija! —Su madre estaba ansiosa.

Con el tiempo, aunque tenía un acento que a algunos les parecía gracioso, ya hablaba muy bien su idioma.

Janete tomó el cuchillo y me indicó que lo sujetáramos juntos. Cortamos de un lado y del otro, retirando una rebanada triangular que reveló un relleno azul.

Un niño...

—Vamos a tener un varón, amor. —Dejó el pastel a un lado y rodeó mi cuello con sus brazos.

—Nuestro niño. —Me aparté para arrodillarme y besar su vientre.

Desde que Janete había llegado a mi vida, aunque de una forma completamente insana,

había sido mi luz, mi propósito, y me había dado toda la motivación que necesitaba para vivir lejos del caos.

Gracias a ella pude recuperarme…

Acerca del autor

Jéssica Macedo, de 29 años, es brasileña y forma parte del ranking Forbes Brasil Under 30, el ranking de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para público infantil y adulto, fantasía, aventuras, romance y, sobre todo, literatura caliente, un auténtico fenómeno editorial entre los lectores.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica comenzó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14 con el lanzamiento de su primer libro, "Vale das Sombras". Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Participó en la adaptación de una de sus novelas, “Eternamente Minha”, en un largometraje transmitido por la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autoras, en su mayoría mujeres, que integran el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Descubre otros libros del autor en las redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Sitio web del autor Amazon - https://www.amazon.fr/stores/J%C3%A9ssica-Macedo/author/B07FVVRC1X



Lea también:



Link: https://amzn.eu/d/0iMn449

Sinopsis:

Narcisista con complejo de dios, algunos me llaman así, pero la verdad es que soy excepcional en lo que hago. Haber nacido siendo un Vaughn me dio oportunidades, pero ser médico siempre fue mi vocación, mi destino. Salvo innumerables vidas como neurocirujano.

La medicina siempre ha sido mi propósito. Ganando premios y volviéndome destacado, creía que no necesitaba nada más para sentirme completo, hasta que mi hermano mayor regresó. Ver a John con sus hijos despertó en mí el deseo de convertirme en padre.

Millonario, estaba convencido de que podría cuidar muy bien de un niño solo. Sin embargo, en lugar de adoptar, quería un bebé con mi propio ADN y para lograrlo acudí a una clínica de reproducción asistida. Así fue como Karoline Denver se cruzó en mi camino.

Se suponía que ella sería solo una madre subrogada. No quería involucrarme con ninguna mujer. Karoline no era más que un medio para un fin: mi bebé. Sin embargo, la convivencia puede hacer que nada salga como estaba planeado.

Cumplir un contrato que yo mismo establecí será un desafío enorme.



Link: https://amzn.eu/d/6dggs7C

Sinopsis:

Abandoné todo después de una gran decepción; dejé atrás mi vida y todas las comodidades que venían con la fortuna de la familia para salvar soldados en el campo de batalla. Me distancié, me aislé y me convertí en un hombre aún más frío de lo que ya era.

Pasaron años hasta que mi padre me llamó de vuelta. Estaba viejo, necesitaba jubilarse y quería que yo asumiera los negocios familiares. Me convertiría en el director del hospital y volvería a ejercer como cirujano cardiotorácico. Sin embargo, el pasado que me había hecho irme era el mismo que volvería a atormentarme.

Cristal Castilho era todo lo que quería evitar. Tras nuestra ruptura, ella hizo que perdiera la fe en las personas y me cerrara para siempre. Deseaba no volver a verla jamás, hasta que un día llegó al hospital con un grave problema en el corazón. Eso revolvió mi pasado e hizo que mi vida se diera vuelta.

La odiaba, pero descubrí que teníamos una hija juntos y que solo conocía la mitad de la historia. Yo era el culpable de todo lo que había pasado; cometí errores que podrían ser irreparables al confiar en quien no debía. Pero para poder redimirme, necesitaba salvarla.



Link: https://amzn.eu/d/2wbOwM7

Sinopsis:

Yo nunca sería padre...

Siempre dejé muy claro a mi esposa que tener un hijo no estaba en mis planes. Todo mi enfoque estaba en dirigir la empresa familiar, y no había tiempo ni espacio para dedicarme a un niño. Sin embargo, ella ignoró lo que le había repetido tantas veces y quedó embarazada. Jamás podría haber previsto que Grace moriría en un trágico accidente, dejándome con un recién nacido prematuro.

No quería a mi hijo, y ella solo deseaba una oportunidad para ser madre. En un primer momento, el odio fue instantáneo. Esa médica no tenía derecho a entrometerse en mi vida ni a cuestionar la forma en que estaba actuando. Por mí, habría sido despedida del hospital, pero, lamentablemente, la institución pertenecía a su familia.

Por más que quisiera deshacerme de ella y de la situación a toda costa, fue Jaqueline Vaughn quien me hizo ver que necesitaba redimirme con mi hijo y convertirme en un hombre mejor.

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal